CHARLIZE CLARKE

ANNE

LOS FITZROY-1



Anne

Libro 1 - Los Fitzroy

Charlize Clarke

Copyright © 2024 Charlize Clarke

©Todos los derechos reservados. Queda rigurosamente prohibido, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ella mediante alquiler o préstamo públicos.
© ANNE-SERIE "LOS FITZROY"
Agosto 2024.
Diseño de portada y Diagramación: Carolina Cáceres.

“Aprender que hay personas que te ofrecen las estrellas y otras que te llevan a ellas. Esa es la diferencia entre quien quiere y quien ama”.

Mario Benedetti

Contents

Title Page
Copyright
Epigraph
Sinopsis
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Epílogo
About The Author
Books By This Author

Sinopsis

Anne, la mayor de las hermanas Fitzroy, ha pasado demasiadas temporadas sin encontrar al caballero ideal. Con un espíritu libre y pasión por la astronomía, ha rechazado numerosas propuestas matrimoniales. Sin embargo, al acercarse su cumpleaños número veintitrés la presión familiar para que se case aumenta.

Finn Cavendish, hijo menor del conde de Newshire, un hombre encantador y rebelde que evita el matrimonio por obligación, es un explorador que ha regresado recientemente de una expedición por Egipto.

Ambos deben enfrentarse a las expectativas de sus familias y la sociedad. Anne, como la mayor de las hermanas Fitzroy, siente la presión de casarse, mientras Finn lucha contra la imagen de irresponsable que lo persigue.

Su primer encuentro está marcado por el desprecio mutuo. Anne lo considera un libertino irresponsable, mientras que Finn la ve como una solterona fría y distante; sin embargo, una serie de eventos inesperados comienzan a acercarlos.

Prólogo

Oxford, 1815

Finn Cavendish, el rebelde hijo menor del conde de Newshire, se encontraba en el centro de una animada discusión con sus amigos más cercanos: Richard Percy y Thomas Livington. Sus risas resonaban en el aire, ahogadas por el rugido de los carruajes y el murmullo de los transeúntes.

Habían pasado la tarde en la taberna local, celebrando la reciente finalización de los exámenes. El ánimo estaba en su punto álgido, con promesas de futuros gloriosos y recuerdos compartidos de sus travesuras estudiantiles. Finn, con su característico brillo en los ojos, estaba más animado que nunca, desafiando a sus amigos a una carrera de caballos a través de los tranquilos campos que rodeaban la ciudad.

—Vamos, no pueden echarse atrás ahora —los retó Finn, y montó con destreza su caballo negro como la noche—. Una última aventura antes de que nos convirtamos en serios y respetables caballeros.

Richard rió y asintió, mientras Thomas, siempre un poco más prudente, dudó.

—¿Estás seguro, Finn? Ya está bastante oscuro y... —Thomas no terminó la frase, interrumpido por la impetuosidad de Finn.

—¡Vamos, Thomas! ¿Desde cuándo eres tan cauteloso? —replicó Finn con una sonrisa deslumbrante—. La vida es para vivirla, no para temerle.

Con una mirada de resignación, Thomas subió a su caballo, y los tres jóvenes partieron a toda velocidad, sus risas resonaban en el aire fresco de la noche. La adrenalina les corría por las venas mientras los caballos galopaban con fuerza, el sonido de los cascos reverberaba en el silencio del campo.

Pero lo que había comenzado como una alegre carrera pronto se convirtió en una pesadilla. Finn, liderando la carga, no se percató de una curva cerrada y traicionera en el camino. Los caballos, empujados más allá de sus límites, patinaron en la grava suelta. En un instante, todo se desmoronó.

El caballo de Finn resbaló, lanzándolo con violencia contra el suelo. Richard, intentando evitar a su amigo, perdió el control y también cayó. Pero fue Thomas, el más reticente a unirse a la carrera, quien sufrió el peor destino. Su caballo, desbocado y sin control, chocó contra un árbol, arrojando a Thomas con una fuerza brutal.

El silencio que siguió fue sepulcral. Finn, aturdido y con la vista nublada por el dolor, se arrastró hacia sus amigos. Richard estaba herido, pero consciente. Thomas, sin embargo, yacía inmóvil, con el rostro pálido e inerte bajo la luz menguante del anochecer.

—¡Thomas! —gritó Finn, Sus manos temblaban al intentar mover a su amigo, mientras su respiración entrecortada resonaba en el silencio. No había solución a la vista, y su mente era un torbellino de pensamientos que no le permitían pensar con claridad—. ¡Thomas, despierta!

Pero no hubo respuesta. Finn sintió como el mundo se derrumbaba a su alrededor. La culpa y la impotencia lo envolvieron, y en ese momento, comprendió la magnitud de su imprudencia.

***

Las nubes grises cubrían el cielo, como si el mismo firmamento compartiera el dolor de los reunidos. El aire estaba cargado de humedad, y el suelo, blando por la reciente lluvia, daba un toque melancólico al cementerio. El sonido sordo de las gotas de agua cayendo sobre los paraguas era como una melodía triste que acompañaba los sollozos ahogados y los murmullos de

los asistentes.

Finn estaba de pie, un poco apartado del grupo principal, observando la escena con los ojos vidriosos. Junto a la tumba abierta, Richard, su amigo, sostenía a Marianne, cuya figura frágil parecía a punto de derrumbarse en cualquier momento. Su rostro, pálido y lleno de dolor, estaba oculto parcialmente bajo un velo negro, pero sus ojos, rojos e hinchados, eran claramente visibles.

El clérigo pronunciaba las últimas palabras del servicio, con voz solemne y reverente:

—...y así, encomendamos el alma de nuestro querido Thomas a la paz eterna.

Los asistentes comenzaron a lanzar puñados de tierra sobre el ataúd, cada impacto hacía eco en el corazón de Finn como un tambor lúgubre. Marianne dio un paso tembloroso hacia adelante. Se inclinó y dejó caer una rosa blanca sobre el ataúd, en un gesto lento, cargado de una tristeza infinita. Se quedó allí, mirando el lugar donde descansaría Thomas para siempre, sus labios se movieron en un susurro casi inaudible.

Finn se acercó lo suficiente como para escuchar sus palabras.

—Te amo, Thomas —dijo Marianne con voz quebrada—. Siempre te amaré. Nunca habrá otro para mí. Nunca.

Richard posó una mano de consuelo en el hombro de Marianne. Luego, su mirada se encontró con la de Finn, y en ese instante, el dolor de la pérdida los unió en un abrazo invisible.

—Finn —dijo Richard, en un susurro grave—, Marianne... no puede con esto. Está destrozada.

Finn asintió, sin palabras para ofrecer consuelo. Se acercó un poco más a Marianne, dudando si debía hablarle. Finalmente, su voz salió baja y ronca por la emoción contenida.

—Marianne... —comenzó, pero ella levantó una mano, deteniéndolo.

—No, Finn —dijo ella, con voz firme, aunque temblorosa—. No hay nada que decir. Thomas era mi todo. Sin él... —se le quebró la voz— sin él, no hay futuro para mí. Jamás volveré a amar a alguien.

Richard la envolvió con su brazo y la condujo lejos de la tumba, con pasos lentos y pesados como si cada uno fuera un esfuerzo monumental. Finn los vio alejarse, con el peso del luto y la culpa apretando su pecho.

Mientras observaba cómo el sepulturero empezaba a llenar la tumba, Finn supo que la vida había cambiado para todos ellos de manera irrevocable. El dolor de la pérdida y el peso de la culpa por el accidente estaban ahora grabados en su alma, como una cicatriz invisible que llevaría para siempre.

El cielo continuaba llorando su lluvia suave y persistente, como si el mundo mismo lamentara la pérdida de un joven tan lleno de promesas y sueños. Finn se quedó allí un rato más, solo con su dolor, susurrando una despedida silenciosa a su querido amigo Thomas.

***

Los días que siguieron fueron un torbellino de dolor y arrepentimiento. La noticia de la tragedia se extendió con rapidez, y Finn fue señalado como el culpable. La etiqueta de libertino e irresponsable se le pegó como una segunda piel, un recordatorio constante de su fracaso. Thomas había sido más que un amigo; había sido un hermano de espíritu, y Finn nunca se perdonaría su muerte.

El crepitar del fuego en la chimenea era el único sonido en la biblioteca de la mansión Cavendish. Finn estaba de pie frente a su padre, el conde de Newshire, y su hermano mayor, Robert. La atmósfera estaba cargada de tensión y tristeza, y Finn sabía que el tema de conversación sería doloroso.

—Finn —comenzó el conde, con voz grave—, hemos estado discutiendo sobre los recientes

eventos. Lo que ocurrió con Thomas ha sido devastador para todos nosotros, pero especialmente para ti.

Finn apretó los puños, con la mirada fija en el suelo. Recordar a Thomas era como una puñalada en el corazón.

Robert, que hasta ese momento había permanecido en silencio, dio un paso adelante.

—Sabemos que no fue tu intención —continuó Robert, con los ojos llenos de preocupación—, pero los rumores y las habladurías en Londres han sido implacables. La sociedad es cruel, lo que padre está tratando de decir es que sería mejor para todos si te retiras por un tiempo —concluyó, tratando de sonar conciliador—. Deja que los chismes se calmen.

Finn levantó la mirada, sorprendido, no podía esconder el dolor.

—¿Quieren que me vaya? —preguntó, en un susurro.

El conde asintió con expresión severa.

—Sí, hijo. Tenemos un viejo amigo en Egipto, el doctor Jonathan Abernathy. Es un pionero en la exploración de las antiguas tumbas y templos, y ha aceptado tomarte bajo su ala. Trabajar con él te dará un propósito y, al mismo tiempo, permitirá que los rumores aquí se disipen.

Finn sintió una oleada de emociones: tristeza, ira, pero también una extraña sensación de alivio. La idea de alejarse de todo, de encontrar un nuevo enfoque en su vida, tenía cierto atractivo.

—¿Y cuánto tiempo esperan que me quede allí? —preguntó, resignado.

—El tiempo que sea necesario —respondió tajante el conde—. Tal vez un año, tal vez más. Lo importante es que encuentres propósito en tu trabajo allí.

Robert se acercó a Finn, colocando una mano sobre su hombro.

—Finn, esto no es un castigo —dijo con suavidad—. Queremos que tengas la oportunidad de sanar y de redescubrirte. Sabemos que llevas una carga pesada, y esto podría ser lo mejor para ti.

Finn asintió con lentitud. Sabía que ellos tenían razón, pero aún así, la idea de dejar todo atrás era aterradora.

—Está bien —aceptó—. Me iré a Egipto. Trabajaré con el doctor Abernathy. Pero quiero que sepan que no huiré de mis responsabilidades ni de la memoria de Thomas. Haré esto por él y por todos nosotros.

Robert palmeó la espalda de Finn, mostrando un raro momento de afecto.

—Sabemos que harás algo grandioso en Egipto.

Finn respiró hondo, la tristeza y la culpa no lo dejaban pensar con claridad.

—Gracias. Haré lo mejor que pueda —dijo, con una pisca de esperanza.

Mientras salía de la biblioteca, Finn se dio cuenta de que su vida estaba a punto de cambiar de manera drástica. Egipto sería un nuevo comienzo, una oportunidad para dejar atrás el dolor. Estaba decidido a refugiarse en los antiguos misterios del desierto y escapar de los demonios que lo perseguían.

Capítulo 1

Mientras la elegante fiesta se desarrollaba en el salón de la mansión Fitzroy, Anne se encontraba en su pequeño observatorio, su refugio secreto. Las risas y charlas animadas de los invitados se escuchaban a lo lejos. Con el corazón acelerado y la mirada fija en el telescopio, vislumbró algo inusual en el vasto tapiz del cielo. Un cometa, resplandeciente y majestuoso, atravesaba el firmamento con gracia.

Anne contuvo la respiración, sabiendo que este momento era único, un descubrimiento solo suyo. En un acto de desafío y reverencia, decidió llamarlo "Isis", en honor a la poderosa diosa egipcia. Mientras anotaba sus observaciones con manos temblorosas, comprendió que este cometa no sólo iluminaba el cielo, sino también su propio destino, arrojando luz sobre la posibilidad de un futuro más allá de los salones de baile y las expectativas matrimoniales. Sus ojos brillaban con la emoción del hallazgo. La puerta del observatorio crujió y se abrió con lentitud. Su madre, lady Fitzroy, se asomó.

—Anne, querida, ¿todavía estás aquí? La fiesta en el salón necesita de tu presencia. Lord Radcliffe ha preguntado por ti varias veces.

—Madre —Anne suspiró sin apartar la vista de sus anotaciones—, acabo de descubrir algo fascinante, puede representar mi entrada al círculo de astrónomos, tengo que registrar esto, te prometo que no tardo en bajar.

—Hija mía —La condesa se acercó, en su rostro se podía percibir preocupación y orgullo por partes iguales—, el mundo de los hombres no es indulgente con una dama de tu intelecto y pasiones. Si no encuentras un equilibrio, me temo que te verás atrapada en una jaula dorada, sin posibilidad de observar más allá de estos muros.

—Te prometo que encontraré una manera. —Anne se apartó de su mesa de trabajo y tomó las manos de su madre entre las suyas—. Haré que ambos mundos se encuentren.

—Ve al salón. —La condesa sonrió con tristeza—. Haz tu aparición. Y después, vuelve a tus estrellas.

Anne besó la mejilla de su madre, su corazón estaba dividido entre el deber y la pasión; no podía dejar de pensar en las infinitas posibilidades que se extendían más allá de la atmósfera, y en su determinación de alcanzar las estrellas, a pesar de todas las barreras.

—Voy a cambiarme y bajo —respondió Anne con resignación.

—No tardes —le advirtió su madre antes de marcharse.

Terminó de apuntar lo que había descubierto y se fue. Entró con rapidez a su habitación, donde su doncella, Aria, ya tenía todo dispuesto.

—¡Milady, debemos darnos prisa! —exclamó Aria, desplegando el vestido de muselina coral pálido sobre la cama.

—Lo sé. El tiempo se me ha escapado. Ayúdame con el corsé, por favor.

Anne se despojó con rapidez de su bata de casa y levantó los brazos para permitir que Aria le colocara la camisa y le ajustara el *stays*. La doncella tiró de los cordones con destreza, asegurándose de no apretar demasiado para que pudiera moverse con comodidad durante la noche y la ayudó con la enagua.

—Listo, milady. Ahora el vestido —dijo Aria, ayudando a Anne a deslizarse dentro de la delicada prenda que caía en suaves pliegues justo debajo del busto hasta el suelo.

Anne tomó asiento en la butaca frente al tocador, miró su reflejo en el espejo, sus ojos color miel brillaban con emoción, se regaló una breve sonrisa y trató de evaluar el tiempo que

quedaba. Apenas se había colocado un delicado collar de perlas cuando Aria empezó a trabajar en su sedosa melena.

—Hoy será algo simple. No hay tiempo para peinados elaborados —indicó Anne.

Aria asintió y con rapidez comenzó a cepillar el cabello castaño de Anne, separándolo en secciones. Con manos expertas, recogió la parte superior en un moño bajo y dejó que el resto cayera en suaves rizos naturales sobre sus hombros.

—Ahora, un poco de maquillaje —dijo Anne, tomando la caja de polvos de arroz y aplicándolo en su pálido rostro para lograr el efecto mate deseado.

Aria añadió un toque de color en las mejillas con un rubor suave de pétalos de rosa, dándole un aspecto fresco y juvenil. Anne tomó un pequeño frasco de perfume de lavanda y se aplicó unas gotas en las muñecas y el cuello. Se colocó sus zapatos de seda y cogió su *reticule*.

—Aquí están sus guantes y abanico, milady —le pasó los accesorios antes de agacharse para abrocharle los zapatos.

Anne se colocó los guantes, agradecida por la ayuda rápida y eficiente de la doncella. Se levantó y eligió unos simples pendientes de perlas que combinaban con su collar.

—¿Algo más, milady? —preguntó Aria, haciendo un último chequeo visual.

Anne tomó un respiro profundo, mientras miraba su reflejo una vez más.

—No. Eso será todo. Gracias por tu ayuda.

Con un último ajuste de su vestido y una sonrisa de agradecimiento hacia su doncella, Anne salió de la habitación. Bajó las escaleras con gracia, sintiendo una oleada de emoción y anticipación por la noche que tenía por delante, esperando que tal vez, entre las estrellas del cielo y las luces del salón, encontrase algo más que simplemente otro baile.

El salón rebosaba de damas y caballeros, todos inmersos en la melodía y el susurro de las conversaciones. Anne esbozó una sonrisa educada, pero su corazón no latía al ritmo de la fiesta.

—Hija, al fin apareces, justo estaba hablando con lord Radcliffe sobre ti —dijo su madre al verla llegar—. Lo dejo en buena compañía, milord. —Miró a Anne con súplica antes de ir junto a lord Fitzroy, su marido, que se encontraba hablando con un grupo de caballeros.

Anne la observó mientras se alejaba, su padre le guiñó un ojo en un gesto tranquilizador y ella suspiró con disimulo. Era raro verlo de pie, y más raro aún en aquella fiesta. Su salud no era la mejor. En las últimas semanas había pasado mucho tiempo en cama. Sin embargo, estaba ahí, sonriendo y compartiendo con los invitados. Aunque las ojeras eran difíciles de cubrir.

—Lady Anne, se ve hermosa esta noche. Es un placer contar con su compañía —dijo lord Radcliffe, e hizo una reverencia hacia la muchacha.

—Milord, agradezco sus palabras corteses —respondió Anne, e inclinó la cabeza con educación .

—No puedo dejar pasar esta oportunidad sin expresar mi admiración por su elegancia. He oído hablar de su interés por la astronomía. Sin duda, un pasatiempo peculiar para una dama.

A Anne le indignó el comentario. Le pareció condescendiente y sexista, subestimando sus intereses y habilidades debido a su género.

—Le agradezco, milord. —Anne se esforzó por dominar las ganas de propinarle un puñetazo. Lo miró por unos segundos, imaginando cómo se sostendría la nariz y se quejaría en ese tono presuntuoso que le resultaba desagradable. Sonrió ante la posibilidad de tan sublime escena, sin embargo, añadió—: Me dedico a ella con el mismo fervor que otros dedican a sus compromisos sociales.

—Es cierto que las damas tienen sus curiosidades. Justo estaba hablando de eso con la condesa, pero estoy dispuesto a guiarla por el buen camino y demostrarle que llevar una casa y

criar hijos es más reconfortante que vivir en las nubes —expresó lord Radcliffe con fingida amabilidad—. ¿Acaso no piensa en el futuro? Un esposo respetable, una familia… —dejó la frase en el aire.

Anne se mordió la lengua para no comenzar a decirle unas cuantas verdades a ese ser tan despreciable. Se tomó unos segundos para pensar en su respuesta.

—Milord, mi futuro está en mis manos. La ciencia me brinda un sentido de propósito y logro que ningún matrimonio forzado podría igualar —rebatió Anne con seriedad.

—Entiendo su posición, milady. —Lord Radcliffe frunció el ceño—. Pero permítame decir que una mujer como usted, con sus encantos y habilidades, sería un verdadero tesoro para cualquier hombre sensato.

—Mis habilidades no están a disposición de quien las aprecie. Son mías para cultivar y utilizar según mi criterio —dijo Anne con firmeza.

—Le pido disculpas si he sido indiscreto, milady —dijo con suavidad lord Radcliffe—. Su independencia es admirable, aunque espero que algún día reconsidere sus pensamientos sobre el matrimonio.

—Mi opinión sobre el matrimonio está clara. Son los hombres los que no entienden. Si me disculpa, debo compartir con los demás invitados. —Dio media vuelta y se marchó.

Cada nuevo pretendiente que su madre le presentaba parecía más inapropiado que el anterior. Después de una interminable ronda de presentaciones y danzas, decidió tomar un respiro.

***

Anne estaba sentada frente a un pequeño escritorio junto a la ventana, con varios catálogos de astronomía sobre la mesa, su hermana menor, Hope, se acomodó en una silla al otro lado. Las risas y charlas de la familia se escuchaban a lo lejos, pero en la biblioteca, las dos hermanas disfrutaban de un raro momento de tranquilidad.

—¿Estás bien? —preguntó Hope, observando a su hermana con preocupación—. Has estado muy callada desde el baile de anoche.

—Es nuestra madre —Anne suspiró, acomodando los catálogos—. Está empeñada en encontrarme marido y no deja de recordármelo en cada oportunidad. Estoy cansada de participar en esos interminables bailes, fingiendo interés.

Hope sonrió con simpatía. A sus quince años, era la más joven de las hermanas Fitzroy y, aunque aún no había sido presentada en sociedad, comprendía las presiones que Anne enfrentaba.

—Sabes que madre solo quiere lo mejor para nosotras. Pero entiendo cómo te sientes. No debe ser fácil estar todo el tiempo bajo ese tipo de presión.

Anne asintió, agradecida por la comprensión de su hermana.

—Lo sé, Hope, pero a veces siento que estoy perdiendo mi identidad en medio de todos esos compromisos sociales. Cada vez que rechazo una propuesta, madre actúa como si fuera el fin del mundo. ¿Es tan difícil entender que no quiero casarme solo por compromiso?

—No, no lo es. —Hope se acercó y tomó la mano de su hermana, dándole un apretón reconfortante—. De hecho, admiro tu valentía por mantenerte firme en tus convicciones. Pero sabes cómo es madre. Ella cree que la felicidad de una mujer depende de encontrar un buen marido y establecerse. Es lo que le enseñaron.

—Lo entiendo —Anne suspiró de nuevo, sintiendo una opresión en su pecho—, pero eso no significa que deba aceptar algo que no quiero. ¿Te imaginas pasar el resto de tu vida con alguien solo porque es lo que se espera de ti? Quiero algo más. Quiero encontrar a alguien que me entienda, que me desafíe, que me haga sentir viva.

—Y lo harás —Hope sonrió, dedicándole una mirada llena de admiración—. Estoy segura de que encontrarás a esa persona especial. Solo necesitas tener paciencia. Quién sabe, podría estar más cerca de lo que piensas.

—Tal vez tengas razón. —Anne no pudo evitar devolver la sonrisa, sintiendo la lucha entre el escepticismo y la esperanza en su interior—. Pero mientras tanto, ¿cómo hago para soportar las largas charlas de madre sobre posibles pretendientes?

Hope se echó a reír, el sonido ligero y contagioso de su risa llenó la habitación.

—Bueno, podrías empezar ignorándola cuando empiece a enumerar las cualidades de los caballeros disponibles. O, mejor aún, podrías fingir un interés repentino en la botánica y desaparecer en el invernadero cada vez que mencione el matrimonio.

Anne se unió a las risas de su hermana, sintiendo que la tensión se aliviaba un poco.

—Eres un verdadero rayo de sol, Hope. Gracias por hacerme sentir mejor, pero prefiero las estrellas —dijo Anne, mostrándole el catálogo que estaba estudiando—. Anoche descubrí algo sorprendente, estoy revisando si no hay reseñas sobre él.

—¿En serio? —dijo Hope, con verdadero interés—. ¿Qué fue lo que descubriste?

—Un cometa —respondió Anne—, y lo llamé Isis, como la diosa egipcia.

—Esa es una noticia alentadora. ¿Ahora qué debes hacer?

—Luego de verificar los catálogos estelares y de cometas existentes, para asegurarme de que su descubrimiento no haya sido registrado, tengo que redactar un informe detallando su descubrimiento. Incluir todas las observaciones, datos, dibujos y análisis comparativos con catálogos anteriores y explicar su importancia y cómo contribuye al conocimiento astronómico. —Anne hizo silencio por unos segundos—. Disculpa por aburrirte con estos detalles, es que estoy tan entusiasmada.

—No me aburres, pero la mitad de lo que dices no entiendo. Sin embargo, te apoyo y si puedo ayudarte en algo, cuenta conmigo. —Hope sonrió—. Suena a mucho trabajo, de verdad te admiro. A mí me aburren las clases con la señora Waverley, no entiendo cómo puedes encontrar placer en hacer todos esos cálculos.

—Bueno, es bastante difícil, pero es satisfactorio para mí saber que más allá de estas paredes y de este mundo hay algo más. Es tan hermoso el firmamento, tan perfecto…

—Lady Hope —las interrumpió Aria—, la institutriz está esperando por usted en la sala de estudio —le informó desde el umbral.

Cuando Hope se marchó Anne se quedó con la mirada perdida en el jardín a través de la ventana. No estaba dispuesta a aceptar a cualquier pretendiente, menos al tonto de Lord Radclyffe. Estaba a semanas de cumplir veintitrés, a punto de convertirse en solterona. Eso mancharía la reputación de su familia. Su madre estaba desesperada, tanto que consideraba subir la dote. La temporada apenas comenzaba, pero estaba segura de que tendría que asistir a todos y cada uno de los eventos sociales. Eso la hacía sentirse como una mercancía en exposición. Prefería quedarse a leer y estudiar el cielo, un pasatiempo que su madre consideraba poco femenino, pero que Anne no estaba dispuesta a abandonar.

Varios segundos después de que Hope se haya marchado, Lady Fitzroy entró a la biblioteca con una expresión de preocupación en el rostro. Anne despegó la vista de los documentos que estaba leyendo, resignada a la conversación que sabía estaba por venir.

—Anne, querida, necesito hablar contigo —dijo Lady Fitzroy, tomando asiento frente a su hija.

—Sí, madre. ¿De qué se trata?

Lady Fitzroy tomó un respiro profundo antes de comenzar.

—Anne, sabes que tu padre y yo solo queremos lo mejor para ti. Te amamos y nos gustaría verte feliz, pero hay algo que debemos discutir con seriedad. Betsy está a punto de cumplir diecisiete años y será presentada en sociedad la próxima temporada.

Anne asintió con lentitud, anticipando el rumbo de la conversación.

—Lo sé, madre. Betsy está muy emocionada por su debut.

—Sí, lo está. Pero este es el problema, Anne —continuó Lady Fitzroy, con ternura y firmeza en su voz—. No podemos presentar a Betsy en sociedad si tú no te has casado primero. Las normas sociales son claras: la hermana mayor debe casarse antes de que las menores puedan ser introducidas formalmente. Si no te casas, tendremos que retrasar la presentación de Betsy, y eso podría tener consecuencias graves para nuestra familia.

Anne se mordió el labio y se pasó las manos por el rostro antes de hablar.

—Madre, entiendo —comenzó, y arregló con nerviosismo los papeles que tenía enfrente—, pero no quiero casarme con cualquier tonto solo por cumplir. Quiero encontrar a alguien con quien en realidad conecte, alguien que me valore por quien soy, no solo por ser una Fitzroy.

Lady Fitzroy tomó las manos de Anne entre las suyas, sus ojos estaban llenos de preocupación y amor maternal.

—Anne, querida, comprendo tus deseos. De verdad, lo hago. Pero debes entender que nuestras acciones no solo nos afectan a nosotros, sino que a toda la familia. Si retrasamos la presentación de Betsy, la sociedad podría empezar a hablar. Tu reputación podría sufrir, y no solo la tuya, sino que también la de tus hermanas. Las oportunidades para ellas disminuirían si nos ven como una familia con problemas.

Anne suspiró, sintiendo el peso de las expectativas sobre sus hombros.

—¿Es solo por la reputación, madre? ¿Eso es todo lo que importa?

Lady Fitzroy negó con la cabeza, apretando las manos de Anne con suavidad.

—No, Anne. No es solo la reputación. Es tu felicidad y la de tus hermanas. Un buen matrimonio puede ofrecer estabilidad y seguridad que de otra manera no tendríamos. Quiero verte feliz, casada con un hombre que te respete y te ame. Pero también quiero asegurarme de que Betsy y Hope tengan las mismas oportunidades. Si te casas, les abrirás las puertas a ellas.

Anne percibió la sinceridad en los ojos de su madre. Sabía que Lady Fitzroy estaba atrapada entre sus propios deseos para sus hijas y las rígidas expectativas de la sociedad.

—Madre, no puedo prometer que encontraré a alguien tan rápido como todos desean. Pero lo intentaré, por Betsy y por ti. Solo te suplico que entiendas que esto no es fácil para mí.

—Eso es todo lo que pido, Anne. —Lady Fitzroy sonrió, agradecida—. Que lo intentes. Sabes que siempre estaré aquí para apoyarte sin importar lo que pase.

Anne asintió resignada, y una sensación de alivio y tristeza la embargó. Sabía que el camino hacia su propio corazón y las expectativas de su familia sería difícil de transitar, pero estaba decidida a hacer lo mejor para todos.

—Gracias, madre. Haré todo lo posible.

En ese instante, Anne supo que su búsqueda de amor no solo era una cuestión personal, sino que también una responsabilidad familiar. Sin embargo, no podía dejar de pensar en las posibilidades que se extendían en el cielo infinito.

—Para que no todo sean obligaciones y malas noticias, te cuento que he recibido una carta de Resse, va a estar aquí para tu cumpleaños, trae a su hija y Joss regresa de Francia, así que la familia estará junta esta temporada, razón de sobra para festejar, prepararé una reunión, no lo olvides.

—Me alegra saber que estaremos todos, y no te preocupes, madre, lo tendré presente, es casi

imposible olvidarlo, cuando tú eres mi apuntadora —se burló Anne.

—Anne Fitzroy, todavía no olvido que hiciste correr al pobre lord Radcliffe —la reprendió su madre, aunque en tono de broma.

—No fue mi intención espantarlo, solo fue una conversación poco afortunada —se defendió Anne.

—¿Poco afortunada? —dijo su madre, y enarcó una ceja.

Justo en ese momento, la puerta se abrió y Betsy entró con una expresión radiante.

—Anne, madre, ¿sabéis qué? —Hizo un silencio teatral—. Acabo de enterarme de que lady Newshire organizó un baile en honor a su cuñado, que está por regresar de su viaje por el extranjero. Toda la alta sociedad estará allí. Anne, tienes que ir.

Anne forzó una sonrisa, intentando no mostrar su falta de entusiasmo.

—Por supuesto, Betsy. Estoy más que emocionada.

—Perfecto —dijo Betsy, con los ojos brillantes por la ilusión.

La madre de Anne presionó su mano y dijo:

—Quizás, este sea el evento que cambiará todo.

Anne accedió, aunque su mente seguía pensando en su cometa "Isis".

—¡Será una noche mágica, lo presiento! —chilló Betsy.

—Pobre muchacho —dijo Lady Fitzroy.

—¿Por qué? —indagó Betsy, con curiosidad.

—Volver después de tanto tiempo, para enfrentarse a las habladurías, aunque parece que nadie recuerda aquel suceso…

—Madre, cuenta el chisme y deja de dar vueltas —la interrumpió Betsy.

—Hija, debes controlarte, o al final será cierto lo que dice la tía Poly, y tu lengua es más rápida que tu buen juicio —dijo lady Fitzroy antes de proceder a relatar lo sucedido hacía cinco años atrás con el joven Newshire y sus amigos.

Anne y Betsy la escucharon con atención, pero ninguna emitió juicio alguno hacia Finn.

Capítulo 2

Finn Cavendish llegó al puerto de Londres en una mañana gris y fría, el contraste perfecto con el calor abrasador de Egipto que había dejado atrás. La bruma del río Támesis se arremolinaba a su alrededor mientras descendía del barco, con un baúl de cuero y una bolsa de viaje como únicos acompañantes. Su rostro estaba bronceado por el sol del desierto, y su ropa, aunque de buena calidad, mostraba los signos del viaje y la aventura.

Un carruaje lo esperaba en el muelle, con el emblema de su familia grabado en la puerta. Finn sonrió al ver al viejo cochero, John, que había trabajado para la familia Cavendish desde que él era un niño.

—Bienvenido de nuevo, joven Finn —dijo John y le ofrecio una cálida sonrisa antes de inclinarse con respeto—. La familia está ansiosa por verlo.

—Gracias, John. Es bueno estar de vuelta —respondió Finn, entregando sus pertenencias al cochero antes de subir al carruaje.

El viaje a la finca de los Cavendish, situada en las afueras de Londres, fue tranquilo. Finn observó por la ventana mientras el paisaje urbano se transformaba en verdes prados y elegantes jardines. Su mente, sin embargo, estaba lejos de allí, todavía inmersa en las arenas del desierto y los misterios de las antiguas ruinas que había explorado.

Al llegar a la casa familiar, Finn sintió que el tiempo se retorcía como las hojas de un antiguo pergamino. El umbral de la entrada parecía un portal entre dos mundos: el pasado y el presente. La piedra gastada bajo sus pies resonaba con ecos de risas juveniles y susurros de secretos bien guardados. Las enredaderas trepaban por las columnas, como recuerdos que se aferraban a su piel.

La puerta principal se abrió antes de que él pudiera tocar, y su hermano, el vizconde de Newshire y su esposa, lo recibieron con los brazos abiertos.

—¡Finn! hermano, ¡qué alegría verte de nuevo! —exclamó Robert, abrazándolo con fuerza.

—Hermano, es un placer verte —respondió Finn, devolviendo el abrazo con cariño.

Detrás de él, su padre, el conde de Newshire, lo observaba con displicencia. Finn sabía que él no aceptaba su estilo de vida despreocupado.

—Bienvenido a casa, Finn —dijo el conde con voz grave—. Espero que tu estancia en Egipto haya sido provechosa.

—Sí, padre. Fue una experiencia enriquecedora —respondió Finn, esforzándose por sonar respetuoso.

—Espero que ahora estés listo para asumir tus obligaciones aquí —añadió su padre, sin perder tiempo en expresar sus expectativas.

Finn reprimió un suspiro y asintió.

—Haré lo que pueda, padre.

El hogar era una prisión, sus paredes impregnadas de historias con sus propios fantasmas, como ecos de lágrimas derramadas en silencio, sueños rotos y promesas incumplidas. Finn había dejado atrás todo eso cuando se embarcó en su expedición, pero ahora, al regresar, sentía que las cadenas del pasado se cerraban de nuevo sobre él.

Lady Margaret, la esposa de su hermano, intervino con premura.

—Vamos, dejemos que Finn se instale. La cena estará lista en una hora, y estoy segura de que tiene muchas historias que contarnos —dijo su cuñada, Margaret.

Finn subió a su antigua habitación, un espacio lleno de recuerdos de su juventud. La

familiaridad de los muebles y la decoración lo envolvieron en una sensación de nostalgia. Dejó sus pertenencias y se permitió unos momentos de tranquilidad antes de descender al comedor.

La cena fue un evento formal, con todos los miembros de la familia presentes. Su hermano mayor, Robert, y su esposa, Lady Margaret, intentaron ser corteses. Sin embargo, Finn no pudo evitar sentir la tensión bajo la superficie.

—Cuéntanos, Finn, ¿qué descubriste en Egipto? —preguntó Robert, tratando de romper el hielo.

Robert, el hermano mayor de Finn y ahora vizconde de Newshire, siempre intentó ser un apoyo en la vida de su hermano menor, especialmente en aquellos momentos en que la severidad de su padre parecía insuperable. Aunque su relación no estuvo exenta de tensiones, Robert buscó, a su manera, suavizar las expectativas que pesaban sobre Finn. Si bien no podía igualar el calor y la ternura que solo una madre podía ofrecer, Robert trató de ser un punto de equilibrio, brindándole a Finn una especie de camaradería que alivie la dureza del mundo que los rodeaba.

Desde que la madre de Finn falleció, Robert intentó asumir un papel más protector, consciente de que la falta de la figura materna afectaba a su hermano de una manera profunda. Aunque el conde de Newshire rara vez demostraba afecto, Robert trató de llenar ese vacío con actos de bondad y comprensión, procurando que Finn sintiera que no estaba completamente solo en la rígida estructura familiar.

—Descubrí muchas cosas, hermano. Pero lo más impresionante fue una antigua tumba que contenía inscripciones y artefactos que podrían cambiar nuestra comprensión de la historia egipcia —respondió Finn, entusiasmado.

—Fascinante —dijo lady Margaret, aunque su tono mostraba más cortesía que verdadero interés.

El conde aclaró la garganta y dirigió la conversación hacia asuntos más domésticos.

—Finn, ahora que has regresado, debemos hablar sobre tu futuro. Es hora de que pienses en establecerte y formar una familia.

Finn sintió que su entusiasmo se desvanecía. Sabía que esta conversación era inevitable, pero no estaba preparado para enfrentarla tan pronto. Sin embargo, nadie se animaba a hablar de la razón por la que desapareció hace cinco años.

—Padre, he estado fuera mucho tiempo. Necesito volver a adaptarme.

Robert intervino, y con un tono lleno de amabilidad dijo:

—Hermano debes comprender que estamos preocupados por ti. Queremos que seas feliz y que encuentres estabilidad.

Finn asintió, aunque no compartía la misma visión de felicidad que su padre y hermano.

—Lo consideraré —dijo, deseando que la conversación terminara.

Después de la cena, Finn se retiró al estudio. Se sentó en un sillón junto a la ventana abierta y dejó que sus pensamientos volvieran a Egipto, a las aventuras y descubrimientos que lo hacían sentir vivo.

A pesar de ser principio de primavera, la noche era especialmente fresca. La bruma delicada envolvía la campiña y la entrada empedrada de la mansión de los Newshire, con un velo de misterio y serenidad. El aire, impregnado del tenue aroma de flores recién abiertas y de la humedad de la tierra, aún tibia por el calor del día entraba por la ventana abierta.

Fue entonces cuando la puerta se abrió y su cuñada entró a la habitación.

—Finn, querido, sé que esto es difícil —dijo con suavidad, acercándose a él—. Pero quiero que sepas que solo deseamos lo mejor para ti. Eres un hombre encantador, pero también rebelde. Necesitas encontrar tu norte.

Finn la miró desconcertado y se rascó la cabeza. Bajo la luz parpadeante de las velas y lámparas de aceite que iluminaban el estudio, lady Margaret parecía envuelta en un halo dorado, con sus facciones suavizadas por el resplandor tembloroso. Su cabello dorado, recogido con elegancia, reflejaba el tenue brillo de la llama, y sus ojos, cálidos y llenos de cariño, parecían observar a Finn con una mezcla de comprensión y cariño. El ambiente íntimo y sereno, creado por las sombras que danzaban suavemente en las paredes, resaltaba su semblante maternal, proyectando una sensación de acogida y paz.

Finn, al observarla, sintió una inesperada oleada de tranquilidad inundar su pecho. La presencia de su cuñada evocaba en él una añoranza profunda, una nostalgia por el cariño que nunca había podido experimentar plenamente por la muerte de su madre. En ese instante, le pareció que ella, con su serena dignidad y su mirada llena de afecto, deseaba llenar ese vacío, ofreciéndole el tipo de consuelo y apoyo que solo una figura femenina podría proporcionar. Era como si, en su presencia, él pudiera encontrar refugio de las tempestades que lo habían agobiado durante tanto tiempo.

—Lo sé, Margaret. Pero siento que el matrimonio no es la solución para mí. Al menos, no ahora.

La vizcondesa suspiró y le dedicó una cariñosa sonrisa.

—Solo piénsalo. No te pedimos que tomes una decisión de inmediato, pero queremos que consideres lo que podría ser mejor para ti a largo plazo.

Finn asintió, agradecido por su comprensión.

—Lo haré. Lo prometo.

Ella sonrió y se retiró, dejándolo solo con sus pensamientos.

Finn dejó caer los hombros al verla marcharse. Se quedó allí, mirando la puerta cerrada. Sabía que encontrar un equilibrio sería su mayor desafío. Pero también sabía que, pase lo que pase, estaba decidido a seguir su propio camino, sin importar cuán difícil pudiera ser.

Mientras las sombras de la noche se alargaban en el estudio, Finn se permitió un momento de reflexión. El viaje a Egipto le había dado una perspectiva diferente de la vida, una que no estaba dispuesto a abandonar. Con un suspiro, se levantó y decidió dar un paseo por los jardines, buscando claridad bajo el cielo estrellado.

La vida en Inglaterra podía ser complicada, pero estaba determinado a enfrentarse a los desafíos con la misma valentía que había mostrado en sus exploraciones. En su corazón, sabía que la libertad y la aventura siempre serían su verdadero norte.

Capítulo 3

El Dorian Club de Londres, con su fachada imponente y sus interiores lujosos, era el refugio preferido de los caballeros de la alta sociedad. Al caer la noche, las luces doradas brillaban a través de las ventanas, invitando a aquellos que buscaban consuelo y entretenimiento lejos de las presiones de sus vidas públicas.

Finn Cavendish, con su sonrisa encantadora y su reputación de libertino, se paseaba por el salón principal. La música suave del piano llenaba el aire mientras los camareros atendían con diligencia a los miembros del club. Finn, con un vaso de whisky en la mano, se sentó en una mesa donde varios hombres jugaban a las cartas. Su presencia inmediatamente atrajo la atención.

—Cavendish, ¿te unes a nosotros? —preguntó Lord Harington, un hombre mayor con una mirada astuta.

—Por supuesto, Harington —respondió Finn, con una sonrisa pícara—. Siempre estoy dispuesto a perder unas cuantas libras por una buena compañía.

El juego comenzó, y Finn, con su habilidad para el engaño y el faroleo, rápidamente se convirtió en el centro de atención. Sus apuestas audaces y comentarios ingeniosos mantenían a todos entretenidos, aunque pocos podían igualar su habilidad en el juego.

Después de unas rondas, una risa femenina llamó su atención. Volteó y vio a un grupo de mujeres, vestidas con atuendos llamativos y sonrisas coquetas. Una de ellas, una pelirroja de ojos verdes, le lanzó una mirada provocativa. Con una pícara sonrisa contempló el bamboleo de las caderas de la pelirroja mientras caminaba hacia él.

—Disculpadme, caballeros —dijo Finn, levantándose de la mesa—. Creo que he encontrado una distracción más interesante.

Los hombres rieron y asintieron, sabiendo muy bien a dónde se dirigía Finn. Se acercó a la pelirroja, sus ojos se encontraron con los de ella.

—Buenas noches, preciosa —saludó Finn, en tono suave y seductor.

—Buenas noches, milord —respondió ella, en un susurro cargado de insinuación—. He escuchado muchas cosas sobre usted.

—Espero que sean todas buenas —replicó Finn, acercándose más.

Ella emitió una risa ligera y musical.

—Depende de a quién le pregunte. ¿Me ofrece una copa?

—Por supuesto, ¿qué prefiere?

—Champagne, por favor.

Finn hizo una señal al camarero, quien rápidamente trajo una botella de champagne y dos copas. Mientras bebían, la conversación se volvió más íntima y las risas más frecuentes. Finn se sentía en su elemento, disfrutando sin pensar en las consecuencias.

Más tarde, en un rincón del club, Finn y la pelirroja se encontraron solos. La atmósfera estaba cargada, y Finn, sin pensarlo dos veces, la besó con pasión. Ella respondió con igual fervor, y por un momento, Finn se permitió olvidar sus problemas.

Sin embargo, incluso en ese momento de abandono, una imagen pasó por su mente perturbando su placer. Se apartó ligeramente, mirando a la pelirroja con una mezcla de deseo y confusión.

Finn sabía que ir al club no era la mejor idea, pero en su interior, la tentación era irresistible. Pretendía desfogarse y encontrar en las mesas de juego y en las copas de licor una distracción que le permitiera escapar de la opresión de sus propios pensamientos. En el bullicio, en el humo, y en las carcajadas de otros hombres que, como él, buscaban olvidar, Finn hallaba un consuelo efímero, una manera de disociar su mente de los recuerdos que lo atormentaban. No era la primera vez que recurría a ese refugio, y aunque sabía que era una salida fácil, un escape cobarde, no podía evitarlo.

El fantasma de Thomas estaba siempre presente, una sombra persistente que lo seguía a donde quiera que fuese. Cada vez que cerraba los ojos, veía su rostro, o escuchaba su risa, y la culpa se retorcía en su pecho, haciéndole sentir que no merecía la paz que tanto ansiaba. El club, con sus tentaciones y promesas de olvido, era un lugar donde podía adormecer su dolor, al menos por unas horas. Sin embargo, Finn sabía que aquello era solo una ilusión, un espejismo que se desvanecería con la luz del día, dejando su conciencia aún más pesada. Pero, esa noche, como tantas otras, decidió entregarse a la distracción, buscando en el juego y el alcohol una forma de no tener que enfrentarse a su pasado ni a la memoria de su amigo.

—¿Qué pasa, milord? —preguntó ella, notando su distracción.

Le urgía olvidar y el alcohol le brindaba un alivio momentáneo, pero desde que llegó a Londres no podía sacarse el recuerdo que le quemaba el corazón; y por desgracia para él, ya nada lo anestesiaba.

—Nada, solo... nada… —respondió Finn, intentando recuperar la compostura.

La pelirroja no insistió y lo besó de nuevo, tratando de llevarlo de vuelta al momento presente. Finn, sin embargo, no pudo continuar. A pesar de su entorno y las distracciones a su alrededor, su corazón y su mente seguían atormentados.

Mientras la noche avanzaba y las luces del club comenzaban a apagarse, Finn se dio cuenta de que sus escapadas nocturnas ya no le proporcionaban el consuelo que una vez le dieron. Se despidió de la pelirroja y salió del club.

Caminó tambaleándose por las calles empedradas de Londres, con la cabeza ligeramente nublada por el alcohol. Detuvo un carruaje y luego de negociar el precio lo llevó a su destino. La

noche había sido una mezcla de risas y distracción, pero ahora, al acercarse a la mansión familiar, una sensación de vacío se apoderó de él. Al llegar, el silencio de la casa se sintió ensordecedor, un contraste abrupto con el bullicio del club.

Entró al vestíbulo, esperando encontrar la casa dormida, pero una luz encendida en el estudio lo detuvo en seco. Al empujar la puerta, se encontró con su padre sentado detrás de su escritorio, con una expresión grave en el rostro.

—Finn —dijo lord Newshire, con la voz cargada de desaprobación—. Parece que la noche ha sido... intensa…

Finn, consciente del leve olor a alcohol y tabaco que emanaba de su ropa, intentó mantener la distancia.

—Padre, no esperaba verte despierto a estas horas —respondió Finn, tratando de sonar despreocupado.

Lord Newshire se levantó con lentitud, su figura imponente proyectaba una sombra larga en la habitación.

—He oído rumores, Finn —comenzó, en tono severo—. Rumores sobre tus... actividades nocturnas. Y no puedo decir que esté impresionado.

Finn se encogió de hombros, sintiendo la tensión en el aire.

—Solo estoy disfrutando de la vida, padre. No veo cuál es el problema.

El conde frunció el ceño, sus ojos grises como los de su hijo, reflejaban ira y decepción.

—El problema, Finn, es que estás manchando el nombre de nuestra familia con tu comportamiento imprudente. Actúas como si tus acciones no tuvieran consecuencias, como si no tuvieras responsabilidades.

Finn sintió un estallido de irritación subir por su pecho por la presión de su familia y la incertidumbre sobre su futuro. Y ahora, su padre lo acusaba sin comprender lo que estaba pasando por su mente.

—¿Responsabilidades? ¿Y qué hay de mis deseos? —replicó Finn, levantando la voz—. ¿Acaso alguna vez has pensado en lo que quiero, en lugar de lo que esperas de mí?

Lord Newshire dio un paso hacia él.

—Tú eres un Cavendish. Tu deber es preservar el honor y la dignidad de este nombre. No te criamos para ser un licencioso irresponsable, y sobre todo, para que arrastres a esta familia a la ruina.

—No quiero vivir una vida que no me pertenece, siguiendo las reglas que tú y la sociedad han impuesto. Quiero hacer algo significativo, algo que me haga feliz. ¿Es tan difícil de entender?

La mandíbula del conde se tensó, y por un momento, la sala quedó en silencio, cargada con las palabras no dichas.

—Finn —gruñó su padre—. Has olvidado tu lugar y tu deber. Si no puedes comportarte como un caballero, entonces quizás sea mejor que regreses por donde viniste. Porque en este momento, no eres más que una fuente de vergüenza para esta familia.

Las palabras golpearon a Finn con fuerza, y por un momento, no pudo encontrar respuesta. Miró a su padre, viendo la firmeza en sus ojos, y supo que no había espacio para la negociación. Con un último gesto de impotencia, Finn giró sobre sus talones y salió del estudio, cerrando la puerta con un golpe.

Al subir las escaleras hacia su habitación, el eco de las palabras de su padre resonaba en su mente. Sabía que había llegado a un punto de inflexión, y la decisión que tomaría en los próximos días determinaría no sólo su futuro, sino también el de aquellos que amaba. Justo antes de llegar a su puerta, se detuvo y giró la cabeza hacia el retrato de su madre que colgaba en el

pasillo. Durante un momento, se quedó allí, inmóvil, buscando en los ojos de la pintura una mirada indulgente, un rastro de la comprensión y el amor que tanto necesitaba. Pero el rostro sereno de su madre permaneció inmutable, y Finn no pudo evitar sentir un peso aún mayor en su pecho, como si incluso desde el lienzo, ella esperara algo mejor de él.

***

Las noches de juerga siguieron. Volvió al ruedo ratificando todo lo que se había dicho de él en el pasado. Durante su época en Oxford, la reputación de Finn Cavendish se forjó con la tinta de la rebeldía y el desenfreno. Entre los muros de aquella ilustre institución, su nombre resonaba no por sus logros académicos, que eran satisfactorios, sino que por sus escapadas nocturnas y su afición por los placeres mundanos.

Las noches de Finn eran legendarias; se le veía en tabernas y fiestas, siempre acompañado de una copa de vino en una mano y una sonrisa seductora en los labios. Su vida licenciosa no conocía límites, y su carisma natural le permitía sortear las consecuencias que otros, menos afortunados, habrían sufrido. Se decía que poseía el don de encantar a cualquiera, desde sus compañeros de estudios hasta las damas que frecuentaban los salones de baile y los jardines escondidos de Oxford.

Los rumores sobre sus aventuras se esparcían como pólvora: las apuestas en partidas de cartas clandestinas, los duelos de ingenio y gallardía, y los encuentros furtivos con mujeres de dudosa reputación. Para muchos, era un calavera, un joven noble que desperdiciaba su herencia y su futuro en un torbellino de excesos. Pero para otros, era simplemente un espíritu libre, un alma que se negaba a ser encadenada por las estrictas normas de la sociedad y la academia.

Aquella mañana la luz del sol apenas se filtraba a través de las gruesas cortinas de la habitación de Finn, cuando un estruendo seguido por una ráfaga de frío lo sacó con brusquedad del mundo de los sueños. Abrió los ojos de golpe, solo para encontrarse empapado y temblando, con el agua fría goteando de su cabello y ropa. Parpadeó repetidamente, tratando de aclarar su visión, y fue entonces cuando vio a su padre, Lord Newshire, de pie junto a su cama, aún sosteniendo el balde vacío con una expresión severa en su rostro.

—¡Padre! —exclamó Finn, intentando incorporarse mientras el agua se escurría por la cama y el suelo—. ¿Qué significa esto?

Lord Newshire no se inmutó. Dejó el balde a un lado y cruzó los brazos sobre el pecho, enfadado con los ojos grises fijos en su hijo.

—Significa que ya es hora de que despiertes, Finn —respondió con una voz grave y autoritaria —. He tolerado tus desmanes por demasiado tiempo. Esto debe acabar.

Finn intentó secarse la cara con las sábanas mojadas, pero sus movimientos eran torpes por el frío y la sorpresa. Miró a su padre con una mezcla de ira y vergüenza.

—¿Acaso cree que despertándome así cambiará algo? —replicó Finn, intentando mantener su compostura—. Ya he oído sus sermones antes, padre.

—Este no es solo un sermón, Finn —replicó Lord Newshire, dando un paso hacia adelante—. Es una advertencia. Tu comportamiento está manchando el nombre de nuestra familia. No puedo permitir que continúes por este camino. A partir de hoy, las cosas cambiarán.

Finn apretó los puños, sintiendo cómo la rabia se mezclaba con la culpa. Sabía que su padre tenía razón, pero admitirlo era algo completamente distinto. Se levantó de la cama, con el agua chorreando de su ropa, y se enfrentó a su padre, tratando de mantener la calma.

—¿Y qué sugiere que haga, padre? —preguntó, en voz baja, pero desafiante—. ¿Quiere que me convierta en un perfecto caballero de la noche a la mañana?

Lord Newshire lo miró con dureza, pero en sus ojos también había una chispa de

preocupación.

—Quiero que empieces a comportarte como el hombre que sé que puedes ser —dijo finalmente, con menos dureza, pero igual determinación—. Y si eso significa tomar medidas drásticas, entonces así será. No permitas que tu vida se desperdicie. Todo es culpa de tu hermano que siempre intentó solaparte, y la falta de una figura materna hizo que te conviertas en un completo inútil.

Finn sintió un dolor punzante en el pecho al escuchar las palabras de su padre. Aunque siempre había sabido que había tensiones entre Robert y su padre en cuanto a su crianza, nunca había esperado que su padre culpara directamente a su hermano o la falta de una madre por sus fallos.

—¿Culpa de Robert? —repitió, con la voz teñida de incredulidad y resentimiento—. ¿Crees que es su culpa que yo haya tomado mis propias decisiones? No es justo, padre.

Lord Newshire dejó escapar un suspiro profundo, como si la conversación lo agotara.

—Justo o no, Finn, la realidad es que debes asumir la responsabilidad de tus acciones. Eres un Cavendish y eso lleva consigo una carga de honor y deber que no puedes seguir ignorando.

Finn se pasó una mano por el rostro empapado, intentando procesar aquellas palabras. Sentía rabia, pero también una pequeña chispa de algo más profundo: un deseo de demostrar que podía ser más de lo que su padre pensaba.

—Y si decido cambiar, ¿qué espera que haga exactamente? —preguntó, en tono más calmado, pero aún desafiante—. No puedo deshacer lo que he hecho.

Lord Newshire lo observó por un momento antes de responder.

—Debes trabajar en algo significativo. Tienes una oportunidad para redimirte. Demuestra que puedes ser un hombre de valor y no solo un calavera.

Finn frunció el ceño. Egipto había sido una fantasía de aventura y descubrimiento. Pero ahora, su padre le estaba sugiriendo como un medio de redención, una forma de demostrar su valía.

—¿Cómo? —dijo Finn.

—Quiero que encuentres un propósito —respondió Lord Newshire—. Que te conviertas en un hombre de verdad, alguien que no solo vive de la reputación de su familia sino que contribuye a ella. Lo de Egipto, debes dejarlo atrás, ahora tienes que enfrentarte a la vida real.

Con un último vistazo, el conde salió de la habitación. Finn se quedó solo, temblando de frío.

Desde joven, Finn había sentido una fascinación inquebrantable por la historia antigua y las civilizaciones perdidas. Su pasión por Egipto comenzó con un libro ilustrado que había encontrado en la vasta biblioteca familiar, y se convirtió en una obsesión que lo llevó a estudiar lenguas antiguas, arqueología y mitología egipcia. Durante sus años en Oxford, su reputación como un estudiante dedicado y brillante en estos campos se consolidó, destacándose en cada clase y seminario sobre el antiguo Egipto. Pasó incontables horas descifrando jeroglíficos y estudiando artefactos, siempre en busca de una comprensión más profunda de esta civilización milenaria.

Después de su tumultuosa salida de Oxford, encontró una nueva dirección para su vida al unirse a una expedición arqueológica en Egipto, patrocinada por un viejo amigo de su padre. La experiencia fue transformadora; no solo le permitió poner en práctica sus conocimientos, sino que también le dio la oportunidad de trabajar junto a reconocidos egiptólogos y excavadores. Se convirtió en una figura respetada en el campo, conocido por su meticulosa atención al detalle y su habilidad para interpretar antiguos textos y artefactos. Sus contribuciones a varios descubrimientos importantes, incluyendo tumbas olvidadas y tesoros ocultos, le ganaron el reconocimiento de la comunidad científica y fortalecieron su reputación como un estudioso de

renombre en la egiptología.

Capítulo 4

En el gran salón de la mansión Cavendish la luz de los candelabros de cristal se reflejaba en los suelos de mármol pulido. Finn estaba de pie junto a uno de los altos ventanales, mirando hacia el jardín. Su padre se acercó con paso decidido.

—Finn, necesito hablar contigo —dijo el conde, en su característico tono autoritario.

Finn giró con lentitud, su expresión estaba marcada por el disgusto.

—¿Sobre qué, padre? ¿Sobre cómo arrastrarme a esa absurda farsa de una fiesta?

El conde entrecerró los ojos, su hijo siempre ponía a prueba su paciencia.

—Esa "absurda farsa", como la llamas, es un evento importante para nuestra familia. Tu cuñada ha trabajado mucho para organizarlo, y es vital para nuestras relaciones sociales. Deberías mostrar un poco de gratitud y cooperación.

Finn cruzó los brazos sobre el pecho, mostrando una postura desafiante.

—Gratitud, dice. ¿Por ser exhibido como un trofeo para todas las debutantes de Londres? No quiero ser parte de ese juego de apariencias. No soy un peón en vuestras intrigas sociales.

El conde dio un paso adelante, su rostro estaba endurecido por la frustración.

—No se trata de ser un peón, Finn. Se trata de tus responsabilidades como miembro de esta familia. Debes encontrar una esposa adecuada, alguien que comprenda nuestras obligaciones y que pueda ser una aliada en la sociedad.

Finn dejó escapar una risa amarga.

—¿Una esposa adecuada? ¿Alguien que cumpla con sus estándares y que en realidad no me conozca? Eso no es lo que quiero. No puedo seguir sus reglas cuando no coinciden con lo que soy.

El conde se quedó en silencio por un momento, evaluando a su hijo con una mirada intensa.

—Finn, entiendo que tienes tus propios deseos y ambiciones, pero debes comprender que nuestra posición en la sociedad no nos permite el lujo de seguir solo a nuestros corazones. Hay reglas que debemos cumplir, por el bien de todos.

Finn apretó los dientes y resopló conteniendo la rabia en su interior.

—Padre, no puedo sacrificar mi felicidad por una fachada. Además, Robert ya se casó, es el primogénito.

El conde suspiró, y suavizó su expresión.

—No te estoy pidiendo que sacrifiques tu felicidad. Solo quiero que consideres la importancia de lo que hacemos aquí. Estas conexiones son cruciales para nuestro futuro. Al menos, dale una oportunidad. Conoce a estas personas, seguro que encuentras a una mujer interesante y con carácter. —El conde esbozó una leve sonrisa—. Solo te pido que lo intentes. No lo hagas por mí, sino por la memoria de tu madre.

Finn asintió con gesto de hastío.

—Está bien, padre. Lo intentaré. Pero no prometo nada.

El conde, con solemnidad, posó su mano sobre el hombro de Finn. En su mirada, los años de preocupación y espera se entrelazaban como hilos de un intrincado tejido. Era una expresión que trascendía las palabras, un enredo de alivio por el regreso y la esperanza de que el futuro pudiera ser más alentador.

—Eso es todo lo que pido, hijo. Ahora, vamos al salón. Y por favor, compórtate.

Finn lo siguió resignado.

Las velas parpadeaban, proyectando sombras danzantes sobre las paredes de la sala de estar.

Lord Newshire tomó asiento en el sillón junto a Robert. Finn se sentía atrapado entre las exigencias de su padre y sus propios deseos.

Lady Newshire, se removió en el sofá de terciopelo rojo, con los ojos fijos en su cuñado.

—Ya tienes veintiséis años —dijo con voz suave, pero firme—. Es hora de que sientes cabeza. Tienes que casarte y asegurar tu futuro. El pasado ha quedado atrás, eran muy jóvenes, deja de castigarte de esta manera…

Fin se cruzó de brazos mascullando entre dientes, lo de Thomas seguía escociendo igual que el primer día e ignorarlo no hacía que desapareciera.

El conde, asintió desde su silla junto a la chimenea.

—Te he dado todo, pero si no asumes tus obligaciones cortaré toda ayuda económica. —Bebió un trago de té y agregó—: Debes pensar en el apellido Cavendish y en tu responsabilidad hacia él.

Finn apretó los dientes. Su corazón latía con fuerza.

«¿Acaso no había más en la vida que alianzas estratégicas y deberes familiares?», pensó.

Anhelaba la libertad, los libros y las conversaciones apasionadas. No quería ser una pieza en el juego de la alta sociedad. No quería formar una familia, no lo merecía y tenía la oportunidad de obviar aquel paso.

—Padre, Robert —comenzó Finn, luchando por mantener la calma—, entiendo vuestras preocupaciones. Pero no puedo unir mi vida a la de una mujer por la que no sienta aprecio.

Lady Newshire suspiró y miró a Robert con preocupación.

—Finn, no puedes permitirte ser caprichoso. Tienes la oportunidad de redimirte ante la sociedad, ya nadie se acuerda de lo sucedido, es momento de ver al frente y seguir caminando.

Finn miró por la ventana, hacia el jardín oscuro y se perdió en sus recuerdos:

—Finn, hay algo que he estado queriendo decirte —dijo Thomas, rompiendo el cómodo silencio que había caído entre ellos.

Finn se giró para mirarlo, notando una expresión inusualmente seria en el rostro de su amigo.

—¿Qué pasa, Thomas? —preguntó Finn, con curiosidad.

Thomas miró hacia el horizonte, su mirada era suave y soñadora.

—Estoy enamorado, Finn —dijo finalmente, con una sonrisa tímida que iluminó su rostro.

Finn se detuvo, sorprendido.

—¿Enamorado? —repitió, procesando la revelación—. ¿De quién?

Thomas se rascó la nuca, un gesto nervioso que Finn conocía bien.

—De Marianne —confesó—. Nos conocimos el verano pasado en la finca de sus padres. Desde entonces, no puedo dejar de pensar en ella.

Finn sonrió, sintiendo una alegría sincera por su amigo.

—Marianne... —murmuró, recordando vagamente a la joven—. Sí, recuerdo haberla visto en

alguna que otra fiesta. Es una chica encantadora.

Thomas asintió, su rostro se iluminó aún más.

—Es maravillosa. Es inteligente, amable, y tiene una risa que podría iluminar el día más oscuro. Quiero pasar el resto de mi vida con ella.

Finn sintió una punzada de envidia, pero también una profunda dicha por su amigo.

—¿Y qué vas a hacer al respecto? —preguntó Finn, con una sonrisa alentadora.

Thomas respiró hondo, como si estuviera reuniendo todo su valor.

—Tan pronto como terminemos aquí en Oxford, voy a pedir su mano —dijo, con decisión—. Quiero formar una familia con ella y construir un hogar. Es todo lo que siempre he soñado.

Finn le dio una palmada en la espalda, orgulloso por su amigo.

—Estoy feliz por ti, Thomas. De verdad —dijo Finn, con sinceridad—. Marianne es una chica con suerte.

Thomas le devolvió la sonrisa y su expresión se suavizó con gratitud.

—Gracias, amigo. Significa mucho para mí. Y espero que algún día tú también encuentres a alguien que te haga sentir así.

Finn lo miró, con un atisbo de melancolía en los ojos.

—Quizás —dijo, sin mucha convicción.

El recuerdo de esa conversación se desvaneció con lentitud, dejando a Finn con una sensación de pérdida y arrepentimiento. En aquella tarde, bajo el cielo dorado de Oxford, Thomas había compartido su anhelo más preciado. Y ahora, ese sueño nunca se realizaría.

—Quizás deberían considerar lo que yo quiero —murmuró Finn después de un largo rato. Se alejó de la ventana, sintiendo la rigidez en sus músculos. Las sombras de los candelabros se alargaban en las paredes. Miró a su padre con resolución—. Padre —comenzó Finn—, entiendo la importancia de nuestra posición social y la necesidad de asegurar el futuro de la familia. Pero no puedo casarme solo por deber o conveniencia. Por lo menos debería caerme bien la mujer con la que pasaré el resto de mi vida.

La vizcondesa frunció el ceño.

—Finn, no puedes permitirte ser tan idealista. Además, el amor no es práctico.

Finn apretó los puños.

—Margaret, merezco más que una vida de compromiso sin pasión ¿No debería buscar a alguien con quien compartamos los mismos gustos?

El conde se puso de pie, su expresión era seria.

—Hijo, la sociedad no siempre es amable con los que desafían las normas. Debes pensar en tu herencia, en tu deber hacia la familia.

Finn observó a su padre.

—No estoy pidiendo una vida perfecta. Solo quiero la oportunidad de encontrar una compañera que me respete, que comparta mis intereses y que me haga feliz.

Finn sabía que lo consideraban un irresponsable, en especial su padre, y más que nadie, Robert, su perfecto hermano. Sin embargo, estaba decidido a justificar cada cosa que decían de él. Tenían razón, no le importaba nada, incluso si eso significaba enfrentarse a la presión familiar.

—Deseamos que encuentres la felicidad, y creemos que el matrimonio te proporcionará estabilidad y un propósito —expresó la vizcondesa, con un matiz de preocupación.

Finn respiró hondo, sintiendo la frustración crecer y desbordarse en su interior.

—Necesito un poco de aire —sentenció, con la voz cargada de desesperación.

Salió del salón antes de que alguien pudiera detenerlo. Caminó con rapidez hacia la salida, con la mente llena de pensamientos contradictorios. Al llegar al umbral, escuchó la voz autoritaria de lord Newshire resonar en el pasillo.

—Es hora de que tomes una decisión —gritó su padre, en un tono que no admitía réplica.

Finn siguió caminando hacia el jardín, donde el aire fresco de la noche lo recibió como un alivio bienvenido. Se dirigió hacia un rincón, un lugar donde solía refugiarse de niño cuando necesitaba pensar. Se dejó caer en un banco, apoyando los codos en sus rodillas y la cabeza entre las manos.

Los recuerdos de su estadía en Egipto vinieron a su mente. Había sentido una libertad que nunca experimentó en Inglaterra, lejos de todo que lo agobiaba. Pero aquí, en su hogar, se sentía asfixiado.

—¿Por qué no pueden entender? —murmuró para sí mismo, mirando el cielo estrellado. Las constelaciones brillaban con una claridad que le recordaba las noches en los desiertos egipcios.

Los pasos crujientes en la grava lo sacaron de sus pensamientos. Levantó la vista y vio a su hermano acercándose con expresión seria.

—Finn, ¿puedo hablar contigo? —preguntó Robert, deteniéndose a unos metros de distancia.

Finn suspiró, sabiendo que no podía evitar esta conversación.

—¿Qué quieres?

—Solo quiero entender qué está pasando contigo —respondió Robert, y se sentó a su lado—. Margaret y yo estamos preocupados.

Finn lo miró, notando la sinceridad en los ojos de su hermano. Por un momento consideró abrirse, pero el orgullo y la frustración lo frenaron.

—No es tan complicado. Simplemente no quiero seguir el camino que todos esperan de mí.

Robert frunció el ceño, tratando de encontrar las palabras adecuadas.

—Sé que sientes que todos te presionan, pero hay formas de encontrar tu propio camino sin rechazar completamente nuestras tradiciones.

Finn soltó una risa amarga.

—¿Hablas en serio? No hay espacio para mi propio camino en esta familia. Todo está decidido antes de que podamos siquiera pensarlo.

Robert suspiró, viendo la lucha interna de su hermano.

—Finn, no estoy aquí para juzgarte. Solo quiero que sepas que hay personas que se preocupan por ti. Pero también debes entender que tus acciones tienen consecuencias para todos nosotros.

Finn se quedó en silencio, procesando las palabras de su hermano. Sabía que tenía razón, pero no podía evitar sentir que le estaba reclamando. Era la oveja negra de la familia, la mancha que tenía en su ser era imposible de borrar, aunque todos hayan olvidado o tengan una versión diferente de los hechos, él y su conciencia sabían lo que ocurrió.

—Voy a necesitar tiempo para pensar en todo esto —dijo, y se incorporó.

Robert asintió, poniéndose de pie junto a él.

—Tómate el tiempo que creas prudente, pero no tardes demasiado. La familia te necesita.

Finn lo miró, vislumbrando un atisbo de comprensión en los ojos de su hermano.

—Gracias. Intentaré... encontrar un equilibrio.

Robert le dio una palmada en el hombro antes de alejarse, dejando a Finn solo. Mientras observaba las estrellas, la desesperanza lo invadió. Sabía que debía encontrar una manera de reconciliarse con él mismo, pero no estaba seguro de cómo hacerlo. Con un suspiro profundo, se dirigió hacia los establos, decidido a olvidar por unas horas todo lo que lo hacía sentirse prisionero, pidió al palafrenero que le prepare su caballo.

***

Finn entró al club Dorian, buscando un refugio temporal. El sonido de la música y las risas despreocupadas llenaban el aire mientras buscaba una distracción.

—¡Finn! —una voz familiar lo llamó desde una mesa en el rincón—. ¡Aquí!

Finn se abrió paso entre las personas hasta llegar a donde Lord Percy, su amigo de la infancia, que lo saludaba con una copa en la mano y una sonrisa traviesa en el rostro. A su lado, varias mujeres con vestidos escotados y miradas jocosas se reían y charlaban, disfrutando de la noche.

—Richard, veo que ya has empezado la fiesta sin mí —dijo Finn, antes de tomar asiento junto a él.

—Nunca es tarde para unirte, viejo amigo —respondió Richard, llenando una copa para él—. ¿Qué te trae aquí esta noche?

Finn tomó la copa y bebió un largo trago, disfrutando del ardor del licor bajando por su garganta.

—La misma historia de siempre —respondió con un suspiro.

Richard rió, inclinándose hacia Finn.

—No te preocupes. Aquí solo hay diversión. Vamos, juega una mano conmigo. Tal vez la suerte te sonría esta noche.

Finn aceptó la invitación y se unió al juego. A medida que las cartas se repartían, las risas y los comentarios ingeniosos fluían con libertad. Se sintió relajado por primera vez desde que llegó a Londres, disfrutando de la compañía despreocupada y el ambiente decadente.

Una de las mujeres se acercó a Finn, y posó una mano ligera en su hombro.

—¿Qué lo tiene tan preocupado, milord? —preguntó, sus ojos brillaban con lujuria.

Finn sonrió, sin ofrecer una respuesta directa. En cambio, volvió su atención a Richard, quien observaba la escena con una sonrisa cómplice.

—¿Sabes qué es lo que realmente quiero, Richard? —dijo Finn, barajando las cartas con destreza—. Quiero libertad. No quiero sentirme atrapado esperando la aprobación de los demás. Necesito olvidar…

Richard asintió, comprensivo.

—Lo sé, Finn. Pero a veces, la libertad tiene un alto costo. ¿Estás dispuesto a pagar el precio?

Finn se quedó en silencio por un momento, considerando las palabras de su amigo. La música y las risas continuaron a su alrededor, creando una burbuja de irrealidad que contrastaba con las serias reflexiones en su mente.

—No estoy seguro —respondió—. Pero esta noche, al menos, quiero olvidarme de todo eso.

Richard levantó su copa en señal de acuerdo.

—Llegaste hace unos días, ¿por qué no fuiste a visitarme?

—Estuve ocupado —respondió Finn, evitando decir la verdad—. ¿Cómo está Marianne?

—Bien, debes ir a verla.

—Lo haré, cuando me sienta preparado.

—A los padres de Thomas también, han sido abuelos hace poco, un hermoso varón, lo llamaron Thomas, y se parece mucho a él.

—Es bueno saber que continuaron con sus vidas…

—¿Tú no lo hiciste?

—¿Qué crees?

—No fue tu culpa, Finn…

—Eres el único que cree eso.

—Los que te apreciamos, lo hacemos.

—Eso no importa, Richard, son pocos los que sienten cariño hacia mí, puedo contarlos con los dedos de una mano y me sobran dedos. No estoy preparado para enfrentar a los padres de Thomas, mucho menos a Marianne.

—Entonces brindemos por la libertad, aunque sea por esta noche —propuso Richar, cambiando de tema.

Chocaron sus copas, y Finn se permitió disfrutar del momento, sabiendo que al menos por unas horas, podía escapar de todo lo que lo agobiaba. Él y Richard firmaron, en ese momento, un acuerdo tácito, de no hablar sobre lo sucedido en Oxford. Nombrar a Thomas era demasiado doloroso, pero también le hacía pensar que solo estaba intentando borrarlo de sus recuerdos, hacer cómo si nunca hubiera existido, sin embargo, era imposible, su fantasma lo perseguía a todas partes, aunque no lo nombre, no había un solo día que no aparezca en sus pensamientos.

Capítulo 5

Las paredes de la sala de baile de la mansión Cavendish estaban revestidas con lujosos tapices que representaban escenas bucólicas y mitológicas. Candelabros de cristal colgaban del alto techo, esparciendo una luz suave y dorada que iluminaba cada rincón de la sala. Las damas vestían deslumbrantes vestidos de seda y satén en una variedad de colores vibrantes: azules, verdes, rojos y dorados, mientras que los caballeros llevaban trajes de gala con chaquetas de cola y chalecos bordados. Los espejos gigantes reflejaban la luz y multiplicaban la opulencia del entorno.

La música llenaba el aire, interpretada por una orquesta en vivo situada en un extremo del salón. Los violines, violonchelos y flautas se entrelazaban en melodías dulces. Las risas y el murmullo constante de las conversaciones se entrelazaban con la melodía, creando un fondo sonoro de alegre actividad. De vez en cuando, se escuchaba el tintineo de las copas de cristal al brindar y el sonido rítmico de los zapatos de baile deslizarse sobre el pulido suelo de madera.

El aire estaba impregnado de fragancias. Los delicados aromas de los perfumes de las damas, con notas florales de lavanda, rosa y jazmín, se combinaban con el olor de las velas de cera de abeja. Desde el comedor adyacente llegaban los tentadores olores de la cena: carne asada, pasteles, y una variedad de salsas especiadas, además del aroma dulce de los postres y frutas frescas.

El tacto de los finos guantes de seda y encaje, tanto de damas como de caballeros, aportaba una sensación suave y lujosa. Los vestidos de las mujeres, acariciaban ligeramente a los que pasaban cerca. El contacto de una mano sobre el brazo al ser guiado hacia la pista de baile era una sensación cálida y elegante, mientras que los pies, encajados en zapatos de baile, se deslizaban sin esfuerzo sobre el suelo encerado.

Las mesas estaban adornadas con un festín de delicias. Había bandejas de canapés finamente decorados, copas de champán espumante y vinos de las mejores cosechas. Los invitados podían deleitarse con tartas de frutas, pasteles de hojaldre rellenos de crema y platos de quesos exquisitos. Los sabores ricos y variados provocaban una sensación placentera en el paladar, desde lo salado y lo dulce hasta lo agrio.

En medio de esta sinfonía de sentidos, Anne Fitzroy se encontraba en un rincón del salón, observando todo con fascinación y desdén. Cada elemento de la fiesta, desde las luces brillantes hasta la música alegre, parecía un recordatorio de las expectativas y presiones que la sociedad tenía sobre ella. Sin embargo, en el fondo de su mente, la reciente conversación con su madre persistía, añadiendo una nota discordante a la melodía de la noche.

Mientras Anne se alejaba de un grupo de damas que hablaban de los últimos chismes, se dirigió hacia una de las puertas que daban al jardín. Necesitaba aire fresco. Al abrirla, el aire nocturno la envolvió, proporcionándole un alivio exquisito. Caminó hasta los balaustres blancos de piedra y se quedó mirando el hermoso jardín.

—¿Escapando de la fiesta, milady? —dijo un hombre que se paró a su lado, su sonrisa arrogante apenas ocultaba su desprecio.

Anne fijó la mirada en el rostro masculino. A pesar de estar ligeramente bronceado, tenía unos vibrantes ojos grises, una boca generosa, era mucho más alto que ella y tenía un cuerpo fuerte. Sin embargo, no iba a dejarse intimidar.

—Prefiero la tranquilidad del jardín a la superficialidad del salón de baile, milord —respondió con frialdad.

Finn la inspeccionó, como si estuviera evaluando a un insecto molesto.

—Qué interesante —murmuró—. Supongo que las flores y los arbustos son más agradables que la compañía de los insípidos aristócratas.

Anne apretó los labios y resopló con hastío.

—Al menos los arbustos no tienen la costumbre de hablar sin pensar —replicó—. ¿O es que su educación no incluyó modales básicos? —murmuró, reconociendo al hijo menor de los anfitriones.

Finn la miró con desafío.

—Sinceramente, no me importa lo que piensen los demás.

Anne se giró, dispuesta a alejarse de él. Pero antes de que pudiera dar un paso, Finn la detuvo.

—¿Por qué no se queda un poco más? Tal vez pueda aprender algo sobre la verdadera vida, en lugar de esconderse detrás de sus vestidos y abanicos.

Finn sonrió, y en ese momento, supo que no había nada que los uniera, excepto su mutuo desprecio.

Anne lo miró, la ira hervía en su interior. Este hombre, con aire despreocupado y arrogancia recalcitrante, era peor que Lord Radcliffe.

—¿Acaso cree que me importa su opinión? —espetó Anne—. No necesito lecciones de alguien que no puede tomar nada en serio.

Finn enarcó una ceja, y su sonrisa se ensanchó.

—Tal vez es eso lo que necesita. Un poco de despreocupación en su rígida y ordenada vida.

Anne apretó los puños, conteniendo el impulso de propinarle una bofetada.

—Prefiero mi vida ordenada a la irresponsabilidad. Al menos, yo no huiría de mis deberes por una aventura sin sentido.

Finn dio un paso hacia Anne, su expresión se volvió más seria.

—Y, ¿cuáles son sus deberes? ¿Casarse con el primer hombre que le pida la mano?

—Mis deberes no son asunto suyo —replicó Anne con firmeza—. Pero si los fueran, al menos tendría la decencia de cumplirlos, a diferencia de algunos.

Finn la miró con intensidad por un momento antes de dar un paso atrás, su expresión se volvió indiferente.

—Puede que no tenga autoridad para hablar de deberes. Sin embargo, no pretendo ser alguien que no soy.

Anne giró hacia la puerta, su decisión estaba tomada, evitaría a este hombre como a la peste.

—Disfrute de su libertad, milord. Yo prefiero la superficialidad a la compañía de alguien que no tiene idea de lo que significa ser honorable.

Anne volvió al salón con pasos firmes, pero su interior era un torbellino de emociones. El desprecio vibraba en su piel, entremezclado con una frustración que la llevó a cerrar los puños con fuerza. Sabía que su encuentro con Finn no sería el último, y esa certeza la llenó de una incómoda inquietud.

A medida que se acercaba al salón, sentía la mirada de Finn clavada en su espalda, le costaba caminar con naturalidad, eso la hizo poner aún más nerviosa. La música y las conversaciones, que antes parecían un refugio, ahora se sentían opresivas, casi asfixiantes. Cada nota y cada murmullo eran un recordatorio de las palabras de aquel hombre, él tenía razón, eso la enfureció.

Lady Fitzroy, la interceptó casi de inmediato, con una sonrisa que no alcanzaba a esconder la preocupación en sus ojos. Anne sintió un nudo en el estómago. Necesitaba reunir todas sus fuerzas para enfrentar la realidad, pero por un instante deseó que el suelo se abriera y la tragara, escupiéndola lejos de todo y de todos.

—Anne, querida, ¿dónde has estado? Lord Radcliffe estaba preguntando por ti —dijo su madre, con una sonrisa forzada.

Anne puso los ojos en blanco y resopló.

—Solo necesitaba un poco de aire, madre —respondió, tratando de mantener la compostura.

—Bien, pero no olvides ser amable. Es importante que causes una buena impresión.

Anne asintió, aunque por dentro deseaba estar en cualquier otro lugar.

Finn, por su parte, se movía entre los invitados con una gracia despreocupada. Mientras charlaba con algunos conocidos, no podía dejar de pensar en ella.

—Finn —dijo una voz a su lado. Era Richard, su compañero de aventuras y amigo de confianza.

—Richard, me alegra verte —respondió Finn, estrechando la mano de su amigo.

—¿Disfrutando de la fiesta? —preguntó Richard con una sonrisa traviesa.

—Podría decirse que sí. He tenido un encuentro interesante —dijo Finn.

—¿Ah, sí? ¿Con quién?

—Una dama que parece despreciarme tanto como yo desprecio estas fiestas. —Señaló con el mentón hacia Anne.

Richard enarcó una ceja, sorprendido.

—Es la hija mayor de los Fitzroy. Es una solterona amargada. Se rumorea que nunca acepta ninguna propuesta.

—Parece que tiene intereses más elevados que las fiestas y los bailes.

Richard rió entre dientes.

—Bueno, amigo, parece que has encontrado a alguien que podría darte un buen desafío.

Finn sonrió. Quizás Richard tenía razón. Y a él le encantaban los desafíos.

—¿Qué más sabes de ella? —indagó Finn.

—Los hombres casaderos la evitan como a la peste. Tiene un pasatiempo bastante inaudito, algo que no es aceptado por la mayoría —respondió Richard.

Finn volvió la vista hacia la muchacha, y no parecía que la estaban evadiendo, más bien todo lo contrario.

—Su padre aumentó la dote —fue todo lo que dijo Richard para justificar que en ese momento estaba rodeada de un enjambre de hombres solteros.

—¿Cuál sería ese aberrante pasatiempo? Juntar caca de perro —bromeó Finn.

Richard hizo una pausa dramática antes de responder.

—Siempre tan sutil, querido amigo, no, en realidad le gusta la astronomía, se pasa la vida observando el cielo.

—Entiendo —fue toda la respuesta que dio Finn.

—Seguro recuerdas a Resse, también iba a Oxford.

Finn lo miró de golpe, era la primera vez que nombraban aquel lugar, pero decidió continuar con la conversación, necesitaba saber más sobre aquella singular muchacha. Se dijo a sí mismo que era pura curiosidad, tenía que entretenerse en aquella fiesta a la que lo obligaron a asistir.

—Resse, Resse… —murmuró Finn—. Sí, lo recuerdo, ¿es hermana de Resse?

—Sí, aunque no parezca.

—¿Qué pasó de él?

—Se casó, se fue a vivir a Escocia, fue padre y enviudó —resumió Richard toda la historia del joven Fitzroy.

—Pobre, hombre.

—Estaba muy enamorado de la muchacha, la verdad es que nunca más supe de él, esto me he

enterado por mi madre y sus amigas cotillas.

—No sabía que te gusta tomar el té con las señoras —se burló Finn, y añadió—: Puede que la muchacha solo sea selectiva.

—Más que selectiva, diría yo. —Richard entrecerró los ojos.

Finn se quedó en silencio por un momento, procesando la información. Recordó la conversación con la muchacha en el jardín.

—Interesante —dijo finalmente—. No esperaba eso. Tal vez no es tan amargada como todos piensan. Solo... diferente…

—¿Diferente? —Richard lo miró con sorpresa—. Finn, ¿estás defendiendo a lady Fitzroy?

Finn sonrió, encogiéndose de hombros.

—Solo digo que tal vez deberíamos dejar de juzgar tan rápido. Todos tenemos nuestras peculiaridades.

—Por las peculiaridades, entonces. —Richard levantó su copa en un brindis.

Finn lo imitó, pero su mente ya estaba en otro lugar. Teniendo en cuenta su espíritu aventurero, le fascinó la idea de descubrir qué había detrás de aquel muro invisible que la joven Fitzroy levantó a su alrededor, era un desafío que le gustaría llevar adelante. Mientras la música continuaba y las risas llenaban el salón, Anne y Finn se encontraban en lados opuestos de la misma sala, cada uno con pensamientos similares.

Capítulo 6

Anne se encontraba en el observatorio, rodeada de papeles y cartas, con el ceño fruncido. Había trabajado mucho para documentar el descubrimiento de su cometa. Sin embargo, en sus intentos de registrar su hallazgo en la comunidad científica se había topado con una serie de obstáculos imprevistos.

—¡Es inadmisible! —exclamó, golpeando la mesa con el puño cerrado—. ¡Esto no tiene ningún sentido!

—¿Estás bien? —preguntó Hope, con preocupación, desde el umbral.

Anne suspiró, intentando calmarse.

—No, no estoy bien. He intentado todo para que reconozcan mi descubrimiento, pero parece que cada puerta que toco se cierra en mi cara. Es como si no quisieran aceptar que una mujer pueda hacer un hallazgo tan importante.

Hope entró y se sentó a su lado, y la abrazó.

—Quizás solo necesites un poco más de tiempo y perseverancia. Estoy segura de que encontrarás la manera.

—Me piden documentos que no tienen sentido, se burlan de mí —gruñó Anne, arrugando un papel y tirándolo a la basura—. ¿Sabes qué pone en esa carta, el rechoncho encargado de los registros?

—No tengo idea —respondió Hope, mirando el papel arrugado.

—Que carezco de una afiliación formal a una institución científica reconocida, lo que dificulta la aceptación de mi trabajo. También dice que las mujeres no son admitidas en sociedades científicas prestigiosas, como la *Royal Astronomical Society*.

—¿Por qué no le pides ayuda a padre? —sugirió Hope.

—Jamás, estaría dándole la razón —imitó el tono de voz grave de su padre.

Hope dejó escapar una risa por lo bajo.

—Estoy segura de que si padre aboga a tu favor te tomarían en serio, deja de lado el orgullo, Anne, y pídele ayuda.

—Voy a intentarlo por mi cuenta, no pienso someterme a sus exigencias si le pido ayuda. ¿Sabés que más ponen en ese estúpido papel? Que dudan de la autenticidad del descubrimiento, sospechan que mi trabajo no es original o que hay algún error en mis observaciones y cálculos. Que, tal vez, si logro ser publicada en una revista científica de renombre podrían tomarse en cuenta mi descubrimiento. Pero todos sabemos que las revistas son controladas por hombres reacios a publicar trabajos de mujeres. —Se puso de pie y volvió a coger el papel del cesto de basura—. Leelo, están siendo injustos.

—Sé que sucede algo más —dijo Hope, cogiendo el papel, lo colocó sobre la mesa y lo planchó con las manos antes de leer.

Anne cerró los ojos y suspiró profundamente.

—Madre no deja de recordarme que debo casarme pronto. Está tan desesperada por verme asentada que ha organizado una gran fiesta para mi cumpleaños, hasta volverán a subir la dote.

Hope frunció el ceño.

—Entiendo como te sientes. Pero, quizás madre, en parte tiene razón. No quiero verte infeliz, pero tal vez deberías considerar darle una oportunidad a alguno de los pretendientes.

Anne levantó la vista y la miró con osadía.

—No es cuestión de oportunidades. No quiero casarme por obligación. Tengo mis propios

sueños, mis propios intereses. ¿Por qué es tan difícil de entender para todos?

Hope le tomó la mano y le sonrió con ternura.

—Sé que amas la astronomía, y admiro tu pasión. Pero vivimos en una sociedad que espera ciertas cosas de nosotras. Tal vez podrías encontrar a alguien que te comprenda y te apoye en tus estudios.

Anne comenzó a caminar con nerviosismo por la habitación.

—No quiero conformarme. No puedo vivir una vida de apariencia, sonriendo en bailes y cenas, mientras mi corazón anhela otra cosa. Es cómo estar muerta en vida.

Hope la observó con empatía, pero también con inquietud.

—Lo sé, Anne. Solo quiero que encuentres un equilibrio. No me gustaría verte atrapada entre tus sueños y tus deberes.

Anne se detuvo y miró a su hermana con tristeza.

—A veces me siento tan atrapada. Como si no tuviera escape. Quiero que me dejen ser quien soy, sin presiones ni juicios.

Hope se acercó y la abrazó.

—Siempre te apoyaré. Solo quiero que seas feliz. No importa lo que decidas, estaré a tu lado.

Anne sintió una chispa de esperanza en su interior, agradecida por el amor y el apoyo incondicional de su hermana. Pero las palabras de Finn se repetían en su mente cada vez que cerraba los ojos, dejándola con una sensación de insatisfacción terrible, un vacío ensordecedor que le impedía respirar con normalidad.

—Nuestros hermanos están por llegar, madre estará ocupada intentando buscar esposa para Joss y mimando a nuestra sobrinita, aprovecha ese tiempo para descansar —dijo Hope, sonriendo con picardía.

—¿Cuándo llegan? —preguntó Anne.

En realidad extrañaba a sus hermanos, eran los únicos que podían ayudarla con todo lo que debía hacer para el registro de su cometa y mantener a su madre entretenida por lo menos hasta el día de su cumpleaños.

—En un par de días, estoy ansiosa por ver a Dawn —dijo Hope, con la voz llena de cariño.

—Yo también, seguro está hecha una señorita, ha pasado demasiado tiempo, era un bebé la última vez que la vimos —rememoró Anne.

—Casi me olvido, vine a invitarte a dar un paseo, necesito comprar un nuevo sombrero y guantes, padre me dio treinta chelines —exclamó con alegría Hope—, puedo comprarte algo a ti, como forma de pago por tu compañía.

—No hace falta, te acompañaré sin ninguna condición, yo también quiero hacer algunos trámites, y esto me sirve de excusa para salir sin tener que informar sobre mis asuntos —sentenció Anne—. Dame diez minutos, me cambio y nos vamos.

***

La majestuosa sede de la *Royal Astronomical Society* en Londres era un centro de conocimiento y descubrimientos. Sus amplios pasillos y bibliotecas rebosaban de manuscritos y libros antiguos, y sus paredes estaban adornadas con retratos de astrónomos legendarios. Un lugar sagrado para quienes buscaban comprender los secretos del universo.

Anne Fitzroy caminaba con rapidez por el pasillo principal, su corazón latía con fuerza mientras se dirigía a la oficina del encargado de los registros. Llevaba consigo un cuaderno lleno de notas detalladas y dibujos del cometa. Sabía que su descubrimiento era significativo, pero, como mujer, no era tomada en serio.

Al llegar a la puerta de la oficina de registros, tomó una profunda respiración y golpeó con

suavidad antes de entrar. El encargado, un hombre de mediana edad y expresión severa, la miró por encima de sus gafas.

—Buenos días, lady Fitzroy —dijo en tono cortés, pero distante—. ¿En qué puedo ayudarla?

—Buenos días, señor Barnes. Estoy aquí para saber qué pasó con el registro del nuevo cometa —respondió Anne, tratando de mantener la calma.

Barnes frunció el ceño mientras revisaba sus papeles.

—Milady, ya le hemos explicado que necesitamos pruebas sólidas y un informe detallado. Hasta ahora, lo que ha presentado no es suficiente.

—Pero he traído más datos —insistió Anne, abriendo su cuaderno y mostrándole los dibujos y las notas adicionales—. Aquí están las observaciones más detalladas y las comparaciones con los catálogos estelares existentes.

Barnes tomó el cuaderno con una expresión escéptica y lo hojeó.

—Aún así, milady, esto...

En ese momento, la puerta de la oficina se abrió, un hombre alto y bien vestido entró. Finn Cavendish, con un aire de confianza y una sonrisa fácil, llevaba unos papeles en la mano.

—Ah, disculpen la interrupción —dijo Finn con voz jovial—. Señor Barnes, necesito hablar con usted sobre un descubrimiento importante relacionado con la astronomía egipcia.

Anne se volvió para mirarlo, reconociéndolo de inmediato. Su expresión pasó de la sorpresa a la irritación en un instante.

—Lord Newshire —murmuró molesta.

Finn la miró y su sonrisa se desvaneció ligeramente.

—Lady Fitzroy, qué sorpresa verla aquí.

—Estoy aquí por asuntos serios, no para charlar —respondió Anne con frialdad.

Barnes levantó una ceja, incómodo con la tensión en la habitación.

—Lord Newshire, si puede esperar un momento, estoy en medio de una consulta con la señorita Fitzroy.

—Por supuesto —dijo Finn, aunque no se movió, centrando la atención en el cuaderno de Anne que Barnes sostenía—. ¿Puedo ver eso? —preguntó, señalando el cuaderno.

Barnes, titubeante, le pasó el cuaderno a Finn.

—Lord Newshire, esto es...

Finn lo tomó y comenzó a revisar las páginas, sus ojos se iluminaron de inmediato.

—Este es un trabajo impresionante, lady Fitzroy. ¿Usted ha descubierto este cometa?

—Sí, es el cometa Isis —respondió Anne, en tono desafiante.

Finn sonrió y se volvió hacia Barnes.

—Señor Barnes, puedo asegurarle que este descubrimiento es genuino. He visto documentos con similares descripciones durante mi expedición en Egipto. Es más, traigo conmigo un manuscrito que confirma que los antiguos egipcios también observaron cometas de iguales características. Esto podría ser un hallazgo revolucionario.

Barnes miró a Finn sorprendido.

—Muy bien, milord. Si usted lo respalda, entonces revisaremos el informe de lady Fitzroy con mayor detenimiento.

Anne observó a Finn con sospecha mientras él le devolvía el cuaderno al señor Barnes.

—No necesito su apoyo, milord. Puedo hacerlo sola.

Finn la miró, con seriedad.

—No dudo de su capacidad, milady. Solo quiero asegurarme de que reciba el reconocimiento que merece.

Anne se quedó en silencio por un momento, procesando sus palabras. Aunque no quería admitirlo, la intervención de Finn podría ser crucial para que su descubrimiento fuera aceptado.

—Gracias —dijo con cautela.

Finn asintió y luego se dirigió a Barnes quién cogió los documentos que trajo Anne y los acomodó sobre su escritorio.

—Ahora, sobre el manuscrito que traje...

Mientras Finn y Barnes comenzaban a discutir los detalles del documento egipcio, Anne se retiró con discreción de la oficina. Sabía que este no sería el último encuentro y, aunque no confiaba en él, no podía negar que su ayuda había sido invaluable en ese momento.

Al salir del edificio se sintió aliviada. La lucha continuaba, pero ahora tenía un aliado inesperado. Se quedó en la acera, junto a la puerta esperándolo, cuando lo vio salir, se apresuró a su encuentro.

—¿Por qué lo hizo? —indagó con sospecha.

—¿Por qué? No hay porque, solo fui justo, no soy el patán que usted cree, lady Fitzroy.

—Siempre hay algo, no creo que lo haya hecho por puro altruismo —rebatió Anne.

—¿De qué tipo de personas se rodea, milady? Tienen que andar muy mal las cosas por casa para vivir sospechando de todo el mundo —ironizó Finn.

—Usted no me conoce, mucho menos a mi familia, tampoco a mis amigos para sacar tales conclusiones, exijo una disculpa —gruñó Anne.

—¿Qué?

—Lo que oyó.

—No he sido grosero, no voy a disculparme por decir la verdad.

—Lo hará.

—Siéntese a esperar, porque no pienso hacerlo, estoy muy apurado. —Dio media vuelta, y se marchó sin mirar atrás.

Anne se quedó plantada en el lugar, con la mirada perdida, hasta que escuchó la voz de Hope.

—Anne, ¿qué pasó?

—Nada.

—¿Volvieron a rechazarte?

—Lo van a volver a estudiar —fue todo lo que respondió Anne.

—Anne, te vi hablando con ese hombre, ¿quién es?

Anne miró a Aria, la doncella que las acompañaba a todos lados. Frunció el ceño y murmuró:

—Un arrogante sin importancia, vamos a casa.

***

Finn Cavendish estaba en su refugio favorito, sentado en un rincón oscuro, con un vaso de brandy en la mano, cuando su amigo Richard se acercó con una sonrisa burlona.

—Vaya, Finn. No pensé que te vería tan pronto por aquí —dijo Richard.

Finn levantó la vista y sonrió con amargura.

—Necesitaba un descanso. ¿Cómo has estado?

Richard se encogió de hombros.

—Lo mismo de siempre. —Se sentó junto a Finn—. Obligaciones, compromisos, y más obligaciones. Pero todavía no me has contado: ¿Cómo fue tu expedición a Egipto?

Finn se iluminó por un momento al recordar sus aventuras.

—Fue increíble. Egipto es un lugar fascinante, lleno de misterios por descubrir. Pero volver aquí... —sus ojos se oscurecieron— es como regresar a una prisión.

Richard dejó escapar una risa nerviosa.

—La misma vieja historia. Nuestros padres quieren que seamos algo que no somos.

Finn asintió, y tomó un sorbo de brandy.

—Exacto. Mi padre no deja de insistir en que debo casarme y asentarme. Como si eso fuera la solución a todos los problemas.

Richard lo miró con seriedad.

—¿Y tú? ¿Qué piensas hacer?

Finn suspiró.

—No lo sé, Richard. No quiero casarme por obligación, ni vivir una vida que no me pertenece. Quiero seguir explorando, descubrir nuevos lugares, vivir aventuras.

Richard asintió comprensivo.

—Eres un espíritu libre. Pero ten cuidado. La sociedad y nuestras familias tienen una manera de atraparnos, quieras o no.

Finn sintió el peso de las palabras de su amigo. Sabía que tenía razón, pero no estaba dispuesto a ceder con tanta facilidad.

—Lo sé, Richard. Necesito olvidar.

No hacían falta más palabras, Lord Percy sabía a lo que se refería.

—Tuviste la oportunidad de alejarte, amigo, creo que es momento de dejar atrás esos recuerdos, yo también lo extraño...

Thomas era un tema prohibido, las heridas escocían demasiado para hablar de ello con naturalidad. El aire se tornó pesado, y sobre todo insuficiente para Finn.

—Cambiemos de tema, por favor, por lo menos tú no me atosigues —suplicó Finn.

—Está bien, Finn, pero tenemos que hacerlo y sacar esto de nuestro sistema, me gustaría poder recordar a Thomas contigo —dijo Richard apenado.

Mientras la noche avanzaba, compartian historias y risas, dejando atrás por un momento los problemas. Pero en el fondo, sabían que el verdadero desafío estaba aún por delante.

Finn tomó otro sorbo de su brandy, luego miró a Richard y dijo:

—Hoy tuve un encuentro interesante en la *Royal Astronomical Society*.

Richard levantó una ceja, intrigado.

—¿Oh? ¿Con quién?

Finn sonrió, recordando el encuentro.

—Con lady Fitzroy.

Richard soltó una carcajada.

—¿La solterona? ¿Qué hacía ella allí?

—Está intentando registrar el descubrimiento de un cometa —respondió Finn—. Lo llamó Isis. Qué paradójico, Isis es una de las diosas más importantes de la mitología egipcia. Ella era conocida como la diosa de la fertilidad, la magia y la maternidad.

—Considerando que una mujer que no tiene intención de formar familia haya elegido ese nombre, es contradictorio —recapacitó Richard.

—El encargado de los registros, Barnes, no la toma en serio.

Richard se inclinó hacia adelante, interesado.

—¿Y qué hiciste tú?

—Intervine —dijo Finn—. Le mostré a Barnes la copia de un manuscrito que traje de mi expedición. Confirmaba que los antiguos egipcios también observaron cometas similares. Le dije que el descubrimiento de lady Fitzroy es genuino.

Richard lo miró sorprendido.

—No sabía que te importaba tanto la astronomía.

Finn se encogió de hombros.

—No es la astronomía, sino el hecho de que alguien con verdadero talento y pasión sea ignorado. Ella merece ser reconocida por su trabajo.

Richard asintió, pensativo.

—Eso es noble de tu parte, Finn. Pero ¿qué piensas hacer ahora?

Finn suspiró, y le mostró la libreta negra que pertenecía a Anne.

—No estoy seguro. Supongo que seguiré apoyándola desde las sombras. No quiero que sepa que la estoy ayudando. Podría interpretar mal mis intenciones.

Richard ahogó una carcajada.

—Parece que te has metido en una situación complicada, amigo. Pero si alguien puede manejarlo, eres tú.

—Barnes iba a guardar esto —sacudió el cuaderno negro frente al rostro de Richard— en un cajón para que se llene de polvo, le dije que me interesaba comparar las anotaciones de lady Fitzroy con lo que pude descubrir en Egipto y le pedí que me preste el anotador.

—Espero que no te metas en problemas, amigo —dijo Richard.

La noche continuó, pero Finn ya estaba planeando su próximo paso.

Capítulo 7

El sol descendía sobre Londres, tiñendo el cielo en tonos anaranjados y rosados que se fundían en un abrazo cálido. Anne, en la penumbra de la biblioteca, acariciaba los lomos de los libros como si fueran viejos amigos. Los pasos rápidos, como el galope de un corcel desbocado, acercándose, la sacaron de su ensoñación. La puerta se abrió de golpe y Betsy irrumpió en la habitación.

—Anne, tienes que escuchar esto —dijo Betsy, parándose frente a su hermana.

Anne dirigió la vista hacia ella, arqueando una ceja.

—¿Qué ha sucedido ahora? —musitó preocupada.

—Los rumores... están fuera de control. He oído a Lady Somerset decir que eres una solterona amargada y difícil. Que nunca aceptas ninguna propuesta y que tus intereses poco femeninos asustan a los pretendientes.

Anne sintió un nudo formarse en su estómago. Sabía que la sociedad podía ser cruel, pero no esperaba que los comentarios fueran tan mordaces.

—¿Eso es todo lo que dicen? —preguntó Anne, tratando de mantener la compostura.

Betsy negó, sus ojos estaban llenos de tristeza.

—No, hay más. Dicen que Lord Radcliffe mencionó que tu pasión por la astronomía es inapropiada para una dama de tu posición. Que es ridículo que prefieras mirar las estrellas en lugar de atender tus deberes sociales.

Anne apretó los párpados, inhalando y exhalando con fuerza. La ira y la frustración palpitaban en su interior, pero se negaba a conceder a los murmuradores el placer de verla afectada.

—No me importa lo que digan —expresó, con una firmeza que no sentía del todo—. No voy a cambiar quién soy para complacer a los demás.

Betsy tomó su mano, dándole un apretón reconfortante.

—Lo sé, Anne. Pero debes entender que esto también me afecta, solo elige a alguien, no es tan complicado.

Anne esbozó una sonrisa fatigada. No podía culpar a su hermana, pero no estaba dispuesta a ceder en un asunto tan trascendental. No se trataba de elegir un sombrero o un par de guantes; era una elección que marcaría el rumbo de su existencia. De una cosa estaba segura: anhelaba a alguien que la tratara con la mayor consideración, cuyos modales fueran impecables como el encaje de una dama. Además, deseaba no lamentarse por el abandono o la indiferencia. Estaba convencida de que no había nada más humillante que estar unida en sagrado vínculo con un hombre cuyos afectos y pensamientos vagaban lejos de su alcance.

—Betsy, no debes preocuparte, vas a debutar el año que viene, solo déjame hacer esto a mi manera y no me presiones como madre. De verdad apreciaría que me apoyes respetando mi espacio.

—Aunque no lo creas, Anne, me preocupo por ti, quiero verte feliz y realizada, solo estoy buscando una salida que nos beneficie a ambas —se justificó Betsy, y agachó la cabeza.

—Lo sé, jamás haría algo que te perjudique, eres mi hermana y sabes que te amo con todo mi corazón.

—Yo también, por eso apelo a tu generosidad, Anne, no puede ser que en todo Londres no exista alguien que por lo menos te agrade.

Sin saber la razón, el arrogante rostro de Finn se materializó en la mente de Anne. Sacudió la cabeza alejando esos pensamientos. Jamás se casaría con alguien como él.

***

Mientras tanto, en el club de caballeros, Finn estaba sentado con Richard, disfrutando de una copa de licor. La atmósfera era densa con el humo del tabaco y el murmullo de conversaciones en voz baja.

—¿Has oído los últimos chismes? —preguntó Richard, inclinándose hacia adelante.

Finn levantó una ceja, curioso.

—¿Qué chismes?

—Sobre ti y la señorita Fitzroy. Dicen que eres un libertino irresponsable, y que ella es una solterona imposible. Parece que la sociedad ha decidido que ninguno de los dos es apto para el matrimonio.

Finn soltó una carcajada amarga.

—¿Y qué más hay de nuevo? Siempre tuvieron una opinión formada sobre mí. No es nada que no haya escuchado antes.

Richard lo miró con seriedad.

—Pero, Finn, esto podría afectar tu reputación más de lo que piensas. Si la gente comienza a verte como un caso perdido, tus opciones podrían limitarse.

Finn tomó un sorbo de brandy, pensando en las palabras de su amigo. Sabía que Richard tenía razón, pero no estaba dispuesto a dejar que los rumores dictaran su vida.

—No me importa lo que digan. No voy a cambiar quién soy solo para apaciguar a un montón de chismosos. Y en cuanto a la señorita Fitzroy, me parece que tiene más coraje y carácter que todos esos hipócritas juntos.

Richard sonrió, levantando su copa en un brindis.

—Por ser auténticos, entonces.

Finn chocó su copa con la de Richard. Los rumores podían circular, pero él no iba a permitir que controlen su destino.

—Debes dejar de tomar el té con tu madre y sus amigas —se mofó Finn, antes de beber otro trago de licor.

—Subestimas el poder de pertenecer al club del cotilleo, amigo, te puedo presentar a un par de viudas que están más allá que aquí —rebatió Richard, antes de echarse a reír.

—Podría ser mi solución al problema del matrimonio, en un par de años sería un viudo jóven y adinerado —se burló Finn, pero de repente se quedó en silencio.

Finn no podía dejar de pensar en Anne desde su encuentro. Aunque el intercambio entre ellos había sido todo menos agradable, había algo en ella que lo intrigaba profundamente. Recordaba cómo sus ojos color miel lo habían fulminado, llenos de enojo, una mirada que no estaba acostumbrado a recibir de ninguna dama. Esos labios carnosos, que se apretaban en una fina línea cuando ella intentaba mantener la compostura, y esas mejillas levemente sonrosadas por la ira, lo hacían sonreír al recordarlo.

Había algo en ella que lo desafiaba, una mezcla de chiste y misterio que lo desconcertaba y, al mismo tiempo, lo atraía. La mayoría de las mujeres que había conocido se esforzaban por ser encantadoras, dóciles, pero Anne era diferente. Había una fuerza en ella que él no podía ignorar, una pasión latente que no había encontrado en nadie más. Aunque sus encuentros habían sido una batalla de voluntades, él no podía negar que había quedado fascinado por esa mujer que, sin pretenderlo, había logrado dejar una huella en su mente.

Richard lo miró con curiosidad.

—Estás considerando lo que dijiste, no me digas que de verdad piensas hacer algo así…

—Deja de decir estupideces —lo interrumpió Finn—, estoy desesperado, pero no tanto —

concluyó.

—Bueno, considerando lo que me contaste, a quién puedes tener en cuenta es a lady Fitzroy, sería una unión beneficiosa para ambos.

—Somos demasiado parecidos, creo que no pasaría tanto tiempo antes de que nos tiremos los anillos a la cabeza.

—¿Irás a la fiesta de los Dorset? —preguntó Richard, cambiando de tema.

—¿Qué crees?

—Que sí.

—Tengo que ganar tiempo, mientras pienso qué hacer, si mantengo a mi padre contento, no me van a molestar con sus discursos interminables sobre mis obligaciones hacia la familia y el título, que ni siquiera heredaré.

***

Esa misma noche, en una elegante fiesta organizada por la familia Dorset, Anne y Finn se encontraron de nuevo. Los murmullos se intensificaron cuando ambos entraron al salón, conscientes de las miradas y los susurros a su alrededor.

Anne caminó con la cabeza en alto, decidida a no mostrar ninguna señal de debilidad. Finn, por su parte, adoptó una actitud despreocupada, como si los rumores no significaran nada para él.

Cuando sus miradas se cruzaron, hubo un momento de reconocimiento silencioso. A pesar de sus diferencias, ambos estaban lidiando con las mismas presiones.

—Lady Fitzroy —saludó Finn, inclinándose en una leve reverencia.

—Milord —respondió Anne, con un tono frío, pero educado.

—Parece que somos el tema de conversación de la noche —comentó Finn, con una sonrisa irónica.

Anne soltó un suspiro.

—No me sorprende. La gente siempre necesita algo de qué hablar.

Finn asintió, mirándola con una nueva apreciación.

—Quizás deberíamos darles algo más interesante que discutir.

Anne lo miró con curiosidad.

—¿Y qué sugiere?

—Un baile, milady. Para mostrarles que no nos importa lo que piensen.

Finn extendió la mano hacia Anne, y ella lo miró con desconfianza. Sintió que su corazón se aceleró, una reacción inesperada ante su propuesta. La idea de un baile en ese momento, delante de todos aquellos que se deleitaban en los rumores y juicios, le parecía tanto un acto de valentía como de imprudencia. Aun así, algo en la mirada decidida de Finn la impulsó a aceptar.

Tomó su mano y sintió el calor de su piel a través de la tela de sus guantes. El contacto, aunque en apariencia formal y respetuoso, tenía una carga mágica. Mientras caminaban hacia la pista de baile, Anne podía percibir las miradas de los otros invitados sobre ellos, cada par de ojos atentos a sus movimientos. Lejos de intimidarla, esto le daba una sensación de rebeldía.

Finn, por su parte, experimentó una oleada de desafío. Desde el momento en que Anne aceptó su invitación, sintió una conexión tácita, una comprensión mutua de que ambos estaban decididos a vivir a su manera, sin importar los cuchicheos a su alrededor. A medida que se adentraron en la pista de baile, una parte de él disfrutaba la anticipación y la intriga que sabían que estaban generando.

La música comenzó y, al primer compás, Anne sintió como si todo su ser se alineara con el ritmo. Sus movimientos eran gráciles y seguros, pero había una rigidez en sus hombros, una resistencia que intentaba disimular. Mientras giraban y se deslizaban por la pista, podía escuchar

el murmullo de la gente, aunque se sentía lejana, como un zumbido sin importancia. Su atención estaba en Finn, en la conexión palpable entre ellos, en el juego de miradas que compartían.

Para Finn, cada paso del baile era una declaración. Mientras guiaba a Anne, notaba la fuerza en su postura. Su valentía era como una llama que desafiaba la oscuridad. Y su espíritu indomable, lo atrajo, como la luna a la marea. El murmullo de los espectadores se desvanecía en sus oídos, reemplazado por la música y el sonido de sus propias respiraciones. La pista de baile se convirtió en su pequeño universo, donde por unos minutos, nada más importaba.

Ambos, envueltos en el ritmo de la música y la intensidad del momento, sentían una chispa de rebelión y solidaridad. Se movían como si fueran uno. Eran dos almas desafiando las restricciones de su entorno. Cada giro y cada paso eran una reafirmación de su decisión de ser auténticos, sin importar los juicios externos.

La música terminó y con ella, el hechizo momentáneo de la danza. Finn y Anne se detuvieron, respirando profundamente, mirándose a los ojos. El salón se llenó de aplausos, pero para ellos, fue solo un susurro lejano. Habían demostrado, tanto a los demás como a sí mismos, que estaban dispuestos a enfrentar cualquier obstáculo. En ese breve instante, entendieron que, pese a sus diferencias, compartían el hecho de que no se dejarían domesticar con facilidad.

—Para mañana tendrán nuevo tema de conversación —sentenció Finn, e hizo una reverencia hacia Anne antes de ofrecerle su brazo para guiarla fuera de la pista.

—Creo que lo he juzgado mal, milord, de verdad tiene un espíritu altruista —bromeó Anne.

—¿A qué se refiere? —indagó Finn, mientras caminaban.

—Ha sido bastante generoso en proveer un nuevo tema para el cotilleo de las madres y las debutantes, aunque me están mirando con disgusto en este preciso momento, más de una está esperando que usted se digne en ofrecerle un poco de su atención —explicó Anne, en un susurro.

Finn observó a un grupo de jóvenes que cuchicheaban y los miraban.

—Pues deberé esforzarme un poco más esta noche —dijo Finn, y sonrió con suficiencia.

Anne soltó una risa suave, pero sus ojos mostraban un destello de desaprobación.

—Debería recordar, milord, que no todas las miradas son de admiración —le dijo, con una media sonrisa—. Algunas de esas damas simplemente están esperando que haga otro de sus famosos deslices.

Finn se acercó un poco más, su expresión se tornó seria por un momento.

—Sabe tan bien como yo que la reputación no es algo que se gane o pierda en una sola noche —respondió en un tono más bajo, solo para que ella pudiera escucharlo—. Pero dígame, ¿qué puedo hacer para que al menos una de esas miradas sea de aprobación genuina?

Anne lo miró, sorprendida por su sinceridad. Por un instante, se permitió bajar la guardia y vio algo en Finn que normalmente no mostraba: un deseo real de ser mejor, de ser visto de una manera diferente.

—Quizás podría empezar por comportarse con más seriedad —sugirió ella, suavizando su tono—. No siempre tiene que ser el centro de atención. A veces, es más valorado aquel que escucha en lugar de hablar.

Finn asintió con lentitud, procesando sus palabras.

—Me temo que escuchar nunca ha sido mi fuerte, pero por usted, haré el intento —dijo con una sonrisa sincera—. Entonces, ¿qué tema sugiere que aborde con nuestro querido grupo de madres y debutantes?

Anne lo miró con una mezcla de diversión y desafío.

—Bueno, si en realidad quiere sorprender, podría hablarles sobre sus aventuras por Egipto —sugirió, con una chispa de travesura en sus ojos—. Estoy segura de que ninguna de ellas está

preparada para una conversación sobre momias y pirámides.

Finn rió, emitiendo un sonido cálido y auténtico.

—Momias, ¿eh? No es un tema habitual de conversación con unas damas, pero haré el intento —dijo, guiándola hacia el grupo de señoras—. Y quién sabe, quizás usted también aprenda algo nuevo en el proceso.

—Piensa que no soy capaz de sostener ese tema de conversación, milord, lamento decirle que puedo darle cátedra, no se crea tan importante…

—Al parecer —la interrumpió Finn—, tiene pasatiempos poco aceptados. Es por eso que sigue asistiendo a estos bailes después… —comentó de manera intrigante.

—Era demasiado bueno para ser verdad, pero usted no puede hablarme de pasatiempos poco adecuados, milord —lo interrumpió Anne, soltando su brazo—. Es peor que cualquier hombre en esta sala, porque aparte de engreído es…

—¿Soy qué, milady? —inquirió él, arqueando una ceja.

—Es mejor que busque a mi madre. Gracias por el baile, milord —dijo Anne con firmeza, sin responder a su pregunta y se quedó en su lugar. Mientras lo observaba acercarse al grupo, Anne sintió un extraño latido en su pecho.

Finn inclinó la cabeza hacia las damas y, con un encanto natural, empezó a hablarles.

—Buenas noches, señoras. Me pregunto si alguna vez han oído hablar de las pirámides de Egipto —dijo Finn, capturando la atención de las damas con su voz suave y su mirada penetrante.

***

Al otro día, Finn, decidido a ayudar, aunque fuera en secreto, recurrió a sus contactos. No comprendía la razón, pero necesitaba ayudar a Anne. Se dirigió a la casa de Caroline y William Herschel que eran figuras prominentes en la astronomía, tenía una fuerte relación con ellos debido a sus intereses en Egipto.

Finn los había conocido durante una expedición. Los hermanos habían ido a Egipto para investigar las antiguas prácticas astronómicas de los egipcios y cómo estas podrían influir en los descubrimientos modernos. Finn, recién llegado a la región, se había ofrecido a colaborar con ellos, impresionado por su erudición y pasión por la astronomía. Fue durante una conversación en el desierto, bajo el vasto cielo estrellado, que forjaron una amistad, compartiendo el entusiasmo por los misterios del cosmos y las maravillas de las antiguas civilizaciones.

Al regresar a Londres, Finn no había olvidado la profunda admiración que sentía por los Herschel, y fue en busca de su ayuda cuando se encontró con el obstáculo de la falta de reconocimiento para el hallazgo de Anne. La conexión entre la astronomía y la rica herencia cultural egipcia que los Herschel estudiaban resultaba ser la clave para persuadir a los académicos de la importancia del descubrimiento.

—Finn, qué sorpresa verte aquí —dijo William, estrechándole la mano con afecto sincero—. ¿Qué te trae por estos lares?

—Querido William, he venido porque tengo un favor que pedirles —respondió Finn sin dar vueltas—. Una joven dama ha hecho un descubrimiento notable. Un nuevo cometa, al que ha nombrado Isis. Sin embargo, está teniendo dificultades para que su hallazgo sea reconocido.

—Pero no te quedes ahí, pasa, ¿te gustaría acompañarnos a tomar el té? Es satisfactorio saber que jóvenes como usted y su amiga se interesen por la ciencia, pero por favor, vamos a mi estudio, y me cuentas más, estoy seguro de que a mi hermana le interesará el tema.

Entraron a la oficina y William lo invitó a tomar asiento, luego hizo buscar a su hermana. Era un espacio que reflejaba la pasión y el rigor con el que abordaban la astronomía y la ciencia. El

cuarto, grande y luminoso, se encontraba en el primer piso de su elegante residencia en Londres. Las paredes estaban adornadas con mapas estelares, diagramas detallados de constelaciones y representaciones artísticas de los cuerpos celestes. Cada rincón estaba lleno de estantes repletos de libros antiguos, manuscritos científicos y observaciones astronómicas.

Un gran telescopio, el orgullo de William Herschel, dominaba una de las paredes, sus lentes pulidos reflejaban la luz que entraba por las amplias ventanas. Junto a él, había un escritorio robusto cubierto con papeles y gráficos, además de un pequeño aparato para calcular las órbitas de los planetas. La mesa estaba enmarcada por una serie de relojes astronómicos, cronómetros y compases de precisión, usados para medir el tiempo y las posiciones estelares con exactitud.

Caroline Herschel, igualmente apasionada, había dedicado un rincón del estudio a sus propias investigaciones y observaciones. Allí, un elegante escritorio estaba adornado con instrumentos de medición más pequeños y cuadernos de observación meticulosamente ordenados. Las paredes alrededor estaban decoradas con sus propios dibujos y notas sobre estrellas cometas, cada uno con anotaciones que detallaban descubrimientos y teorías.

El ambiente general del estudio era de intensa dedicación y cuidado meticuloso, donde cada objeto y cada papel parecía contribuir al vasto esfuerzo por desentrañar los secretos del universo. La atmósfera estaba cargada de un aire de curiosidad científica y el reverente respeto por el cosmos, haciendo del lugar un santuario para la exploración y el conocimiento.

Finn repitió lo que ya había dicho y les pasó el cuaderno de Anne.

Caroline lo estudió mientras lo escuchaba. Ella asintió cuando él acabó.

—Entiendo. Las mujeres enfrentamos muchos obstáculos en este campo. ¿Cómo podemos ayudar?

—Lo que necesito es que ustedes revisen su trabajo y, si lo consideran válido, que lo presenten a la comunidad científica en su nombre. Ella no necesita saber de mi intervención, pero su trabajo merece ser reconocido.

William y Caroline intercambiaron miradas antes de asentir.

—Lo haremos, en honor a nuestra amistad —dijo William—. Envíanos todos los detalles y nos encargaremos de que su descubrimiento sea registrado correctamente.

—Les haré llegar todos los documentos, pero también tengo la copia de un pergamino, creo que les va a interesar lo que he descubierto en Egipto —le pasó el documento a William—. El original está en el Museo Británico, pero esta es una copia fiel, espero les sea útil en sus estudios.

—Deberíamos concertar una reunión menos formal para ponernos al día —dijo William.

—Cuando quieran, siempre estoy disponible para compartir con ustedes —respondió Finn.

En la cálida y acogedora casa de los Herschel en Londres, Finn explicó su misión con la misma pasión que había mostrado en Egipto, buscando no solo el apoyo de los hermanos, sino también su influencia para dar a Anne el reconocimiento que merecía por su descubrimiento del cometa Isis.

Les agradeció su buena predisposición, sintiendo una alegría inexplicable. Mientras volvía a su hogar, sabía que había hecho lo correcto. Aunque Anne nunca se entere de su intervención.

Capítulo 8

Anne Fitzroy estaba sentada en su estudio, rodeada de libros, cartas y mapas estelares. Su corazón latía con fuerza mientras escribía un nuevo informe sobre el cometa. Aunque había encontrado muchas trabas, no estaba dispuesta a rendirse.

Concentrada en su trabajo, no escuchó al carruaje que había llegado. Un suspiro escapó de sus labios mientras revisaba una vez más sus cálculos, asegurándose de que todo estuviera en orden. En ese momento, entró Aria, trayendo consigo una carta que la hizo detenerse. El sello en el sobre era inconfundible: la mismísima Caroline Herschel le había escrito. Con manos temblorosas rompió el sello y comenzó a leer:

Londres, 14 de julio de 1818

Querida Lady Fitzroy,

Espero que esta carta la encuentre bien. Me he enterado, con gran interés y admiración, de su reciente hallazgo astronómico, el cometa al que ha tenido la amabilidad de nombrar "Isis". Permítame expresar mi más sincera felicitación por tan notable descubrimiento.

Sé bien cuán arduo puede ser el camino para una mujer en nuestro campo. La astronomía, como muchas otras ciencias, sigue dominada por hombres que a menudo subestiman nuestras capacidades. Sin embargo, es precisamente por esta razón que su logro es tan significativo. No solo ha descubierto un nuevo cometa, sino que ha demostrado que el espíritu y la tenacidad de una mujer pueden alcanzar las estrellas, a pesar de las barreras que la sociedad impone.

Le escribo para informarle que estoy profundamente interesada en su hallazgo y me gustaría ayudarla a publicarlo en nuestra revista de ciencia y astronomía. Será un honor para mí respaldar su trabajo y asegurarme de que reciba el reconocimiento que merece.

No obstante, debo advertirle de los desafíos que seguramente enfrentará. Algunos miembros de nuestra comunidad pueden mostrarse escépticos e incluso despectivos debido a su género. Es fundamental que esté preparada para defender su trabajo con pruebas irrefutables y una firme valentía. La calidad de sus observaciones, la precisión de sus registros y la claridad de su análisis serán sus mejores armas.

No está sola en esta lucha. Juntas, y con el apoyo de aquellos que creen en la igualdad y el progreso, podemos abrir nuevos caminos para las futuras generaciones de mujeres científicas. Estoy a su disposición para cualquier consejo o asistencia que pueda necesitar en este proceso.

Espero con ansias la oportunidad de trabajar con usted y de ver su nombre brillar en los anales de la astronomía.

Con mi más alta estima y respeto,
Caroline Herschel

La carta era un rayo de esperanza para Anne, un recordatorio de que no estaba sola en su lucha. Con renovado vigor, se dispuso a seguir adelante, más decidida que nunca a registrar su hallazgo y a enfrentar cualquier obstáculo que se interpusiera en su camino.

Más tarde, ese día, llegaron sus hermanos Resse y Joss. Interrumpió sus actividades, pero estaba tan feliz, no solo por la carta, sino que también por tener a toda la familia junta para festejar un año más de vida. Adoraba a Resse y a su hija Dawn, que llenaba de ternura la casa y

la desarmaba con sus vivarachos ojos azules como los de su padre. Joss, recién llegado de Francia, aportaba alegría, siempre fue el más divertido de los Fitzroy, mientras Resse tenía una mirada más contemplativa de la vida. Anne se sintió arropada por el cariño familiar, aunque su mente seguía volviendo a su trabajo inacabado.

La casa Fitzroy estaba llena de vida y risas. Anne se sintió revitalizada al ver a sus hermanos después de tanto tiempo. Mientras se dirigía al comedor, Dawn, la hija de Resse, corrió hacia ella con una sonrisa radiante.

—¡Tía Anne! —exclamó Dawn, abrazándola con fuerza.

—Mi pequeña estrella —dijo Anne, devolviéndole el abrazo—. ¿Qué has estado haciendo en Escocia?

—Papá me enseñó a montar a caballo —respondió la niña, sus ojos azules brillaban con emoción—. ¡Y tengo un montón de ovejas!

Anne rió, sintiendo cómo el amor de su sobrina la llenaba de calidez.

—Eso suena maravilloso. Cuéntame más.

Al entrar al salón, encontró a su madre supervisando los preparativos para la cena, mientras su padre discutía animadamente con Joss sobre las últimas noticias de Francia. Betsy y Hope estaban sentadas en el sofá, escuchando con atención.

—¡Anne! —exclamó Joss al verla—. ¿Cómo estás, hermana? Francia es hermosa, pero no más que tú.

—Estoy bien, Joss. Me alegra verte de nuevo —respondió Anne, abrazándolo—. ¿Qué novedades traes de París?

—Oh, muchas, pero primero cuéntame sobre tu descubrimiento. Hope me ha dicho que has encontrado un cometa.

Anne sonrió con timidez, sabiendo que su hermano siempre la apoyaba.

—Ahora estoy haciendo trámites para registrarlo de manera oficial —murmuró, sintiendo de nuevo la presión en su pecho.

Resse, que estaba sirviendo una copa de vino, se acercó y le entregó una Joss.

—No te preocupes, Anne. Estoy seguro de que encontrarás la manera. Siempre has sido la más perseverante de todos nosotros —dijo Resse con una sonrisa cálida.

—Exactamente, querida. Eres una Fitzroy —añadió el conde, con una mirada de orgullo en sus ojos.

Desde temprana edad, Anne contó con el inquebrantable apoyo de su padre, quien comprendía y valoraba su pasión por la astronomía. Cuando Anne cumplió doce años, a pesar de que su esposa se opuso, lord Fitzroy hizo un gesto memorable para fomentar la afición de su hija. Encargó la remodelación de una de las torres de la casa familiar, transformándola en un observatorio privado. Además, le obsequió un telescopio de precisión, uno de los más avanzados para la época, lo cual fue un regalo significativo que marcó un hito importante para su pasión por la astronomía. Aquel gesto no solo reflejaba el amor por su hija, sino que también su compromiso con sus sueños y aspiraciones.

Desde aquel entonces, Anne, cada noche se sumergía en el estudio de los astros, convirtiéndo el lugar en su santuario. La torre, con sus ventanas abovedadas y su vista despejada del cielo estrellado, proporcionaba el entorno perfecto para sus observaciones. Lord Fitzroy, con su apoyo constante, le ofreció la libertad de explorar el universo.

La condesa se acercó y puso una mano en el hombro de Anne.

—Tómate un momento para relajarte, hija.

Anne aceptó, sintiendo el regaño en la voz de su madre, pero lo dejó pasar, era verdad, tenía

que relajarse.

—Tienes razón, madre. A veces, simplemente necesito recordarlo.

Hope, siempre la más observadora, intervino con una sonrisa traviesa.

—¿Qué tan difícil puede ser? Quizás solo necesitas una distracción para aclarar tu mente. ¡Como una fiesta!

Todos rieron, y Anne no pudo evitar unirse, sintiendo que, por un momento, sus preocupaciones se desvanecían.

—Hablando de distracciones, Joss, cuéntanos una de tus historias de Francia —pidió Betsy, entusiasmada.

Joss se acomodó en su silla, preparándose para relatar una de sus anécdotas.

—Bueno, hubo una vez en París cuando...

Mientras Joss comenzaba su relato, Anne se permitió disfrutar de la compañía de su familia. Se sentía arropada por el cariño de sus seres queridos. El tiempo pasó con rapidez entre risas y anécdotas, aunque ella sabía que sus desafíos aún la esperaban, se sentía más fuerte y segura.

Cuando todos se retiraron a sus habitaciones, volvió a su observatorio. La carta de Caroline Herschel seguía sobre el escritorio, recordándole que su lucha no era en vano. Se sentó y siguió trabajando en su informe, segura de que algún día, su descubrimiento sería reconocido y el nombre de "Isis" brillaría en los catálogos estelares.

Capítulo 9

Anne regresó a la *Royal Astronomical Society*, su mente aún zumbaba con la emoción de la carta de Caroline Herschel. Necesitaba recuperar sus cuadernos y los informes que había entregado al encargado del registro. No podía permitir que su trabajo se perdiera o fuera ignorado.

Al llegar, se dirigió al escritorio del señor Barnes. Él la miró con sorpresa cuando ella le explicó la razón de su visita.

—Lady Fitzroy, lamento informarle que no encuentro los documentos que entregó —dijo él, rebuscando en un montón de papeles desordenados.

—¿Qué quiere decir con que no los encuentra? —preguntó Anne, tratando de mantener la calma—. Los dejé aquí —señaló el escritorio— hace solo unos días.

El hombre se encogió de hombros con una expresión de impotencia.

—Debo haberlos extraviado. Nuestra organización no es perfecta y a veces suceden estos deslices. Recibimos muchas solicitudes como la suya, milady, no es la única.

Anne sintió una oleada de desesperación. Sin esos documentos, no tenía pruebas concretas de su descubrimiento. Apretó los labios, sabiendo que gritar no resolvería nada.

—Por favor, haga todo lo posible por encontrarlos. Son extremadamente importantes para mí —dijo, tratando de mantener la compostura.

El encargado asintió con una vaga promesa de buscar más a fondo.

Apesadumbrada, Anne salió del edificio y se dirigió a su casa, donde una nueva obligación la aguardaba.

Al llegar, su madre la interceptó en el vestíbulo. Llevaba una expresión de firmeza que Anne conocía bien.

—Anne, antes de la fiesta de tu cumpleaños, deberás asistir y ayudar en el baile anual de caridad organizado por la sociedad de mujeres filantrópicas —anunció su madre sin preámbulos.

Anne frunció el ceño, sabiendo que esto era más que una simple solicitud.

—Madre, estoy ocupada con asuntos importantes. No puedo distraerme ahora —protestó.

La condesa no se dejó impresionar.

—Esta es una de tus obligaciones, en especial una vez que contraigas matrimonio. Es vital que muestres tus dotes a los posibles pretendientes y que participes en eventos sociales. No puedes descuidar estas responsabilidades.

Anne suspiró, sintiéndose atrapada.

—Lo entiendo, madre. Asistiré al baile de caridad —cedió, sabiendo que oponerse solo generaría más tensión.

La condesa asintió con aprobación.

—Me alegra escuchar eso, Anne. No solo asistirás, me ayudarás en la organización. Es importante que te presentes adecuadamente y que muestres tus talentos y habilidades. Será una oportunidad para demostrar que eres una joven digna de admiración.

Anne aceptó, aunque seguía sintiendo el peso de la frustración y la impotencia. Mientras se dirigía a su habitación, su mente volvía una y otra vez a los documentos perdidos y a su lucha por registrar el descubrimiento del cometa "Isis". Sabía que tenía que encontrar una manera de recuperar sus informes y demostrar su valía, no solo como una joven de la alta sociedad, sino que también como una astrónoma capaz.

***

El humo denso de los cigarros llenaba el aire del club de caballeros, mezclados con el aroma a

licor caro y el murmullo de las conversaciones bajas. En una esquina oscura, Finn se encontraba sentado frente a una mesa de juego, rodeado de un grupo de hombres bien vestidos, todos con miradas ansiosas y concentradas. El juego de faro había capturado la atención de todos los presentes.

La noche había comenzado bien para Finn, con algunas ganancias moderadas que lo habían llenado de una peligrosa confianza. Sin embargo, a medida que las horas avanzaban, su suerte había cambiado drásticamente. Frente a él, la pila de monedas había disminuido considerablemente, y una gota de sudor resbalaba por su frente, a pesar de la aparente calma que intentaba mantener.

—Hagan sus apuestas, caballeros —dijo el anfitrión de la noche, un miembro del club que hacía las veces de repartidor.

Finn miró sus cartas, sintiendo una punzada de desesperación. Tenía una mano mediocre, pero ya había perdido tanto que retroceder ahora significaba admitir la derrota. Tomó una respiración profunda y empujó lo que tenía al centro de la mesa.

—Todo —anunció, con una confianza fingida que no engañaba a nadie.

El resto de los jugadores miraron a Finn con expresiones calculadoras, algunos con una sonrisa que denotaba su certeza en la derrota del joven. Uno a uno, igualaron su apuesta o se retiraron, dejando a Finn y a un oponente final. El anfitrión reveló las cartas, y el estómago de Finn se hundió al ver que había perdido.

—Maldita sea —murmuró entre dientes, tratando de no mostrar la angustia que lo invadía.

Su oponente sonrió mientras recogía lo que ganó, y Finn sintió un peso enorme caer sobre sus hombros. No solo había perdido todo lo que tenía, sino que ahora estaba en deuda. El club de caballeros no era un lugar donde las deudas se tomaran a la ligera, y él lo sabía bien.

—Parece que la suerte no está de tu lado esta noche, Finn —se burló un hombre a su derecha.

Finn se levantó de la mesa, tambaleándose ligeramente. Sabía que tendría que encontrar una manera de pagar lo que debía.

—Nos vemos, caballeros —dijo, intentando mantener una apariencia digna mientras se dirigía hacia la salida.

Pero en su interior, la desesperación crecía. Había tocado fondo, y ahora debía enfrentar las consecuencias de sus acciones, con la incertidumbre de cómo saldría de este nuevo problema que él mismo había creado.

Finn se entregaba al juego y al alcohol como una forma de escapar de su abrumadora culpa y dolor por lo que le había pasado a Thomas. La tragedia de perder a su amigo de forma tan repentina y en circunstancias que sentía que eran en parte su responsabilidad, dejó una cicatriz profunda en su alma. La culpa lo perseguía constantemente, recordándole los momentos previos al accidente, las decisiones imprudentes que habían llevado a esa fatídica noche y la vida truncada de su querido amigo.

El sentimiento de culpa era tan fuerte que se sentía incapaz de enfrentar su propia vida y responsabilidades. El juego y el alcohol le ofrecían una forma de adormecer su conciencia y escapar, aunque fuera momentáneamente, de la realidad que lo atormentaba. Cada trago y cada apuesta lo sumergían en un mundo donde las consecuencias parecían desvanecerse, aunque solo fuera por un breve lapso de tiempo. La auto-destructiva espiral en la que se encontraba era un reflejo de su incapacidad para lidiar con la pena, y una búsqueda desesperada por encontrar alivio en medio de su tormento emocional.

Estar cinco años en Egipto no le ayudó a Finn a superar su culpa porque, aunque el cambio de entorno y el trabajo en un campo que le apasionaba le proporcionaron un respiro temporal, no

abordó la raíz de sus problemas emocionales. En Egipto, Finn se dedicó con fervor a la egiptología, encontrando un propósito y distracción en los antiguos misterios y descubrimientos arqueológicos. Sin embargo, el sentimiento de culpa y el dolor por la muerte de Thomas estaban profundamente arraigados en su conciencia.

A pesar de sus logros profesionales y la distancia física de Londres, Finn no logró sanar emocionalmente. Sus estudios y descubrimientos no podían llenar el vacío dejado por la tragedia, y el trabajo constante solo enmascaraba sus problemas sin resolverlos. Además, la falta de apoyo emocional y la continua auto-recriminación mantuvieron viva la herida. La culpa que sentía no se disipó con el tiempo ni con la distancia, y al regresar a Londres, se encontró nuevamente confrontado con los fantasmas de su pasado, sin haber encontrado un verdadero consuelo o redención durante su estancia en Egipto.

Capítulo 10

El sol apenas iluminaba el horizonte, derramando una luz suave y dorada sobre el extenso jardín. Dentro de la casa, Finn Cavendish se preparaba para enfrentar un nuevo día, sin sospechar que este sería uno de los más cruciales de su vida.

Lo habían convocado al estudio para una conversación importante. Finn se dirigió allí preocupado por el tono serio en la voz de su cuñada.

Al entrar, vio a su padre sentado detrás de su gran y lustroso escritorio en su sillón de respaldo alto, con una expresión severa. Su hermano estaba de pie junto a él, con un aire de reproche en su semblante. Margaret entró cerrando la puerta tras de sí y se sentó en uno de los sillones junto al escritorio.

—Finn, toma asiento —dijo el conde, señalando una silla frente a él.

Finn obedeció, sintiendo una tensión en el aire que no presagiaba nada bueno.

—¿De qué se trata esto, padre? —preguntó, tratando de mantener un tono casual.

El conde lo miró con reproche antes de hablar.

—Finn, es hora de que tomes responsabilidad por tu vida. No podemos seguir permitiendo que sigas vagando sin propósito. La reputación de nuestra familia está en juego. —Lanzó un mazo de facturas sobre la mesa.

Finn frunció el ceño, ya intuía hacia dónde iba la conversación. Miró los papeles, pero no los recogió.

—¿Qué quieres decir, padre?

La vizcondesa intervino, con voz suave, pero firme.

—Hemos decidido que debes casarte. No hay más excusas. Ya tenemos una candidata adecuada, Lady Marianne. —La vizcondesa lo miró apenada—. Es una joven de buena familia y excelente reputación.

La habitación pareció cerrarse a su alrededor mientras las palabras de su cuñada resonaban en sus oídos. Finn sintió un nudo formarse en su estómago, un trago amargo que lo dejó sin aliento. Lady Marianne. El nombre era un golpe directo a su corazón, un recordatorio doloroso de su amigo, cuya sombra seguía presente en su vida. La promesa rota de Thomas, de casarse con Marianne y formar una familia, ahora se cernía sobre él como un espectro.

Su mente se llenó de imágenes de Thomas, de su risa y sus sueños, de la tragedia que los había separado para siempre. La idea de tomar su lugar, de estar con la mujer que él había amado, era una traición tanto a su amigo como a sí mismo. Finn cerró los ojos por un momento, tratando de controlar la tormenta de emociones que se agitaban en su interior: culpa, dolor, confusión. No estaba preparado para casarse, y mucho menos con Marianne.

La mirada apenada de su cuñada no ofrecía consuelo, sino un recordatorio de las expectativas ineludibles.

—¿Lady Marianne? Apenas la conozco. Y no estoy preparado para casarme —protestó, aunque sabía que sus palabras apenas tenían peso frente a la decisión de su padre.

El silencio que siguió fue denso, cargado de las emociones no expresadas que llenaban la habitación. Estaba atrapado, prisionero de las expectativas y tradiciones que no podía evitar.

El conde golpeó la mesa con fuerza, Finn y la vizcondesa se sobresaltaron.

—¡No hay más tiempo para tus caprichos, Finn! Si no te casas con Lady Marianne, te desheredo. No tendrás acceso a ninguna de las propiedades ni a la fortuna de la familia.

Finn se quedó sin palabras por un momento, asimilando la gravedad del ultimátum.

—¿Desheredarme? ¿De verdad haría eso? —preguntó con incredulidad.

El conde asintió, su expresión era implacable.

—Sí. Estoy dispuesto a tomar esa medida si no cumples con tu deber. No permitiré que tu comportamiento irresponsable arruine el nombre de los Cavendish.

Finn sintió la ira materializarse como un relámpago en su pecho, y la desesperación, como las olas que azotan un naufragio hicieron que un temblor incómodo le recorriera el cuerpo. La idea de un matrimonio forzado, lo llenaba de una frustración que se enredaba en su alma como zarzas en un bosque oscuro.

—Esto no es justo —dijo, con la voz cargada de frustración—. No quiero casarme con alguien por obligación. Quiero vivir mi vida, seguir explorando, tener mis propias aventuras.

La vizcondesa le puso una mano en el hombro, tratando de calmarlo.

—Finn, entendemos tus deseos, pero también debes comprender nuestras preocupaciones. Lady Marianne es una buena opción para ti. Con el tiempo, podrías llegar a apreciarla.

Finn se levantó de su silla, incapaz de quedarse quieto.

—No puedo hacerlo. No puedo simplemente aceptar esto y sacrificar mi libertad —dijo, mirando a su padre.

El conde suspiró, endureciendo su expresión.

—Esta es nuestra última oferta. Tienes hasta después del baile de caridad para tomar una decisión. Si no aceptas, no habrá vuelta atrás. Sigues en lo mismo, hijo. —El conde levantó las facturas y las arrojó hacia Finn—. Deudas de juego, tienes una generosa asignación, pero insistes en vivir fuera del recato, no digo a qué lugar eres asiduo por respeto a Margaret, pero esto no puede seguir así.

—Te he apuntado para la organización del baile de caridad de este año, será en la mansión de los Fitzroy, espero te comportes a la altura, mañana iremos para que te presente a la condesa y te asigne tu trabajo —sentenció lady Newshire, y miró a su Robert en busca de aprobación.

Robert asintió con la cabeza y miró a su hermano antes de pararse e irse sin emitir sonido alguno.

Finn observó a su madre, sintiendo el peso de la intimación. Sabía que tenía poco tiempo para decidir, y cualquier elección, cambiaría su vida para siempre. Salió del salón con el corazón pesado, preguntándose cómo podría encontrar una solución que le permitiera ser fiel a sí mismo sin destruir la relación con su familia. La presión era inmensa, y el reloj no se detenía. El destino era cruel, aunque, una loca idea comenzó a gestarse en su mente. Tal vez, esta sería su manera de redimirse, casarse con la joven que nunca dejó de pensar en su amigo, darle estabilidad y tranquilidad, sería un trato fácil de sellar. Necesitaba hablar con Richard.

***

Por la tarde, ese día, Finn se dirigió a la casa de Lord Percy, buscando su consejo.

—Creo que no te he comprendido, Finn —dijo Richard.

—Lo que escuchas, mis padres quieren que me case con Marianne, me parece… —tomó aire antes de continuar— estuve meditando sobre eso, sería lo correcto, me haría cargo de que nunca le falte nada, jamás la obligaría a hacer algo que no quisiera, sería una fachada para ambos, es justo que me sacrifique…

—¡Estás completamente loco! —vociferó Richard.

Finn nunca lo había visto tan alterado, eso lo puso en alerta.

—¿Por qué? Ella nunca volvió a comprometerse, se convirtió en una solterona, podría ser su salvación…

—Nunca te consideré culpable de lo sucedido, a pesar de saber que eres un maldito egoísta, y lo estás comprobando con esta estupidez que sugieres, el que busca salvación eres tú, pero no voy a permitir que arruines la poca integridad que le queda a Marianne —escupió Richard acercando su rostro al de Finn.

—Jamás le haría daño…

—Déjame dudarlo…

—Eres injusto, Richard.

—Injusto… me dices a mí que soy injusto… —Se pasó las manos por el cabello, y se alejó—. Tomaste la decisión de marcharte, nos dejaste aquí solos, cinco años, Finn, tuve que ser el paño de lágrimas de Marianne, sabiendo que nunca… —Dejó la frase sin acabar.

—Lo siento Richard, no fue mi intención, el remordimiento me estaba matando lentamente, no podía escuchar los cuchicheos, por lo bajo, todos sabían de quién fue la culpa, aunque por miedo a la ira de Lord Newshire nadie se animaba a decirlo en voz alta.

Richard tomó asiento, inhaló y exhaló con lentitud.

—Estoy entre la espada y la pared, Richard —continuó Finn—, mi padre me ha dado un ultimátum, si no me caso con Marianne, me dejará a mi suerte…

—La amo —Richard levantó la cabeza y fijó la mirada en los ojos grises de Finn—, siempre lo hice, pero no quería ensuciar la memoria de Thomas, es por eso que me conformé con estar a su lado, ser su amigo —confesó, su voz se fue apagando a medida que las palabras salían de su boca.

Finn lo miró, tenía los ojos muy abiertos, sorprendido por la revelación de su amigo, apretó los labios y negó con la cabeza.

—¿Por qué no se lo dices? A veces, el amor nace de la verdadera amistad —dijo Finn, y tomó asiento junto a Richard.

—Temo perderla, ella no ha superado a Thomas, jamás lo hará, y no puedo competir con un fantasma.

—Estoy seguro de que no la vas a perder, si quieres puedo hablar con ella…

—Finn, ni siquiera hablas de ella o de Thomas, no fuiste a verla desde que llegaste, crees que podrás abogar a mi favor, está enojada contigo, arruinarías cualquier posibilidad, si la hubiere. Deja las cosas como están, pero no la obligues a casarse, por favor —suplicó Richard.

—A pesar de que pienses que soy un egoísta, no voy a hacerlo, eres la única persona que me aprecia con sinceridad, sin esperar nada a cambio, jamás te traicionaría.

Capítulo 11

La tarde avanzaba mientras Anne y Finn se encontraban en el majestuoso salón de los Fitzroy, designados para la organización del baile anual de caridad. Los rayos de sol se filtraban a través de los ventanales, bañando la habitación en una luz dorada que contrastaba con la tensión entre ambos.

—¿De verdad no hay nadie más que pueda hacer esto? —murmuró Finn, acomodándose en una silla, claramente incómodo.

Anne le lanzó una mirada de desaprobación mientras extendía los papeles sobre la mesa de caoba.

—Al parecer, nuestros padres creen que esto es una excelente oportunidad para demostrar que podemos comportarnos como adultos responsables —replicó Anne en tono mordaz.

—Responsables —repitió Finn con ironía—. Claro, porque decorar un baile de caridad es la prueba definitiva de madurez.

—Podrías sorprenderte cuánto trabajo implica esto —respondió Anne con firmeza—. Y si dejamos nuestras diferencias de lado, tal vez podamos hacerlo bien y rápido.

Aria entró a la habitación y dejó una bandeja con té recién hecho y pastas dulces sobre el escritorio. Se acomodó en una esquina para no molestar y permaneció en silencio.

Finn suspiró, cruzando los brazos sobre el pecho.

—De acuerdo. ¿Por dónde empezamos?

Anne le entregó una lista de tareas.

—Para empezar, necesitamos confirmar los invitados. Hay que revisar la lista y asegurarnos de que todas las invitaciones hayan sido enviadas y confirmadas.

Finn tomó la lista, escudriñándola con una expresión de fastidio que poco a poco se suavizó.

—¿Sabes? Esto no parece tan complicado.

Anne alzó una ceja.

—Quizás no lo es, si estás dispuesto a colaborar. Necesitamos asegurarnos de que haya suficiente comida y bebida para todos los asistentes. Además, debemos supervisar la decoración del salón.

—Puedo encargarme de la bebida y la decoración —ofreció Finn, con un tono más conciliador —. Tengo contactos que pueden ayudarnos a conseguir lo mejor.

Anne asintió, sorprendida por su disposición.

—Perfecto. Mientras tanto, yo me encargaré de la comida y las invitaciones. Si trabajamos juntos, esto podría salir bien.

Pasaron las horas trabajando codo a codo, sumergidos en la planificación. Poco a poco, las barreras entre ellos comenzaron a desmoronarse, revelando facetas desconocidas de sus personalidades. Finn se mostró más diligente de lo que Anne esperaba, mientras que ella demostró tener una vena de ingenio y humor que él no había notado antes.

—Sabes —dijo Finn, rompiendo el silencio mientras jugaba con una flor—, nunca imaginé que podrías ser tan... meticulosa.

Anne sonrió levemente.

—Y yo nunca pensé que pudieras ser tan cooperativo.

—Supongo que ambos teníamos prejuicios —admitió Finn, dejando la flor en su lugar.

Anne lo miró directamente a los ojos por primera vez desde que empezaron a trabajar juntos.

—Quizás deberíamos aprender a no juzgar tan rápido.

Finn sintió una chispa de comprensión entre ellos.

—Tal vez —aceptó.

La conversación fluyó con mayor facilidad a medida que continuaban trabajando. Descubrieron que compartían intereses más allá de sus obligaciones familiares y diferencias aparentes. Finn relató algunas de sus aventuras en Egipto, y Anne, a pesar de sus intentos de mostrarse indiferente, no pudo evitar sentirse intrigada.

—Así que, ¿qué te llevó a Egipto? —preguntó Anne, con genuina curiosidad.

Finn suspiró, recordando sus razones.

—Necesitaba escapar. Buscar algo que me diera un propósito, lejos de Londres.

—Lo entiendo —respondió Anne en voz baja—. A veces, también me siento atrapada.

—Tal vez no somos tan diferentes, después de todo —dijo Finn, sorprendiéndose a sí mismo.

Anne sonrió, sintiendo una conexión inesperada.

—Tal vez no.

La noche cayó y la luna se alzó en el cielo, pero para Anne y Finn, el trabajo apenas comenzaba. Sin embargo, en medio de la planificación y la organización, encontraron un terreno común y una nueva comprensión mutua.

***

La familia Fitzroy estaba reunida en el comedor, disfrutando de una cena deliciosa. Resse relataba algunas de sus experiencias, tratando de aligerar el ambiente.

—Este año —Lady Fitzroy se aclaró la garganta—, el baile de caridad debe ser perfecto —dijo, sin levantar la vista de su plato—. Hay tantas cosas por hacer y tan poco tiempo.

—Madre, todo estará bien —respondió Betsy, tratando de calmarla—. Siempre logras que estos eventos sean un éxito.

—Eso espero, querida. Pero este año es especial —Lady Fitzroy miró a Anne con un brillo en los ojos—. Anne, quiero que sepas que estoy muy orgullosa de ti por tomar las riendas de la organización junto con Finn.

Anne la miró, sorprendida por la mención de su madre.

—¿Finn Cavendish? ¿El hijo menor de lord Newshire? —preguntó Resse tratando de ocultar su asombro.

—Sí, querido. Él ha demostrado ser un colaborador valioso, a pesar de las habladurías. Estoy segura de que trabajar juntos en este evento será beneficioso para Anne.

Hope, siempre curiosa, intervino con una sonrisa pícara.

—He oído que Lord Newshire tiene una gran habilidad para atraer a la gente. Tal vez incluso a nuestra querida Anne.

Anne frunció el ceño, no dispuesta a dejar pasar el comentario.

—Hope, no es momento para bromas. Tenemos mucho trabajo por hacer y el éxito del baile depende de nuestra colaboración profesional, nada más —sentenció Anne.

Lady Fitzroy, queriendo calmar las aguas, añadió con suavidad:

—Lo importante es que el baile de caridad sea un éxito y que todas las damas filantrópicas de la sociedad queden impresionadas. Este evento no solo muestra nuestra dedicación a las causas nobles, sino que también nuestra capacidad de organizar algo grandioso.

Anne asintió, tratando de disimular los sentimientos contradictorios que la invadían. Su relación con Finn había comenzado con desdén y desprecio mutuos, pero comenzó a ver más allá

de su fachada despreocupada. Finn demostró ser competente y, para su sorpresa, comprensivo, algo que la desconcertaba.

—De acuerdo. Nos aseguraremos de que todo salga perfecto —dijo Anne, mirando a su madre con decisión.

Lady Fitzroy sonrió, sintiendo una satisfacción interna al ver a su hija colaborando en un evento tan importante. Sabía que la reputación de la familia Fitzroy estaba en juego, y confiaba en que Anne y Finn superarían las expectativas, tanto en la organización del baile como en sus propios descubrimientos personales.

—¿Recuerdas a Finn Cavendish? —dijo Resse, mirando a Joss, y esbozó una leve sonrisa—. Solíamos competir por ver quién era el mejor en el tiro con arco.

Joss, que estaba sentado enfrente, dejó su tenedor en el plato con un golpe seco.

—El hermano pequeño de Robert. Sí, todos sabemos qué tipo de competencia le gusta a Finn —dijo con sarcasmo—. No entiendo cómo puedes hablar de él con tanta soltura.

Resse se sorprendió por el tono de su hermano.

—¿Qué quieres decir? Las personas maduran, Joss, de eso trata la vida, no creo que siga siendo aquél muchachito…

—Lo que quiero decir —interrumpió Joss— es que ese hombre es un calavera. Todos en Londres saben que no toma nada en serio. Sus escándalos son tan frecuentes como las lluvias en Inglaterra. —Se volvió hacia sus padres—. ¿Y ustedes piensan permitir que Anne se relacione con alguien así? Su reputación ya ha sufrido bastante.

Anne, que había estado en silencio, sintió la sangre hervir en sus venas. Se levantó con brusquedad de su silla, haciendo que todos en la mesa la miraran.

—¿De verdad crees que necesitas protegerme de alguien, Joss? —dijo con la voz temblando por la indignación—. Estoy cansada de que todos piensen que saben lo que es mejor para mí.

—Anne, no es eso... —empezó a decir su madre, en un tono conciliador.

—Claro que lo es, madre —la interrumpió Anne, mirando a su hermano mayor con furia contenida—. Siempre he sido la obediente, la que hace lo correcto. Pero tengo mis propias opiniones y no pienso permitir que las prejuzguen sin conocer la verdad.

Sin esperar respuesta, Anne se dio vuelta y salió del comedor, dejando un incómodo silencio detrás de ella. Resse miró a Joss con desaprobación, mientras Lord Fitzroy suspiraba profundamente.

—Hijos, debemos encontrar una manera de resolver esto —dijo Lord Fitzroy, tratando de recuperar el control de la situación.

Resse asintió, mientras Joss miraba la puerta por donde Anne había salido, sintiéndose frustrado.

—A mí me parece bastante guapo —sentenció Betsy.

Todos la miraron y comenzaron a reír, hasta que a lord Fitzroy le dio un ataque de tos. Lady Fitzroy se puso de pie con rapidez, se acercó a su marido y comenzó a masajear su espalda, le ofreció un vaso de agua, pero él se puso de pie tirando la silla en el acto.

—Es mejor que suba a descansar, ha sido un día largo y mañana Joss y yo tenemos que ir a visitar a nuestros arrendatarios.

Capítulo 12

Aquella tarde la tranquilidad de su santuario se vio interrumpida por un suave golpe en la puerta. Anne desvió la vista del telescopio, sus ojos curiosos se encontraron con la figura de Finn Cavendish, parado detrás de su madre, en el umbral con una expresión algo incómoda.

—Hija, tienes visita —le informó Lady Fitzroy.

—Perdón por interrumpir —dijo Finn, su voz grave resonó en la pequeña habitación—. ¿Puedo pasar?

Anne dudó un momento, pero asintió. Finn cerró la puerta tras de sí y se acercó al escritorio, observando los instrumentos y libros esparcidos por todas partes.

Lady Fitzroy se acomodó en la esquina más alejada, tomó asiento en una pequeña butaca y comenzó a bordar. La relación entre Anne y su madre, era una mezcla de cariño y tensión. Siempre había sido una madre amorosa y protectora, brindando a Anne y sus hermanas una infancia llena de afecto y cuidado. Sin embargo, su respeto inquebrantable por las normas y costumbres de la época a menudo ponía a prueba el vínculo entre madre e hija. Lady Fitzroy entendía la importancia de un buen matrimonio para la seguridad y felicidad de sus hijas en la estricta sociedad de la regencia inglesa. Por ello, su mayor preocupación era ver a Anne casada con un hombre adecuado, asegurando así su futuro.

A pesar de su amor por Anne, no podía evitar sentirse ansiosa por la aparente falta de interés de su hija en los pretendientes que le presentaba. La pasión de Anne por la astronomía y su deseo de independencia eran un desafío constante para las expectativas sociales de su madre. Lady Fitzroy, con el corazón dividido, intentaba encontrar un equilibrio entre permitir a Anne seguir sus intereses y asegurar que cumpliera con su papel en la sociedad. Su preocupación por el bienestar de Anne se manifestaba en sus constantes intentos de encontrarle un marido adecuado, con la esperanza de que así, tanto Anne como sus hermanas pudieran tener una vida feliz y respetable.

—No esperaba verte interesado en la astronomía —comentó Anne, intentando ocultar su sorpresa.

Finn sonrió ligeramente, y por primera vez, Anne notó la suavidad en sus ojos grises, una cualidad casi vulnerable. Un inoportuno rayo de sol le daba justo sobre la cabeza, produciendo un aura casi angelical alrededor de su desordenada cabellera rubia.

—Debo admitir que no sé mucho sobre el tema, pero siempre he tenido curiosidad. Durante mi viaje a Egipto, vi muchas cosas que hicieron preguntarme sobre el universo.

Anne levantó una ceja, intrigada.

—Existe una estrecha relación entre la cultura egipcia y la astronomía, ellos ajustaron el paso del tiempo observando las estrellas —comentó Anne.

Finn asintió, sacando un pequeño cuaderno de notas de su chaqueta.

—Encontré algunos manuscritos antiguos que mencionan la observación de estrellas. Pensé que podría interesarte.

Anne tomó el cuaderno, y lo hojeó con cuidado. Las páginas estaban llenas de diagramas y anotaciones en una escritura elegante, pero algo desordenada. Sintió un destello de emoción al reconocer algunos de los símbolos y referencias.

—Esto es increíble —murmuró—. Estos manuscritos podrían contener información valiosa.

Finn observó su entusiasmo con admiración, pero al mismo tiempo curiosidad.

—Me alegra que te guste. Pensé que podríamos decorar el salón inspirados en las estrellas, el

universo, la astronomía...

Anne levantó la vista, sorprendida por su oferta.

—Me gustaría eso —dijo finalmente, y una sonrisa sincera iluminó su rostro.

Mientras la tarde avanzaba, Anne y Finn se sumergieron en la organización del baile.

Anne le explicó sus descubrimientos sobre el cometa Isis y los desafíos que había enfrentado para registrar su hallazgo. Finn la escuchó con atención, haciendo preguntas perspicaces.

—Debe ser frustrante —dijo Finn en un momento—, luchar tanto por ser reconocida, solo para enfrentar más obstáculos.

Anne afirmó con la cabeza, y sintió un vínculo silencioso formarse entre ellos.

—Es difícil, pero no estoy dispuesta a rendirme. La astronomía es mi vida, y haré lo que sea necesario para que mis descubrimientos sean reconocidos.

Finn la miró con respeto.

—Admiro tu osadía.

Anne se quedó en silencio por un momento, asimilando sus palabras. Finn, el hombre que había considerado un irresponsable, estaba demostrando ser un apoyo inesperado y valioso.

—Gracias —murmuró Anne.

Finn sonrió, con una calidez que Anne no había visto antes.

—Todos merecemos una oportunidad para brillar —declaró Finn.

A medida que la tarde se volvía noche, Anne y Finn continuaron trabajando juntos. Sus diferencias comenzaron a desvanecerse. Sin darse cuenta, estaban construyendo una conexión trascendental, basada en el respeto mutuo y el deseo de explorar los misterios del universo.

—Es mejor que me retire. —Finn se puso de pie e hizo una reverencia hacia lady Fitzroy.

—Espero que mañana regrese —dijo la condesa, y sonrió con cariño—, me gusta lo que están tramando, cuentan con mi aprobación.

Anne se sonrojó, no podía creer que su madre estuviera siendo tan amable con Finn.

—Si me permite, milady, mañana quiero llevar a Anne de compras, necesitamos mucho material para llevar a cabo nuestro plan —dijo Finn.

—Claro, si no puedo acompañarlos, lo hará Resse —sugirió la condesa.

—¿Estás de acuerdo? —indagó Finn mirando a Anne.

—Acepto, digo, sí, estoy de acuerdo —respondió Anne, sintiendo como el calor se apoderaba de cada parte de su cuerpo, pero se reflejaba más que nada en su rostro.

Finn sonrió, le pareció adorable ver como la pálida piel de Anne se sonrojaba, sus ojos color miel le transmitieron paz y seguridad.

***

—Sigo pensando que es imprudente que dejen a Anne relacionarse con alguien como Finn Cavendish, he escuchado cosas que no puedo repetir frente a unas damas —dijo Joss.

La actitud de Joss había cambiado notablemente desde su regreso a Londres. Hasta ese momento, siempre había sido el hermano más despreocupado y alegre, conocido por su risa fácil y su disposición a disfrutar de la vida sin preocuparse demasiado por el futuro. Sin embargo, la enfermedad de su padre y la inminente responsabilidad del título que heredaría parecían estar comenzando a transformarlo. Ahora, mostraba una seriedad y un sentido del deber que sorprendía a todos, en especial a Anne.

Ella no podía reconocer al hermano con el que había crecido. Su manera de proceder era más rígida y cautelosa, y su actitud hacia el joven Cavendish reflejaba esa nueva gravedad. Joss parecía desconfiar de Finn, observándolo con ojos críticos y juzgando sus acciones con una dureza que antes no existía. Este cambio en su hermano desconcertaba a Anne, haciéndola añorar

los días en que eran aliados incondicionales. Su hermano siempre estaba dispuesto a apoyarla sin importar las circunstancias. La nueva actitud de Joss era un recordatorio constante de cómo las responsabilidades y las expectativas podían moldear y cambiar a una persona.

—Hijo, eres el futuro conde, tienes que mantenerte al margen de los cotilleos, y aprender a juzgar a las personas bajo tu propio criterio, no puedes dejarte llevar por habladurías —lo regañó su madre.

—Si el río suena, es porque piedras trae, madre —rebatió Joss.

—Joss, ¿cuándo conoceremos a la elegida de tu corazón? —preguntó Anne, mirando a su hermano con desafío.

Resse contuvo una risa, Betsy se acomodó en el sillón y Hope inclinó la cabeza con curiosidad.

Joss entrecerró los ojos, pero no pudo evitar sentir la insistente mirada de su madre.

—Estamos esperando tu respuesta, hijo —dijo lady Fitzroy, dejando un platillo con masas frente a él.

—¿Acaso no ves lo que intenta hacer tu hija? —preguntó Joss, evitando responder.

—Lo veo, pero la curiosidad es más fuerte que la razón, así que, no nos dejes vivir en la ignorancia —replicó su madre.

Joss miró a todos, seguían en la misma posición. Esperando.

—Pronto, muy pronto… —suspiró—. Estoy cansado, me voy a dormir, mañana tengo que ir al parlamento para traer unos documentos…

—A nadie le importa, Joss —dijo Resse.

—A nadie —repitió Dawn, su hijita.

—Ajá, a nadie —remarcó Hope.

—A mí sí —dijo Betsy.

—Nadie te preguntó, Betsy —dijo Anne.

—Son unos pesados e inmaduros, hasta mañana —se despidió Joss, y se marchó con rapidez.

Todos comenzaron a reír cuando desapareció tras la puerta del salón.

—Son maquiavélicos —dijo lady Fitzroy.

—Lo aprendimos de ti —replicó Betsy.

—Yo no soy así —dijo lady Fitzroy, mirando a sus hijos de manera amenazante.

Ellos no dijeron nada, solo continuaron comiendo en silencio.

***

El mercado de Londres estaba lleno de vida, con vendedores anunciando sus mercancías y compradores negociando precios. Anne caminaba entre los puestos con paso decidido, seguida de cerca por Finn y su hermano Resse. La misión era adquirir elementos para decorar el baile de caridad con una ambientación celestial, y Anne no pensaba escatimar en detalles.

—Debemos encontrar telas oscuras, de preferencia azul marino o negro, para simular el cielo nocturno —dijo Anne, en su mente ya visualizaba la transformación del salón de baile.

Resse asintió, siempre dispuesto a ayudar a su hermana.

—También necesitarás estrellas y planetas para colgar del techo. Tal vez podamos encontrar artesanos que hagan decoraciones de papel maché o metal.

Finn, caminando al lado de Anne, no pudo evitar sonreír ante su entusiasmo.

—No sabía que estuvieras tan involucrada en la decoración de eventos.

Anne lo miró de reojo, con una leve sonrisa en los labios.

—Siempre me ha gustado crear ambientes especiales. Además, este evento es importante para

la sociedad de mujeres filantrópicas y para nuestra familia.

Llegaron a un puesto que vendía de todo tipo y color de tejidos. Anne se acercó a los rollos de tela oscura, examinándolos con cuidado. Finn se unió a ella.

—Este azul marino es perfecto —dijo Anne, señalando una tela suave y brillante—. ¿Qué opinas?

Finn asintió, impresionado por su buen ojo.

—Es ideal. Y podríamos usar faroles pequeños para imitar las estrellas.

Resse, quien había estado explorando otros puestos, regresó con una sonrisa y un par de objetos en la mano.

—Miren lo que encontré. Un artesano que hace estrellas de papel maché. Podemos encargarle algunas para colgarlas del techo.

Anne tomó una de las estrellas, admirando el trabajo detallado.

—Son perfectas, Resse. Buen trabajo.

Continuaron su recorrido, buscando más elementos para la decoración. Encontraron cintas doradas y plateadas, que Anne pensó usar para representar las constelaciones. También adquirieron pequeños faroles que podían colocarse estratégicamente para crear un efecto estelar.

Mientras caminaban, Anne y Finn discutían ideas para la disposición de los elementos. Resse los observaba con una sonrisa, complacido de ver a su hermana tan comprometida con el proyecto y a Finn participando activamente.

—¿Siempre eres tan meticulosa con los detalles? —preguntó Finn, mientras elegían unas estrellas.

Anne lo miró, sus ojos brillaban con resolución.

—En todo lo que hago. Creo que los pequeños detalles son los que marcan la diferencia. Y quiero que este baile sea memorable.

Finn asintió, admirando su dedicación.

—Estoy seguro de que lo será. Con tu visión y nuestra ayuda, será una noche inolvidable.

Después de varias horas de compras, el trío regresó a la mansión Fitzroy con los brazos llenos de bolsas y cajas. Anne estaba agotada, pero satisfecha con todo lo que habían conseguido. Sabía que con estos elementos, y los que estaban por llegar, el salón de baile se transformaría en un verdadero cielo estrellado.

—Mañana muy temprano quiero ir a visitar el orfanato al que iran destinados los fondos de la fiesta —informó Anne.

—¿Tengo que ir? —preguntó Finn.

—Por supuesto, es parte de nuestra obligación —respondió Anne.

***

Anne, Finn y Resse llegaron al orfanato muy temprano, con el aire fresco de la mañana acariciándoles el rostro. La estructura del orfanato era humilde, pero bien mantenida, con paredes de ladrillo rojo y ventanas amplias que dejaban entrar la luz del sol. Un grupo de niños jugaba en el jardín, sus risas llenaban el aire, mientras una mujer mayor, la directora del orfanato, los observaba con una sonrisa.

—Buenos días —saludó la directora con una reverencia—. Es un honor tenerlos aquí. Los niños están muy emocionados por su visita.

—Gracias, señora Blackwell —respondió Anne, devolviendo la sonrisa—. Queremos ver cómo podemos ayudar y conocer a los niños.

Finn asintió, observando con interés el entorno. Los niños, al percatarse de los visitantes, corrieron hacia ellos con curiosidad y alegría. Una pequeña niña de cabello rubio y ojos azules

tiró de la falda de Anne.

—¿Eres una princesa? —preguntó con los ojos muy abiertos.

Anne se agachó a la altura de la niña y sonrió.

—No, querida, no soy una princesa. Pero tú, con esos rizos dorados, podrías ser una —le dijo, acariciándole el cabello con ternura.

Finn, mientras tanto, se acercó a un grupo de niños que jugaban con una pelota de trapo. Se agachó y les preguntó:

—¿Me enseñan a jugar?

Los niños asintieron entusiasmados y comenzaron a explicarle las reglas. Finn y Resse, sin pensarlo dos veces, se unieron a ellos, riendo y jugando con una naturalidad sorprendente. Anne los observaba desde la distancia, impresionada por la habilidad de Finn para conectar con los niños.

Después de un rato, Anne se unió a ellos. Comenzaron a repartir pequeños obsequios que habían traído: libros de cuentos, juguetes y dulces. Los rostros de los niños se iluminaron con gratitud y emoción.

—Este lugar es increíble —dijo Finn en voz baja, dirigiéndose a Anne mientras observaba a los niños abrir sus regalos—. Estos niños tienen tan poco, pero están tan llenos de vida.

—Sí, son maravillosos —respondió Anne, suavizando la mirada—. Cada sonrisa hace que todo el esfuerzo valga la pena.

La directora del orfanato se acercó a ellos.

—Gracias por traer tanto alegría a nuestros niños —dijo—. Su generosidad significa mucho para nosotros.

Finn y Anne asintieron, agradeciendo sus palabras. Mientras caminaban por el orfanato, ayudando y jugando con los niños, ambos se sorprendieron mutuamente por la empatía y generosidad que mostraban. Cada gesto de amabilidad, cada sonrisa compartida, los acercaba más.

Reese había decidido acompañar a Anne y Finn en su visita al orfanato, una decisión que, en retrospectiva, resultaría ser reveladora para todos. Desde muy joven, había sido más contemplativo y recatado en comparación con su hermano. Mientras Joss destacaba por su carisma y una naturaleza despreocupada, Reese prefería observar el mundo desde una distancia prudente, analizando cada situación con una calma y una serenidad que muchas veces contrastaban con la vibrante energía de su hermano mayor.

Durante la visita al orfanato, Reese se movía con una gracia tranquila entre los niños, su presencia irradiaba una sensación de seguridad y consuelo. Observaba con atención a Anne y Finn mientras interactuaban con los pequeños, notando los gestos amables y las sonrisas sinceras que intercambiaban. Aunque no se unía a los juegos con la misma efusividad, su presencia ofrecía un equilibrio sereno. Reese se detenía a hablar con los niños más tímidos, aquellos que necesitaban un acercamiento más suave, demostrando una empatía que sorprendía a Anne y Finn. Su carácter reflexivo y su naturaleza bondadosa quedaban en evidencia, mostrando que, aunque diferente en temperamento, su compromiso y compasión eran igual de profundos.

Al despedirse de los niños, Finn miró a Anne con una nueva admiración.

—No sabía que tenías este lado tan tierno —le dijo con una sonrisa.

Anne sonrió, sintiendo que Finn también había revelado una faceta desconocida.

—Lo mismo digo, Finn. Ha sido un día maravilloso.

—Sí, lo ha sido —respondió él, en sus ojos grises se reflejaba una sinceridad que Anne no había visto antes—. Y me alegra haberlo compartido contigo.

Con esa conexión fortalecida, salieron del orfanato con la determinación de hacer de la fiesta de caridad un éxito aún mayor, sabiendo que cada esfuerzo ayudaría a esos niños maravillosos que les habían robado el corazón.

***

Ese mismo día, por la tarde, comenzaron a organizar las decoraciones. Reese con la ayuda de algunos lacayos se encargó de colgar las telas. Hope y Betsy se unieron para ayudar a su hermana.

Mientras el grupo trabajaba en la decoración del salón para la fiesta de caridad, el ambiente se llenaba de una energía vibrante y alegre. Anne y Finn se encontraban en el centro de la acción, coordinando la disposición de las guirnaldas y las cintas brillantes que adornarían el salón. La luz de las velas parpadeaba, reflejándose en los adornos y creando un ambiente cálido y acogedor. Finn, con una sonrisa entusiasta, sostenía una de las guirnaldas mientras Anne se movía con destreza, arreglándola en su lugar. Las miradas de ambos se cruzaban a menudo, llenas de complicidad y una silenciosa comunicación que solo ellos comprendían.

Hope y Betsy, por otro lado, trabajaban en las mesas que se llenarían de delicias y aperitivos. Hope se encargaba de organizar los manteles y servilletas con un esmero meticuloso, mientras Betsy, con una risa contagiosa, colocaba los arreglos florales en jarrones elegantes. Reese, observador y cuidadoso, ayudaba a ajustar los detalles más pequeños, asegurándose de que cada rincón estuviera perfectamente decorado. Su presencia tranquila y metódica ayudaba a mantener el flujo de trabajo, y ocasionalmente se unía a las conversaciones ligeras, aportando su humor seco y sutil. En medio de risas y conversaciones, la colaboración se convertía en un baile armonioso, y el salón comenzaba a transformarse en un lugar de magia y belleza, reflejando el esfuerzo y el espíritu de todos los involucrados.

Mientras colocaba una de las últimas estrellas, Anne se detuvo para observar el resultado. El salón de baile ya se veía mágico, los faroles le darían el toque final, parpadearían como estrellas en un cielo nocturno. Los sirvientes estaban maravillados y ayudaron con ahínco en la colocación de cada detalle, ellos serían los encargados de encender las cientas de pequeñas velas.

—Es hermoso —dijo en voz baja, más para sí misma que para los demás.

Finn, que estaba cerca, escuchó sus palabras y sonrió.

—Es impresionante, un trabajo maravilloso.

Anne se volvió hacia él, con una sonrisa de agradecimiento en su rostro.

—No lo habría logrado sin tu ayuda. Gracias, Finn. Gracias, Resse.

Reese se acercó, y puso una mano en el hombro de su hermana.

—Estoy seguro de que este baile será un éxito.

Finn asintió, sus ojos se encontraron con los de Anne por un momento.

—Haremos que sea una noche para recordar. Mañana traeré una sorpresa —comentó Finn con misterio.

—¿Una sorpresa? —preguntó Anne—. Dime qué es.

—Es una sorpresa, Anne —insistió Finn, y sonrió.

Anne sintió una calidez en su pecho, una sensación de logro y confianza que no había esperado encontrar. Mientras se preparaban para el gran evento, sabía que, sin importar lo que ocurriera, habían creado algo hermoso juntos.

Capítulo 13

El salón de baile resplandecía, pero no más que el orgullo de Lady Fitzroy por su hija. Las estrellas de papel maché colgaban del techo y centelleaban bajo la luz de los candelabros. Anne y Finn habían trabajado mucho para que la fiesta de caridad fuera un éxito. Los invitados empezaron a llenar la estancia, y el murmullo de conversaciones se mimetizaba con la música suave de la orquesta.

Anne se detuvo un momento al pie de la gran escalera de mármol, sintiendo las miradas que se dirigían hacia ella. El suave murmullo de la multitud se apagó, y un silencio expectante llenó el aire. Vestida con un elegante vestido de satén azúl noche, el escote sutilmente decorado con encajes y perlas resaltaba la blancura de su piel y acentuaba su delicada cintura. Su cabello castaño, recogido en un peinado intrincado, brillaba bajo la luz de los candelabros, y algunos mechones sueltos enmarcaban su rostro con una gracia natural que capturaba el corazón de todos los presentes.

Pero fue Finn quien sintió el golpe más fuerte. Al verla entrar, su corazón pareció detenerse por un instante. Anne estaba tan hermosa que le robó el aliento; era como si un ángel hubiera descendido entre ellos. La luz de las velas bailaba en sus ojos color miel, que parecían contener un universo entero. Sus labios, pintados de un tono rosado suave, se curvaron en una sonrisa que era a la vez tímida y segura. Cada paso que daba hacia él, cada movimiento de su vestido que rozaba el suelo, parecía diseñado para hechizarlo aún más.

Finn, que hasta ese momento había mantenido su fachada de despreocupación, sintió que su habitual confianza se desmoronaba. Las palabras de cortesía que tenía preparadas se desvanecieron en su mente, reemplazadas por un asombro que no podía ocultar. Su mirada seguía cada uno de los pasos de Anne, incapaz de apartar los ojos de ella, y cuando finalmente se detuvo frente a él, todo a su alrededor desapareció.

—Anne —murmuró, con la voz cargada de emoción contenida—. Estás... deslumbrante.

Anne, que había notado la reacción de Finn al entrar, sintió una mezcla de satisfacción y un suave rubor que coloreó sus mejillas. Aunque había visto admiración en los ojos de otros hombres antes, nunca había sido tan consciente de su propio poder para conmover a alguien como lo hacía con Finn en ese momento.

—Gracias —respondió con suavidad, y esbozó una sonrisa que parecía hecha para él y solo para él—. Espero que la noche esté a la altura de tus expectativas.

—Más de lo que te imaginas —respondió Finn.

Anne se sonrojó.

Finn, aún maravillado, supo en ese instante que ninguna noche, ningún evento, ninguna obra de arte, podría compararse con la visión de Anne en ese salón. Pero más allá de su belleza, lo que lo cautivaba era la mujer que había conocido en los últimos días, una mezcla de inteligencia, pasión y una bondad que iluminaba su vida de una manera que nunca había anticipado. Y mientras el murmullo volvía a llenar la sala, Finn supo que había cambiado irremediablemente en ese instante.

—Todo parece ir de maravilla —comentó Anne con una gran sonrisa, mientras observaba el salón lleno de gente.

—Sí, lo está. Hicimos un trabajo increíble —respondió.

—No podría haberlo hecho sin tu ayuda.

A medida que la noche avanzaba, los comentarios malintencionados comenzaron a surgir. Anne pudo escuchar a algunas mujeres susurrar a sus espaldas, criticando su involucramiento en la organización de la fiesta y su cercanía con Finn.

—¿Has oído? Lady Anne trabajó con el hijo menor del conde de Newshire. Al parecer, son tal para cual; ninguno toma en serio el compromiso —comentaba una de las mujeres con malicia.

Finn, que se encontraba cerca, escuchó sus palabras y sintió un torrente de furia arremolinarse en su interior. Se aproximó a Anne y le susurró al oído:

—Tranquila. Son unas viejas amargadas.

Anne sintió el calor del susurro de Finn en su oído, y aunque sus palabras pretendían consolarla, los comentarios le habían dolido. Agradeció el gesto, pero la herida infligida por los comentarios maliciosos ardían en su corazón. Con un suspiro tembloroso, levantó la mirada hacia Finn, sus ojos reflejaban una mezcla de gratitud y dolor.

—Disculpen —dijo Finn con voz firme, pero educada—. No pude evitar escuchar sus preocupaciones. Es curioso cómo siempre encuentran algo que criticar. Permitidme asegurarles que lady Anne ha demostrado ser una organizadora excepcional y una persona de gran talento. Si tienen algún problema con eso, quizás deberían reflexionar sobre sus propias habilidades antes de hablar.

Las mujeres se quedaron sin palabras, sorprendidas por la intervención de Finn. Anne, asombrada por la audacia de Finn, ahogó una risa. Su corazón latía con fuerza, y por un momento, olvidó las miradas críticas de las damas a su alrededor. La intervención de Finn no solo la había protegido, sino que también había despertado en ella una chispa de admiración.

—No esperaba que… —comenzó Anne, pero Finn la interrumpió con una sonrisa traviesa.

—¿Esperabas que me quedara en silencio mientras te atacaban? —preguntó, con una ceja alzada—. No soy tan dócil, milady. Además, no puedo resistir la oportunidad de desafiar a la sociedad y sus absurdas normas.

Anne rió, una risa liberadora que pareció romper las cadenas invisibles que la ataban. Finn era diferente, y eso la intrigaba. No solo era un caballero apuesto, sino también elocuente.

—Gracias —dijo Anne, mirándolo directamente a los ojos—. Cuando quieres eres bastante encantador.

Finn se inclinó ligeramente, rozando sus labios contra el dorso de la mano de Anne.

—Y tú, querida Anne, eres mi cómplice. Juntos, desafiaremos a todos esos vejestorios.

A medida que la velada avanzaba, Anne se dio cuenta de que había subestimado a Finn. Detrás de su fachada apática, había un hombre dispuesto a luchar por lo que consideraba justo. Esa noche, mientras bailaban juntos bajo las estrellas de papel maché, Anne sintió que algo comenzaba a cambiar entre ellos.

La fiesta estaba siendo un éxito rotundo. Los comentarios malintencionados fueron eclipsados por las sonrisas y las donaciones generosas. Y comenzaron a comprender que tal vez había más en el otro de lo que habían imaginado.

—Quizás esta noche sea solo el comienzo de algo nuevo —dijo Finn, mirándola a los ojos.

Anne sonrió, sintiendo una chispa de esperanza en su interior.

—Quizás sí, Finn.

—Cuando todos se marchen, quiero mostrarte tu sorpresa —anunció Finn, y le regaló una cálida sonrisa.

La pieza de baile terminó, estaban conversando en un rincón, admirando su obra, cuando el conde de Newshire, con ese porte autoritario y seguro, muy parecido al de su hijo, se acercó e

ignoró por completo a Anne dirigiéndose a Finn.

—Me alegra verte tan involucrado en este evento —dijo, dándole una palmadita en el hombro —. Me gustaría presentarte a Lady Marianne y a sus padres, Lord y Lady Worthington.

Lady Marianne, una joven de cabellos dorados y ojos claros, esbozó una sonrisa tímida, mientras sus padres hacían una leve inclinación de cabeza.

—Ya nos conocemos —murmuró ella con dulzura.

Finn respondió con una inclinación cortés.

—Es satisfactorio volver a verla. Les presento a Lady Anne, la anfitriona y organizadora de todo lo que ven —dijo Finn, con el orgullo burbujeando en sus palabras.

Anne inclinó la cabeza con educación, pero se sentía incómoda, por lo que se excusó y se marchó con rapidez.

Lord Worthington, un hombre de aspecto distinguido, miró a Finn con una expresión calculadora.

—He oído mucho sobre ti. Espero que entiendas la importancia de este asunto.

El conde de Newshire intervino.

—Finn, después del baile, creo que será el momento adecuado para hablar sobre un compromiso formal con lady Marianne.

Finn sintió un nudo en el estómago, pero se obligó a mantener una expresión neutral.

—Claro —murmuró, ofreciendo una mirada de disculpa a la muchacha.

A unos pasos de distancia, una de las invitadas, Lady Evelyn, murmuraba en voz baja con otras damas mientras observaban la escena. Anne, que estaba en el grupo, escuchó parte de la conversación.

—Dicen que lord Newshire está a punto de comprometerse con lady Marianne. ¡Qué pareja tan adecuada! —comentó lady Evelyn, con una sonrisa maliciosa.

Anne sintió como si le hubieran dado un golpe en el estómago. Buscó un lugar apartado y seguro para calmarse. Minutos después, Finn la encontró.

—Anne, ¿qué sucede? —Finn se pasó la mano por el cabello, su ceño fruncido revelaba una tensión que no lograba disimular.

Anne evitó el contacto visual, sus ojos se movieron con rapidez, como buscando una salida.

—Así que vas a comprometerte con lady Marianne —soltó de golpe.

Finn, normalmente locuaz, permaneció en silencio.

—Anne —comenzó con nerviosismo—, no es lo que piensas. No he tomado ninguna decisión aún —intentó justificarse, aunque no sabía muy bien por qué.

—¿Y qué decisión puedes tomar? —susurró entre dientes Anne.

Finn dio un paso hacia la muchacha, e intentó coger sus manos, pero ella se apartó, poniendo una prudencial distancia entre ambos.

—Anne —insistió—. Mi padre me presiona para que me case, si es por mí, mañana mismo regreso a Egipto.

Anne lo miró recelosa, tampoco quería algo con ella, jamás lo dijo, tal vez malinterpretó sus acciones. No tenía razón para reclamarle nada. Bajó la vista por unos segundos, pero cuando volvió a mirarlo dijo:

—Es mejor que volvamos a la fiesta, me disculpo por mi exabrupto, estoy con los nervios de punta y cualquier cosa me enfada.

Finn parpadeó un par de veces antes de responder, como si necesitara tiempo para procesar lo que debía responder.

—Será lo mejor, han preguntado por ti —le informó, y se marchó.

El corazón de Anne estaba dividido entre la decepción y el miedo. Volvió al salón, pero se mantuvo alejada de Finn.

Se dedicó a observar desde lejos como Finn compartía con lord Percy y lady Marianne. Se los veía bien juntos. Se notaba que se conocían y había confianza entre ellos. Aunque en varias ocasiones pudo distinguir una profunda tristeza en la joven mujer. ¿Cuál sería la historia? Todas esas preguntas daban vueltas en la cabeza de Anne, no pudo disfrutar del resto de la velada. Lady Fitzroy lo notó y se acercó a ella, enredó su brazo con el de su hija y suspiró antes de hablar.

—El amor es contradictorio, somos felices cuando es correspondido, pero sufrimos horrores cuando no lo es, sin embargo, se puede seguir viviendo, es un dolor que no mata, pero es perenne. El oximorón de los sentimientos —concluyó lady Fitzroy.

—Nos hace danzar al el filo de la esperanza y la desesperación —susurró Anne en un suspiro.

Se hizo entre las dos un silencio cargado de significado.

Anne volvió la vista hacia el grupo de amigos que parecían disfrutar de una complicidad secreta, como si compartieran un código de acceso a un mundo exclusivo. Pero Anne no era miembro de ese club clandestino; sus pasos siempre quedarían en el umbral. La distancia entre ella y Finn se había convertido de un momento a otro en un abismo insalvable.

Margaret y lady Fitzroy habían permitido que trabajaran juntos en la organización de la fiesta de caridad por razones prácticas y sociales. Eran miembros respetados de la alta sociedad londinense. Que Anne y Finn colaboren en un evento de renombre era una excelente oportunidad para mostrar la dedicación de ambas familias a causas nobles, fortaleciendo sus posiciones sociales.

Lady Fitzroy, aunque tenía dudas sobre Finn como candidato adecuado para Anne debido a su reputación, reconocía que la organización de la fiesta era una tarea importante que necesitaba manos capaces. Sabía que Finn tenía habilidades organizativas y contactos que podrían ser beneficiosos para el éxito del evento. Además, trabajar juntos en un entorno controlado les permitiría a Anne y Finn demostrar su capacidad para colaborar y llevar a cabo una responsabilidad significativa.

Por otro lado, lady Newshire, a pesar de sus reservas sobre Anne como pareja para Finn, consideraba la participación de su cuñado en la fiesta de caridad como una forma de mantenerlo ocupado y lejos de actividades más destructivas. Ella confiaba en que la supervisión y la estructura del proyecto caritativo podrían ofrecerle a Finn un sentido de propósito y dirección.

Ambas mujeres esperaban que la cooperación en un evento tan visible y respetable podría mejorar la imagen pública de sus hijos y distraerlos de comportamientos menos deseables. Sin embargo, sabían que no era idóneo un matrimonio entre Anne y Finn, lo que no pudieron prever era que nacerían sentimientos profundos entre ellos.

Al final de la noche, antes de que lo noten, Anne desapareció. No podía arriesgarse, no quería exponer sus sentimientos y le era muy complicado disimular sus celos.

Capítulo 14

La fiesta de caridad había terminado, y el bullicio del salón de baile dio paso a la calma de la noche. Las estrellas brillaban en el cielo despejado, reflejándose en los charcos del jardín que rodeaba la mansión Fitzroy. Anne, agotada y desilusionada, pero satisfecha con el éxito de la velada, se dirigió hacia el jardín en busca de un momento de tranquilidad.

Finn la siguió, su silueta alta y elegante destacaba bajo la luz de la luna. Anne se sorprendió al verlo acercarse, pues lo había estado evitando.

—Necesitaba un poco de aire fresco —dijo Anne cuando Finn llegó.

—Yo también —respondió Finn—. ¿Te importa si te acompaño?

Anne negó con la cabeza.

Caminaron en silencio por el sendero de grava, disfrutando de la serenidad del jardín nocturno. Las flores liberaban su fragancia en la brisa suave, y el sonido lejano de una fuente creaba una atmósfera relajante.

—Quería agradecerte de nuevo por lo que hiciste esta noche —dijo Anne, rompiendo el silencio.

Finn se encogió de hombros.

—No fue nada. Además, me enfurece la forma en que la sociedad juzga a las mujeres. Es injusto.

Anne lo miró con curiosidad.

—Nunca pensé que te preocuparas por esas cosas, Finn.

Él suspiró, y su expresión se volvió seria.

—Hay muchas cosas que no sabes de mí. La mayoría de las personas solo ve la superficie, al libertino despreocupado. Pero todos tenemos nuestras luchas internas.

Anne asintió.

—Es cierto. Todos tenemos nuestros miedos y frustraciones. ¿Cuáles son los tuyos?

Finn se detuvo junto a un banco y tomó asiento, invitándola a hacer lo mismo. Anne se acomodó a su lado, observando la expresión pensativa en el rostro del joven.

—Siempre he sentido que no encajo en este mundo —comenzó Finn, mirando al suelo—. Esperan que me case, que asuma responsabilidades que no deseo. Quieren que sea alguien que no soy. Me fui a Egipto buscando algo más, algo que me hiciera sentir vivo. Pero al regresar, me di cuenta de que no puedo escapar de mis demonios, tengo que hacerlos frente o jamás lograré espantarlos.

Anne escuchó en silencio, comprendiendo más de lo que había esperado.

—Palabras filosóficas —murmuró Anne.

—¿Te estás burlando de mí? —indagó Finn.

—Por supuesto que no, todo lo contrario, entiendo cómo te sientes. Siempre he sido diferente a lo que mi familia espera de mí. Mi amor por la astronomía es visto como una excentricidad, algo que no debería preocuparme como mujer. Pero es mi pasión, y no puedo renunciar a ella.

Finn levantó la mirada y sus ojos se encontraron con los de Anne.

—Eres valiente por seguir tus pasiones. No dejes que nadie te haga sentir menos por eso.

Anne sonrió con calidez, sosteniendo la mirada a Finn por unos segundos, como si las palabras no fueran suficientes.

—Es bueno saber que no estoy sola en esto.

Se quedaron en silencio por un momento, disfrutando de la compañía mutua. El jardín parecía un refugio seguro.

—¿Qué harás ahora? —preguntó Finn con suavidad.

—Seguiré luchando por registrar el cometa que descubrí. No puedo permitir que mi trabajo sea ignorado solo por ser mujer. Y tú, ¿qué harás?

Finn sonrió, pero su sonrisa estaba teñida de melancolía.

—Seguiré buscando mi lugar en el mundo. Tal vez algún día lo encuentre.

Anne extendió su mano y la colocó sobre la de Finn, ofreciéndole un gesto de apoyo.

—Lo encontrarás. Y mientras tanto, no estás solo.

Finn apretó su mano, sintiendo una conexión genuina con ella.

—Gracias. Significa mucho para mí.

Se quedaron allí, en el jardín, compartiendo confidencias y miedos. Bajo el cielo estrellado, dos almas que habían sido marcadas por las expectativas y restricciones de su tiempo, encontraron un momento de paz y comprensión.

—Es una buena muchacha, se le nota a leguas que será una esposa perfecta —comentó Anne rompiendo el silencio.

—Estoy seguro…

—¡Anne Fitzroy! —la grave voz de Joss retumbó en la tranquilidad de la noche—. Vas a entrar ahora mismo a la casa, y tú —señaló a Finn—, vamos a hablar muy seriamente.

Anne se puso de pie con rapidez.

—Joss, no es lo que parece…

—Nunca es lo que parece, Anne, ve adentro, por una vez en tu vida obedece sin poner excusas —gruñó Joss.

—Lord…

—Cierra la maldita boca, Cavendish, no tienes límites ni respeto por nada ni por nadie, pero vamos a arreglar esto como caballeros…

—Joss, deja el teatro…

—Cállate, Anne, si no te vas por tus propios pies voy a arrastrarte hasta tu habitación.

Anne enrojeció de la rabia, pero no iba a permitir que Joss la dejara en ridículo.

—Me voy, pero él me acompaña —sentenció Anne, se acercó a Finn y cogió su mano.

—Ve a la casa, Anne, voy a hablar con Joss, no te preocupes —la tranquilizó Finn, apretando su mano con ternura.

—Suéltala Cavendish.

—Soy yo la que lo tiene tomado —dijo Anne.

—Pues suéltalo, mujer, y ve que madre te está esperando.

Anne volvió a mirar a Finn, él asintió con la cabeza y gesticuló un: no te preocupes, y se zafó del agarre de la muchacha.

—Jamás voy a perdonarte —murmuró Anne entre dientes cuando pasó juntó a Joss.

Mientras Anne caminaba hacia la casa, el enojo hervía en su interior, sus pasos eran rápidos y decididos. Joss había sido muy duro. Sus palabras resonaban en su mente. A pesar de su frustración, no podía evitar una profunda preocupación que se asentaba en el fondo de su enfado. La tensión entre Joss y Finn no era solo un conflicto personal; era una amenaza que podía poner en peligro la estabilidad de todo lo que había intentado construir.

La sombra de su preocupación la acompañaba mientras se acercaba a la casa, preguntándose cómo podrían resolver esta situación antes de que se volviera irreversible. Con cada paso, el

enojo se mezclaba con un sentimiento de desasosiego, mientras trataba de encontrar una solución.

Anne abrió la puerta de su habitación con una mezcla de resignación y ansiedad. La luz de la luna se filtraba a través de las cortinas. Allí, sentadas cerca de la ventana, estaban su madre y Betsy. La presencia de ambas era inconfundible; la serenidad de su madre contrastaba con la inquietud en el rostro de Betsy. La mirada expectante de su madre, así como la preocupación de su hermana, la hicieron sentir de inmediato la carga de una conversación inevitable. Reese entró de golpe y cerró la puerta con un suave movimiento. Anne comenzó a caminar de un lado a otro, en silencio.

—Anne, querida, tranquilízate —dijo Lady Fitzroy—. Resse, ve allá, asegúrate de que Joss no cometa un crimen.

—¡Mamá! —chilló Anne, frenando de golpe.

—Hija, por favor, es solo una manera de hablar —se justificó Lady Fitzroy.

—Solo estábamos hablando…

—El problema en esa oración es el "solos" —dijo Betsy.

—¡Cállate, Betsy! —vociferó Anne.

Betsy, con su cabello dorado recogido en un elegante moño y sus ojos brillando con la inocencia de su juventud, estaba a punto de cumplir diecisiete años. La emoción de su inminente presentación en sociedad la llenaba de una mezcla de nerviosismo y anticipación. Soñaba con ser madre y formar una familia, anhelando el cálido abrazo de la maternidad que visualizaba con un amor y devoción que contrastaba con la naturaleza más independiente de su hermana Anne. Betsy encontraba alegría en las perspectivas tradicionales de su futuro, con la esperanza de un matrimonio que le permitiera abrazar el rol de esposa y madre con pasión y dedicación.

Anne, por otro lado, había dedicado su vida a la astronomía, persiguiendo la independencia y el conocimiento con una intensidad que contrastaba con los sueños más domésticos de su hermana menor. Aunque no rechazaba la idea del matrimonio, buscaba algo más allá de un simple vínculo romántico: deseaba una conexión profunda, una alianza en la que su pasión y la búsqueda de su independencia fueran comprendidos y apreciados. Mientras Betsy soñaba con el cálido hogar familiar, Anne se aferraba a la esperanza de encontrar a alguien que compartiera su fascinación por el cosmos y su deseo de marcar una diferencia.

—Hijas… —siseó lady Fitzroy—no griten que su padre está descansando —las regañó—, no se ha sentido bien en estos días, además, tenemos que guardar la compostura, no quiero que los sirvientes escuchen y hagan correr el chisme…

—No hay chisme, mamá, no ha pasado nada —se defendió Anne.

—Claro, yo confío en tí, pero conoces las reglas, mi niña…

—¿Qué pasó? —preguntó Hope, entrando a la habitación de Anne con Dawn de la mano.

—Nada, hija, ve a dormir, es tarde para que mi bella niña, la luz de los ojos de su abuela esté despierta —dijo Lady Fitzroy, y cogió entre sus brazos a Dawn.

Anne caminó hasta la ventana, corrió la cortina y se quedó mirando hacia el jardín. Nadie volvió a hablar, lo único que se escuchaba eran los repetitivos suspiros de la joven Fitzroy.

—Deja de hacer ese ruido, Anne —la reprendió Betsy—, es molesto.

—Pues vete de aquí, nadie te invitó —replicó Anne.

—Te haces la enojada para que no te castiguen, pero cuando padre se entere no te vas a salvar…

—Betsy, cariño —la interrumpió lady Fitzroy—, no vamos a molestar a tu padre con algo tan insignificante, estoy segura de que Joss sabrá manejar el asunto y mañana, esto será un mal trago

que todos olvidaremos.

—Pero, mam…

—Que todos olvidaremos, Betsy —insistió lady Fitzroy—, no se volverá a hablar del asunto en esta casa, ni en ningún otro lugar, ¿comprendes?

—Sí, madre —respondió Betsy.

—Ve a dormir, hija, mañana será otro día.

Hope, Betsy y Dawn se fueron, mientras Anne y su madre esperaron noticias de Joss, Finn y Resse.

No tardó en volver a abrirse la puerta, Resse entró con aspecto tranquilo, seguido por Joss que le echó una mirada de reproche a Anne.

—Anne, no puedo creer que hayas sido tan descuidada, sabes la reputación de ese hombre, no es alguien que quiera cerca de ninguna mujer, menos de mis hermanas…

—Él no ha hecho nada, Joss…

—Nada bueno, querrás decir, pero todo está solucionado, no volverá a acercarse a ti, le dejé muy claro que…

—Deja los detalles para ti y el muchacho —dijo lady Fitzroy—, lo importante es que no se armará ningún escándalo.

—Todo está en órden, madre —la tranquilizó Resse—. Es mejor que vayamos a dormir, fue una noche bastante movida y todos estamos cansados.

—Mañana hablaremos, Anne —la amenazó Joss.

—Tú no me mandas —dijo Anne.

—Eso está por verse, hermana —refutó su hermano mayor.

***

Lord Fitzroy, consciente de que su salud se debilitaba con cada día que pasaba, decidió convocar a una reunión familiar. Sentado en su escritorio, con la penumbra de la mañana colándose por las ventanas de su estudio, miró con gravedad las cartas y documentos esparcidos ante él. Sabía que el tiempo era un lujo que ya no podía permitirse. Los dolores que lo mantenían postrado en la cama durante largas horas no eran meras molestias pasajeras; eran el presagio de un final que se acercaba irremediablemente. Por eso, convocó a una reunión en el salón principal al caer la noche.

Cuando todos se reunieron, la tensión en el aire era palpable. Anne, Joss, Rees, y Betsy intercambiaban miradas preocupadas, mientras Lady Fitzroy Hope permanecían de pie, con el rostro sereno, pero sus ojos se podían ver reflejada la angustia. Cuando Lord Fitzroy entró el silencio se adueñó de la sala. Cada paso del patriarca llevaba el peso de la inevitabilidad, y todos sabían que esta reunión marcaba un punto de no retorno para la familia.

Lord Fitzroy cerró la puerta tras él, y todos se acomodaron en los sofás. Siete pares de ojos curiosos y expectantes se posaron en él, incluida Dawn, aunque sin comprender del todo la situación. La niña se sentó en las piernas de su padre, atenta a las palabras de su abuelo. Con cuidado, Lord Fitzroy tomó asiento, aclaró su garganta y comenzó a hablar.

—Necesito que me escuchen con atención —dijo—. No hagan preguntas ni me interrumpan hasta que termine.

Dawn le envió un beso, y su abuelo le devolvió el gesto.

—Por favor, padre, ¿qué sucede? —preguntó Resse.

—Creo que Dios me ha concedido el favor de tenerlos a todos aquí —continuó lord Fitzroy—. Mi salud… está en declive, es por eso que quiero poner mis asuntos en manos de Joss para retirarme y descansar. Es una manera conveniente de que él comience a aprender bajo mi atenta mirada y guía, preparándose para asumir su papel como cabeza de familia y futuro conde.

—Pero es solo una gripe, padre —intervino Hope esperanzada—. Seguro que en un par de días estará bien, y podremos celebrar el cumpleaños de Anne.

—Por supuesto que celebraremos el cumpleaños de Anne —aseguró lord Fitzroy—. Pero también quiero festejar su compromiso. Después de mucha reflexión y consultas con Joss y vuestra madre, hemos decidido aceptar la propuesta de matrimonio de lord Radcliffe.

—¿Qué? ¿Por qué? —exclamó Anne—. Mi opinión no parece importar. No quiero, padre, me niego.

—Nadie más ha pedido tu mano —respondió lord Fitzroy—. Y esta es tu última temporada. Solo quiero asegurar tu futuro. Lord Radcliffe es un buen partido: no es un jugador empedernido, no tiene deudas y cuenta con un patrimonio aceptable. Podrá ofrecerte la vida que mereces…

—Prefiero recluirme en un convento —murmuró Anne.

—Anne, no ves que padre está enfermo —intervino Betsy—. Deja de lado tu egoísmo y acepta lo que se te dice, por una vez en tu vida compórtate como un ser humano normal.

Anne contuvo el llanto, mirando a su padre con el rostro compungido. Un par de lágrimas surcaron sus mejillas, incapaz de contener su pena.

Lord Fitzroy se removió en el asiento, el peso de los años y las decisiones acumuladas eran una carga que ya no podía soportar. Había sido un padre benevolente, demasiado indulgente quizás. Él y su esposa, en su afán por criar hijos felices, habían cedido ante las demandas y caprichos de Anne. La niña, con su espíritu indomable, había crecido bajo la sombra protectora de la comprensión, pero ahora, ante la perspectiva de un matrimonio concertado, su rebeldía se alzaba como una tormenta en el horizonte.

«¿Hemos sido demasiado blandos?», se preguntó lord Fitzroy.

Confió en que el amor y la libertad guiarían a sus hijos hacia un futuro brillante. Pero Anne, con su actitud desafiante y su corazón indomable, se convirtió en una gran preocupación.

«¿Había llegado el momento de corregir el rumbo? ¿De imponer la autoridad que hasta ahora había evitado?», meditó apenado el conde.

La mirada de Anne, llena de lágrimas contenidas, le recordó la fragilidad de los lazos familiares. Quizás era hora de aceptar que su papel como padre no era solo otorgar libertad, sino también guiar con firmeza. Lord Fitzroy se secó los ojos con el dorso de la mano.

—¿Ya han hablado con él? —preguntó Anne, y fijó su vidriosa mirada en la de su padre.

—Lo haremos después de tu cumpleaños —le informó Joss.

—Entonces, no puedo decir nada más. Será como ustedes quieran —aceptó Anne, resoplando y agachando la cabeza para ocultar su dolor.

—Resse, tu vida está resuelta, y estoy orgulloso de ti. Me gustaría que nos visitaras más a menudo —dijo lord Fitzroy—. Betsy, el próximo año serás la debutante más hermosa, y espero estar presente en ese momento. Pero si no llego, confío en que Joss será un excelente representante. Hope, eres mi pequeño rayo de sol; llegaste a nuestras vidas para bendecirnos con amor y ternura. Y tú, mi bella esposa, eres la razón por la que me levanto cada día. Ver tu rostro y tu sonrisa me da la fuerza para seguir luchando. Me haces feliz y me diste lo mejor que el amor puede ofrecer: esta familia unida y amorosa. Y cómo olvidarme de ti, mi pequeña Dawn; tu luz vino a iluminar el ocaso de mi existencia.

—Anne, entiendo tus sentimientos, pero debes comprender que esta decisión no se tomó a la

ligera. Lord Radcliffe es un hombre honorable, y su propuesta es un paso pragmático para asegurar tu futuro. La vida en sociedad no siempre permite que sigamos nuestros corazones. A veces, debemos ceder a las circunstancias —dijo Joss.

Anne, con los ojos aún húmedos, asintió en silencio, su rebeldía se desvanecía ante la realidad ineludible.

—Joss —continuó Lord Fitzroy, dirigiéndose a su hijo—, confío en que guiarás a nuestra familia con sabiduría y honor. Aprende de mis errores.

Joss asintió solemne, consciente de la responsabilidad que recaía sobre sus hombros.

—Y tú, Anne —Lord Fitzroy miró a su hija—, sé una hermana leal, tienen que apoyarse en los momentos difíciles. Estoy orgulloso de ti, eres inteligente y decidida, rasgos necesarios para afrontar los problemas y asumir con estoicismo tus deberes.

Anne asintió con seriedad.

—Hope, mi pequeña luz —Lord Fitzroy sonrió—, sigue brillando en la vida de todos. Eres el faro que nos guía.

Hope esbozó una tímida sonrisa, sin comprender del todo la gravedad de la situación.

—Dawn —Lord Fitzroy acarició la cabeza de la niña—, crecerás rodeada de amor y cuidado. Nunca olvides tus raíces ni la fuerza de esta familia.

Dawn depositó un beso en la mano de su abuelo, sin saber que aquel momento quedaría grabado en su memoria para siempre.

La sala quedó sumida en un silencio cargado de emociones. Anne, con el corazón en un puño, se aferró a la idea de que quizás, en algún rincón del futuro, encontraría la felicidad en un matrimonio concertado.

Y así, bajo la atenta custodia de retratos ancestrales y la sombra de decisiones inevitables, la familia Fitzroy se preparaba para un nuevo capítulo en su historia.

Capítulo 15

Finn avanzaba con parsimonia hacia la puerta de la casa de Marianne. Cada paso lo acercaba más a un destino que nunca había deseado. Los recuerdos de Thomas, su amigo querido, lo asaltaron con una intensidad dolorosa, mezclándose con las palabras de Richard, quien le había confesado su afecto hacia Marianne. Finn sabía que aquel amor era sincero; lo había visto en sus ojos, en la manera en que su voz se quebraba al hablar de ella. ¿Cómo podía ahora presentarse ante Marianne, cuando su presencia era una traición al cariño de su amigo muerto y a la confianza de Richard?

El peso del ultimátum de su padre presionaba su pecho como una mano fría e implacable. —Es ella o el deshonor—, había dicho el conde, en tono inflexible. Finn sentía que lo ahogaba la obligación y la desesperación, atrapado en una red tejida por el deber, el pasado y un futuro que no podía aceptar. Al detenerse frente a la puerta de Marianne, respiró hondo, intentando calmar el tumulto que rugía en su interior. Pero la sensación de que estaba traicionando a todos, incluido a sí mismo, se negaba a desaparecer.

Con una última mirada al cielo nublado, donde las nubes parecían reflejar el conflicto dentro de él, levantó la mano y tocó la puerta, sabiendo que lo que le esperaba al otro lado era la culminación de todo lo que temía. Lady Worthington lo guió hasta la sala de estar donde Marianne se encontraba sentada en un sofá, mirando pensativa por la ventana. Finn entró con una expresión seria, pero amable. Se acercó a Marianne y tomó asiento en el sillón frente a ella.

—Marianne —comenzó Finn con voz suave una vez que los dejaron solos—, quiero disculparme por no haber venido antes, pero no estaba preparado para enfrentarme al pasado. A tu mirada triste, que me recuerda lo estúpido que fui…

—Eran jóvenes, Finn, fue un accidente, nadie tuvo la culpa —dijo ella en tono conciliador.

—Fui yo quién insistió para hacer esa carrera, no sé en qué estaba pensando, había bebido tanto que mi mente no funcionaba con claridad, me disculpo, Marianne, por haberte arrebatado la felicidad, él estaba perdidamente enamorado de ti, iba a pedir tu mano…

—También te quería a ti, Finn, y a Richard, eran como hermanos para Thomas, eran su tema favorito de conversación, adoraba tu audacia, tu valentía e inteligencia, aunque a veces no soportaba que fueras tan arrogante y testarudo —soltó una risa amarga.

—Yo no merezco ser feliz, ni formar una familia, se lo arrebaté, te arrebaté a ti esa posibilidad, mi condena es morir sin descendencia…

—Deja el drama, Finn, es evidente que sientes algo por lady Fitzroy, si no se lo dices, te lamentarás toda tu vida, y sé, por la forma en que te miraba en el baile, que también siente algo por ti, y no es solo amistad o gratitud, en sus ojos percibí la misma intensidad con que Thomas y yo nos mirábamos.

—Marianne, sé que nuestros padres han decidido que debemos casarnos. Pero... no puedo hacerlo. No puedo casarme contigo.

Marianne parpadeó, sorprendida, pero no molesta. Una pequeña sonrisa apareció en sus labios.

—Me alegra que me lo digas. Porque, la verdad, yo tampoco quiero casarme contigo.

Finn sintió que se desprendía de un gran peso.

—¿De verdad? ¿Por qué no dijiste nada antes?

Marianne desvió la mirada, mordiéndose el labio.

—Porque no quería decepcionar a nuestros padres. Pero ahora que estamos hablando con sinceridad, debo confesarte algo. Desde que me impusieron este matrimonio, he descubierto que en realidad siento algo por Richard. Sin embargo, sé que él solo me aprecia por el recuerdo de Thomas.

Finn se quedó en silencio por un momento, asimilando la revelación.

—Marianne, me alegra que ambos seamos honestos.

—Así es. No sería justo para ninguno de nosotros continuar con este asunto.

Finn sonrió, aliviado.

—Gracias, Marianne. Y tú, ¿qué harás con Richard?

Marianne suspiró, y lo miró con tristeza.

—No lo sé. Pero creo que lo mejor es darle tiempo y espacio. Si realmente me quiere, lo sabremos con el tiempo. Y si no... bueno… —suspiró—, al menos habré sido sincera conmigo misma.

—Tus sentimientos son correspondidos, necesitan hablar. Piénsalo, Marianne, él nunca se ha comprometido, estuvo a tu lado estos cincos años…

Marianne tomó la mano de Finn entre las suyas.

—¿De verdad crees que él tenga sentimientos hacia mí?

—Estoy seguro —afirmó Finn.

Luego de hablar por un largo tiempo, Finn se puso de pie y se abrazaron. Sabían que sus caminos tomarían direcciones diferentes, pero estaban agradecidos. Se despidieron con una comprensión renovada y un propósito fresco en sus corazones.

***

El tic tac del reloj era el único sonido que rompía el tenso silencio en el despacho. Finn estaba de pie frente al escritorio de su padre, con una expresión de desafío en el rostro. Lord Newshire, con su semblante severo, miraba fijamente a su hijo.

—¿Qué diablos ha pasado, Finn? —exclamó Lord Newshire, golpeando la mesa con su mano —. Marianne ha rechazado casarse contigo. ¿Qué has hecho?

Finn respiró hondo, tratando de mantener la calma.

—Padre, no es mi culpa. Marianne y yo hemos decidido juntos que no nos casaremos. No hay amor entre nosotros, y eso es lo más importante.

Lord Newshire lo miró con incredulidad y desprecio.

—¡Amor! ¡Bah! No me hables de amor —gruñó—. Desde cuando los matrimonios se basan en eso, no estamos hablando de un romance de cuentos de hadas. Has desperdiciado una oportunidad dorada.

Finn apretó los dientes, sintiendo la rabia crecer dentro de él.

—Padre —tomó aire antes de continuar, midiendo sus palabras—, no puedo forzarme ni forzar a alguien a casarse conmigo. Marianne siente lo mismo. Ambos merecemos ser felices.

Lord Newshire se levantó con brusquedad de su silla, tenía el rostro rojo por la ira.

—Eres un inútil, Finn. Siempre lo has sido. ¡Marianne rechazó casarse contigo porque eres un fracaso!

Finn sintió como si una cuchilla le atravesara el pecho, pero se mantuvo firme.

—No, padre. Marianne rechazó el matrimonio porque ambos sabemos que no seríamos felices juntos. No puedes obligar a dos personas a estar juntas solo por tu ambición.

Lord Newshire se acercó a Finn.

—Si no puedes cumplir con tus deberes —escupió con rabia—, entonces no tienes lugar en esta casa. Ya no te quiero aquí. Empaca tus cosas y vete. No vuelvas hasta que aprendas a ser el hombre que espero que seas.

Finn sintió una mezcla de dolor y liberación al escuchar esas palabras. Sabía que este momento llegaría, pero no esperaba que fuera tan doloroso.

—Está bien, padre —dijo con voz temblorosa, pero decidida—. Me iré.

Sin esperar una respuesta, Finn dio media vuelta y salió del despacho, sintiendo el peso del mundo sobre sus hombros. Mientras caminaba por los pasillos de la casa que había sido su hogar, recuerdos de su infancia y de su familia pasaron por su mente.

Subió las escaleras hasta su habitación, donde comenzó a empacar sus pertenencias. No sabía a dónde iría, pero una cosa estaba clara: tenía que encontrar su propio destino, lejos de la sombra de su padre.

Con su maleta en la mano, Finn bajó las escaleras por última vez y salió por la puerta principal. Mientras caminaba hacia el horizonte, sintió una extraña mezcla de tristeza y esperanza. Sabía que el camino por delante sería difícil, pero también sabía que, por primera vez, estaba tomando las riendas de su propia vida.

***

Había caminado durante horas, dejando atrás la casa de su familia. Ahora, se encontraba en una encrucijada, y solo una persona podía ayudarlo en este momento de incertidumbre: su mejor amigo, Richard.

Golpeó la puerta con fuerza, esperando con nerviosismo hasta que un mayordomo apareció y lo condujo al salón principal, donde esperó a Richard.

—¡Finn! —exclamó Richard, al verlo de pie junto a la chimenea—. ¿Qué haces aquí a esta hora? ¿Ha pasado algo?

Finn, con una expresión cansada, asintió.

—Richard, necesito tu ayuda. —Dejó su equipaje en el suelo y caminó hacia su amigo—. Mi padre me ha echado.

Richard frunció el ceño y se acercó a Finn.

—Puedes quedarte aquí todo el tiempo que necesites. Pero, ¿qué ha pasado? ¿Por qué te ha echado?

Finn suspiró y se dejó caer en una silla, aplastado por el peso de los últimos eventos.

—Marianne no aceptó el compromiso, mi padre cree que fue por algo que hice, cree que arruiné mi única oportunidad de ser alguien respetable y no quiere que vuelva a la casa hasta que no demuestre que he cambiado.

Richard lo miró con sorpresa, pero sin juzgarlo.

—¿Y Marianne? ¿Qué siente ella?

Finn tomó aire antes de continuar.

—El afecto de Marianne está dirigido a ti, Richard. Pero jamás te lo dirá, porque cree que solo la aprecias por el recuerdo de Thomas.

Richard se quedó en silencio, procesando la información. Finalmente, se sentó frente a Finn, con una expresión pensativa.

—No sabía... No tenía idea de que Marianne sintiera algo por mí…

Finn lo miró con seriedad.

—Richard, Marianne necesita saber la verdad. No puedes dejar que ella siga pensando que

solo la ves como una extensión de Thomas. Si sientes algo por ella, debes decírselo.

Richard asintió con lentitud, comprendiendo la urgencia de la situación.

—Tienes razón, Finn. No puedo dejar que Marianne siga sufriendo en silencio. Iré a verla y le diré lo que siento.

Finn sonrió, y una chispa de esperanza comenzó a iluminar la oscuridad en la que se encontraba envuelto.

—Hazlo, Richard. No dejes que el miedo o la duda te detengan. Marianne y tú también merecen ser felices.

Richard se levantó.

—Gracias, Finn. Y tú, ¿qué harás ahora?

Finn se encogió de hombros.

—No lo sé. Pero no puedo volver a casa.

Richard le dio una palmada en el hombro.

—Eres más fuerte de lo que crees. Y siempre tendrás un lugar aquí, en mi casa.

Finn sonrió, sintiendo una cálida gratitud por la amistad de Richard.

—Gracias, amigo. No sabes cuánto significa esto para mí.

Richard asintió, en sus ojos se reflejaba una sincera amistad y apoyo.

—Somos amigos, Finn. Siempre estaremos ahí el uno para el otro.

Con un último apretón de manos Richard se preparó para salir en busca de Marianne, mientras Finn se acomodaba en la casa de los Percy, sintiendo que, por primera vez en mucho tiempo, estaba en el camino correcto.

Capítulo 16

El salón principal de la mansión Fitzroy, decorado con guirnaldas de flores frescas y velas aromáticas, creaba una atmósfera de celebración y elegancia. La fiesta de cumpleaños estaba en pleno apogeo, y los invitados disfrutaban de la música, el baile y la conversación. Anne, que lucía un impresionante vestido color marfil, intentaba mantener una sonrisa mientras saludaba a los invitados.

Finn la contemplaba desde la penumbra de un rincón. Los rumores sobre el inminente compromiso de Anne con lord Radcliffe habían llegado a sus oídos, y los celos lo devoraban. ¿Qué futuro les aguardaba en ese mundo de bailes, guantes blancos y miradas furtivas? El destino, caprichoso y cruel, tejía su propia danza, y Finn se debatía entre el deber y el deseo. Decidido a confesarle sus sentimientos, se acercó a Anne cuando la vio sola, junto a una mesa adornada con una espectacular tarta de cumpleaños.

—Anne, ¿podemos hablar? —preguntó, con firmeza.

Anne se volvió hacia él, lo observó con una expresión neutral, y cruzó los brazos sobre el pecho y una leve inclinación hacia atrás, como si necesitara mantener una distancia segura.

—¿Qué quieres, Finn? —respondió con frialdad. Se sorprendió al verlo ahí. Lo que sucedió con lady Marianne había sido la comidilla de todo Londres los últimos días.

—He oído rumores sobre tu compromiso con lord Radcliffe —dijo Finn, luchando por mantener la calma—. ¿Es cierto?

—Sí, es cierto. —Anne levantó el mentón, intentando mantener la compostura—. Mi familia cree que es lo mejor para mí, y para ellos también —contestó, aunque su voz temblaba ligeramente.

—¿Y eso es lo que tú quieres? —Finn apretó los puños, controlando su frustración—. ¿Casarte con ese energúmeno?

—¿Y tú, Finn? —Anne lo miró con dureza, y contraatacó—: ¿Qué hay de tu compromiso con lady Marianne? Parece que ambos estamos destinados a matrimonios forzados.

—Ya sabes que no voy a casarme con Marianne —replicó.

Anne sintió un nudo en la garganta, su corazón latía con fuerza.

—¿Qué sugieres que haga? —preguntó, con la voz quebrada—. ¿Desafiar a mi familia?

Estaba confundida, tampoco él había pedido su mano, ¿qué quería? Le había dejado claro que su deseo era huir de Londres, volver al desierto, lugar del que no debió regresar.

—Anne —Finn dio un paso hacia ella, y mirándola a los ojos le confesó—: el afecto que siento hacia ti es más grande de lo que pensaba. No puedo soportar la idea de que te cases con Radcliffe, sabiendo que te estoy perdiendo.

Anne sintió cómo las lágrimas amenazaban con derramarse.

—Finn... —susurró, luchando por encontrar las palabras adecuadas—. No sé qué hacer. Estoy tan...

Antes de que pudieran decir más, un grupo de invitados se acercó para felicitar a Anne, interrumpiendo su conversación.

—Milady, feliz cumpleaños, también le deseo lo mejor y expreso mi alegría por su compromiso con lord Radclif, espero que sea muy feliz —dijo la mujer, e hizo una reverencia con la cabeza.

Finn se apartó, aunque estaba desesperado por hablar con ella, no soportaba la idea de que piense que él era un cobarde.

Anne lo vio marcharse, con su corazón dividido entre el deber hacia su familia y sus propios sentimientos. Sabía que las próximas semanas serían cruciales, y que tendría que tomar decisiones que podrían cambiar su vida para siempre. Cuando pudo se refugió en la biblioteca, buscando un momento de tranquilidad lejos de la fiesta. Las estanterías llenas de libros le proporcionaban una sensación de seguridad y consuelo que con desesperación necesitaba. Después de la conversación inconclusa con Finn, estaba abrumada por la ansiedad, y el silencio del lugar la ayudaba a calmar sus pensamientos. Mientras paseaba por la biblioteca, acariciando los lomos de los libros con los dedos, la puerta se abrió y se cerró con un suave clic. Anne se giró, y su corazón se aceleró al ver a lord Radcliffe. Supo al instante que este encuentro sería tan incómodo como inevitable.

—Lady Anne, qué agradable sorpresa encontrarla aquí —dijo el hombre, y esbozó una sonrisa que no alcanzaba sus ojos.

Anne intentó mantener la compostura, aunque tenía ganas de salir a correr, algo en la forma en que él la miraba no le dio buena espina.

—Lord Radcliffe. ¿Puedo ayudarlo? —respondió con tranquilidad, pero con un toque de frialdad.

Lord Radcliffe dio unos pasos hacia ella, sus ojos recorrieron la habitación antes de volver a centrarse en Anne.

—Quería hablar con usted en privado, lejos del alboroto de la fiesta. —dijo, con formalidad—. Creo que es momento de discutir nuestro futuro.

Anne sintió un nudo en el estómago. Sabía que esta conversación era inevitable, pero eso no la hacía menos fastidiosa.

—Nuestro... futuro… —repitió, intentando ganar tiempo mientras ordenaba sus pensamientos —. No estoy segura de estar lista para discutir esto ahora.

Lord Radcliffe alzó una ceja y, con expresión imperturbable dijo:

—Entiendo que pueda sentirse abrumada, milady. Pero nuestros padres han llegado a un acuerdo, y debemos respetar sus deseos. Este matrimonio es lo mejor para ambas familias.

Anne sintió un destello de ira ante su tono condescendiente. Respiró hondo, intentando mantener la calma.

—Entiendo las expectativas de nuestras familias, pero no puedo ignorar mis propios sentimientos. Este compromiso no es algo que desee.

Lord Radcliffe la miró con desaprobación.

—Milady —chasqueó la lengua—, ¿acaso tiene otra opción?

—¿Y qué pasa con mis deseos y mis sueños? —Sus ojos, normalmente cálidos y acogedores, eran ahora dos centellas de ira contenida.

Lord Radcliffe frunció el ceño, mostrando impaciencia.

—Debe entender que en nuestro mundo, el deber está sobre los deseos individuales. Es hora de que acepte su papel y actúe en consecuencia.

Anne fijó la mirada en el suelo, sin saber hacia dónde dirigir su energía, mientras su mente daba vueltas buscando una solución que no llegaba.

—No puedo, Lord Radcliffe. —Cada movimiento que hacía, cada gesto, delataba su enojo. Respiraba con dificultad, tratando de controlar su furia, pero cada intento parecía avivar más su rabia—. No puedo aceptar un matrimonio sin considerar mis propios sentimientos.

Lord Radcliffe suspiró, dando un paso más cerca.

—Lady Anne, le ruego que lo considere. Nuestras familias han puesto grandes esperanzas en esta unión.

—Lo siento, Lord Radcliffe —murmuró con la voz temblorosa por la emoción contenida—, pero debo ser fiel a mí misma. No puedo aceptar este compromiso.

Lord Radcliffe la observó por un momento, luego asintió con lentitud.

—Sus sentimientos ya no importan, milady, el conde ha dado su palabra. Quiera o no, esto va a suceder, se casará conmigo, y cuando sea mi esposa, tendrá que dejar de actuar como una niña malcriada. —Con esas palabras, se acercó a ella.

Anne cerró los ojos, respirando de manera entrecortada, el miedo como una oleada de agua fría le subió desde los pies y la dejó inmóvil.

Lord Radcliffe le cogió el mentón con fuerza, obligándola a que lo mirara.

—Creo, milady, que ya nos conocemos bastante, pasaremos directamente al compromiso, sin embargo, me gustaría probar sus labios antes de que la noche termine —susurró, acercando su rostro al de ella.

—¡Suélteme! —gritó Anne, e intentó empujarlo.

—Aunque quiera demostrar lo contrario, es usted débil como cualquier mujer, no la voy a soltar, contamos con la aprobación de nuestras familias, un beso no significa nada…

—Usted me da asco, pienso tirarme al Támesis antes de unir mi vida a la suya —gritó Anne, y volvió a empujarlo—. ¡Suélteme, se lo ordeno!

—Creo que Lady Anne ya ha dejado clara su posición, Radcliffe —gruñó Finn desafiante.

Finn dio un paso adelante, interponiéndose entre los dos. Con un empujón apartó a Radcliffe que retrocedió unos pasos antes de recuperar el equilibrio y, con el semblante atónito, observó la mirada salvaje de su contrincante.

—Anne, ¿estás bien? —preguntó Finn.

Lord Radcliffe frunció el ceño, sus ojos destilaban desdén.

—Newshire, no es su asunto, manténgase al margen.

—Me temo que sí lo es —replicó Finn, y le propinó un puñetazo—. No permitiré que manche el honor de lady Anne.

Radcliffe respondió, tomando por sorpresa a Finn, tirándolo al suelo.

—¡Basta! —gritó Anne, y se agachó para socorrer a Finn.

—¡Santo cielo! Estás sangrando —exclamó desesperada.

—Estoy bien, no es nada —dijo Finn, y se puso de pie con agilidad, volviendo a golpear a Radcliffe. Esta vez fue él quien se desplomó.

Antes de que la situación pudiera escalar, Resse intervino, habiendo sido testigo de la interacción.

—Lord Radcliffe —dijo Resse, con una firme calma—. He visto suficiente. Si no quiere que le rompa la cara, se va a ir y jamás volverá a acercarse a mi hermana, ni siquiera le dirigirá la mirada, si la ve en la calle, cruzará a la otra acera, si ella está en una fiesta, se irá, jamás volverá a respirar el mismo aire que ella. En Escocia me he dedicado a practicar boxeo, y no dudaré en usar mis conocimientos para hacerle entender —amenazó al hombre—. Me encargaré de que sus acciones de esta noche lleguen a oídos de mi padre, no voy a permitir que mi hermana se case con alguien como usted.

Lord Radcliffe se puso de pie, apretó los dientes y se llevó la mano a la nariz sangrante, sabiendo que no tenía más remedio que retirarse. Con una última mirada de desaprobación, se dio la vuelta y se alejó. Resse se volvió hacia Anne, suavizando su expresión.

—¿Te ha hecho daño? —volvió a preguntar Finn.

Anne negó con la cabeza y rompió a llorar antes de echarse en sus brazos.

—Anne —dijo Resse—, es mejor que vuelvas a tu fiesta, me encargaré de que Lord Radcliffe

mantenga la boca cerrada y que jamás vuelva a acercarse a ti —aseguró.

Anne asintió y bajó la cabeza. Lo único que aliviaba su tormento era que se había librado del compromiso con aquel hombre que nunca le cayó en gracia.

—Anne —insistió Finn, cogiendo sus manos entre las de él—, ¿estás bien?.

El corazón de Anne retumbaba en su pecho con una intensidad desconocida. Con lentitud levantó el rostro y sus ojos se encontraron con los de Finn.

—Estaré bien, muchas gracias, pero tú —murmuró con suavidad, y llevó una mano al rostro del hombre.

—Él está peor —bromeó Finn, y se limpió la nariz con la manga de su saco.

—Dios me perdone, pero había fantaseado con romperle la nariz —confesó Anne.

Resse sonrió, dando una palmada a Finn en el hombro.

—Bien, entonces es mejor que vuelvas a tu fiesta, Anne, que nadie se percate de lo que acaba de suceder. Y no te preocupes por él. —señaló a Finn—. Voy a ayudarlo.

Anne y Finn se miraron por última vez antes de despedirse en silencio.

Capítulo 17

Anne estaba en el salón familiar, enfrentándose a las miradas severas de su madre y su hermano mayor, Joss. Había algo roto en su corazón, se preguntó si la perversidad había sido una constante en la vida de Lord Radcliffe. Dejó escapar un profundo suspiro. Era un hombre enfermo, sin lugar a dudas y, a pesar de sentir que estaba frente a un pelotón de fusilamiento, el alivio de haberse librado de la vida que iba a llevar junto a ese monstruo era más poderoso que los nervios.

—¿Qué demonios estabas pensando? —le recriminó Joss—. ¡Hacer correr a lord Radcliffe de esa manera!

Anne levantó la mirada, parecía una niña que esperaba una reprimenda, o peor aún, una paliza.

—No fue así, Joss. Hay más en la historia de lo que crees —intentó explicar Anne.

Lady Fitzroy, de pie junto a la chimenea, la miraba con desaprobación, con los brazos cruzados sobre el pecho y el ceño fruncido.

—Anne, no puedo creer que hayas actuado de manera tan imprudente en tu propia fiesta de cumpleaños. ¿Qué pensarán los invitados? —dijo Lady Fitzroy con voz fría.

Anne abrió la boca para replicar, pero fue interrumpida por su padre, Lord Fitzroy, quien entró en la habitación con una expresión pacífica.

—Calmemonos un poco —dijo Lord Fitzroy, con voz firme, pero conciliadora—. Anne tiene derecho a explicar su versión de los hechos. —Tomó asiento en uno de los sillones. Se veía desmejorado, aunque intentaba disimular, mostrándose fuerte.

Joss bufó, pero se mantuvo en silencio, permitiendo que Anne hablara.

—Estaba en la biblioteca, sola. —Comenzó Anne, intentando mantener la calma—. Lord Radcliff llegó y se comportó de manera inapropiada...

Antes de que pudiera terminar, la puerta se abrió de golpe y apareció Resse, con el rostro endurecido y una chispa de determinación en sus ojos.

—Fue culpa mía —dijo, interrumpiendo a Anne y atrayendo la atención de todos—. Yo fui quien amenazó a Radcliff, y lo volvería a hacer.

Lady Fitzroy levantó una ceja, sorprendida por la intervención de Resse.

—¿Tú? ¿Por qué harías tal cosa? —preguntó Joss, aún incrédulo.

—Porque Radcliff se estaba comportando como un canalla —respondió Resse con firmeza—. No permitiré que ningún hombre trate a mi hermana de esa manera. Si hubiera sido por mí, le habría dislocado su horrible nariz para que su voz sonara un poco menos pedante.

Anne miró a Resse con gratitud, sintiendo una oleada de alivio. Su padre, Lord Fitzroy, asintió con lentitud, comprendiendo la gravedad de la situación.

—Resse, ¿puedes decirnos qué ocurrió? —pidió Lord Fitzroy, su tono ahora era más grave.

Resse respiró hondo y relató lo sucedido en la biblioteca, detallando cómo Radcliffe había intentado sobrepasarse con Anne y cómo Finn y él habían intervenido para protegerla. A medida que hablaba, la expresión de Joss pasó de la ira a la preocupación, y Lady Fitzroy pareció suavizarse un poco.

—Entiendo que las circunstancias eran difíciles —dijo Lord Fitzroy, volviéndose hacia Anne, e intentó esbozar una sonrisa—. Pero en el futuro, necesitamos encontrar maneras de manejar estas situaciones sin causar un escándalo. Sin embargo, agradezco que hayas defendido a tu hermana, Resse.

Anne miró a su padre con gratitud y, finalmente, Joss asintió, aunque todavía parecía

conflictuado.

—Iré a hablar con lord Radclife —gruñó Joss—. Tendrían que haberme llamado. Anne, jamás permitiría que alguien se aproveche de ti, de nadie. Tengo que poner en su lugar a ese hombrecillo insignificante. No sabe con quién se metió, haré que lo excluyan de los círculos sociales, tendrá que ir a buscar esposa a China.

Lady Fitzroy se acercó a Anne y dijo:

—Lamento haberte juzgado, querida. Pero por favor, sé más cautelosa en el futuro.

—¿Qué yo sea cautelosa? —inquirió Anne.

—Todos estamos confundidos y furiosos, pero debemos ser inteligentes y no agitar la situación, dejemos que esto… —Lord Fitzroy dejó la frase sin terminar, al ser interrumpido por su hija.

—Estoy de acuerdo con Joss —replicó Anne—. Es necesario desenmascarar a ese… —se mordió la lengua para no soltar un improperio—. No debemos dejar que ninguna jovencita caiga en su trampa, un hombre tan vil no merece formar una familia.

Resse asintió, y miró a Joss en busca de aprobación.

—Resse y yo nos encargaremos de eso, Anne, no te preocupes. Lo que siento es no haberme dado cuenta… —negó con la cabeza antes de caminar hasta Lord Fitzroy—, he fallado, padre, no puedes dejarme solo con tanta responsabilidad…

—Hijo —lo interrumpió Lord Fitzroy, y se puso de pie—, no estás solo, sigo aquí, los tropiezos son parte del aprendizaje. Tienes el apoyo de la familia, tu madre es la mejor consejera y Resse será tu apoyo incondicional —dijo, y colocó una mano sobre el hombro de Joss.

—Gracias a todos. Prometo que seré más cuidadoso —manifestó Joss.

Resse le dirigió una sonrisa comprensiva, y Anne supo que, sin importar lo que pasara, siempre tendría a su familia de su lado.

***

Una semana después del cumpleaños de Anne, ella se encontraba en el salón de té, absorta en sus pensamientos, cuando Hope se acercó con una esquela en la mano.

—Anne, me pidieron que te entregue esto —dijo Hope, y le pasó la correspondencia.

Anne la miró con curiosidad y tomó el papel. Al abrirla, reconoció de inmediato la caligrafía de Finn.

Querida Anne,

Antes de marcharme, me gustaría mostrarte la sorpresa que no pude enseñarte el día de la fiesta de caridad.

Te espero esta noche en la pérgola del extremo norte de la propiedad de tu padre.

Con afecto,

Finn.

El corazón de Anne comenzó a latir más rápido. Se preguntó qué podría ser esa sorpresa y por qué Finn había elegido ese momento para mostrarla. Con una mezcla de curiosidad y expectación, decidió que iría, sin importar las consecuencias.

—¿Quién te la dio?

—Lord Newshire me pidió que te la entregara, lo encontré esta tarde en el picnic. Lástima no quisiste ir, pasamos un hermoso momento…

—¿Estaba solo?

—Con lord Percy y Lady Marianne, no estuvieron tanto tiempo, él me entregó el sobre y se marcharon —le informó Hope.

—¿Qué dice la esquela? —preguntó la muchacha estirando el cuello para leer.

—Hope, necesito tu ayuda —dijo Anne, y guardó la nota entre las páginas del libro que tenía sobre su regazo.

—¡Qué romántico, seré tu celestina! —chilló Hope.

—Baja la voz —dijo Anne, y colocó el dedo índice sobre sus labios—. En realidad serás mi cómplice y encubridora.

—Perdón, soy una romántica perdida, debo dejar de leer a escondidas esas novelitas rosas, como las llama madre —se justificó Hope, y sonrió con picardía.

—Tendrás que cubrirme, me citó esta noche en la pérgola junto al lago.

Hope abrió los ojos con asombro y emoción.

—¡La pérgola junto al lago! —exclamó en un susurro emocionado—. Es el lugar perfecto para un encuentro clandestino. ¿Qué planeas hacer?

Anne la miró con determinación.

—Voy a ir, Hope. No puedo dejar pasar esta oportunidad. Pero necesito que me cubras.

Hope asintió con entusiasmo, sus ojos brillaban con complicidad.

—No te preocupes, Anne. Me encargaré de todo. Nadie sospechará nada. Pero, por favor, ten cuidado. No quiero que te metas en problemas.

Anne sonrió, agradecida por la lealtad de su hermanita.

—Gracias, Hope. Sabía que podía contar contigo. Ahora, debo prepararme.

Hope, con sus quince años, era una joven vivaz y llena de energía, cuyas charlas y sonrisas iluminaban cualquier habitación. Sus ojos, siempre brillantes con un destello de curiosidad y entusiasmo, reflejaban su amor por las novelas de romance que devoraba con pasión. Admiraba profundamente a su hermana mayor, viéndola como una heroína de los relatos que tanto disfrutaba. Para Hope, Anne no era solo su hermana, sino que también una musa que inspiraba sus sueños y aspiraciones con su amor por la astronomía y su indomable espíritu.

A pesar de la diferencia de edad que las separaba, compartían una conexión especial que trascendía los años. Hope encontraba en Anne una cómplice leal, una amiga con la que podía compartir sus secretos y anhelos más profundos. La joven escuchaba con atención y fascinación los divagaciones de Anne sobre los misterios del cosmos, absorbiendo cada palabra como si fueran fragmentos de una historia maravillosa. Para Hope, los relatos astronómicos de su hermana eran tan cautivadores como las tramas románticas de sus novelas favoritas, y la admiración que sentía por Anne fortalecía el vínculo especial entre ellas, haciendo que cada conversación se convirtiera en una aventura compartida.

Mientras Anne se levantaba y se dirigía a su habitación, Hope la observó con preocupación. Sabía que su hermana estaba dispuesta a desafiar a sus padres por amor, y eso la llenaba de orgullo. Pero también temía por las consecuencias que podrían enfrentar.

La noche cayó, y el silencio envolvió la casa Fitzroy. Anne, vestida con un sencillo pero elegante vestido, se deslizó fuera de su habitación y se dirigió hacia la pérgola junto al lago. El corazón le latía con fuerza mientras avanzaba por el jardín, iluminado solo por la luz de la luna.

Al llegar, encontró a Finn esperándola. La pérgola estaba adornada con flores y luces suaves, creando un ambiente casi mágico.

—Finn —dijo Anne, acercándose—. Recibí tu carta. ¿Qué es lo que querías mostrarme?

Finn se giró al escuchar su voz, una sonrisa cálida iluminaba su rostro. Por algún inexplicable motivo, se le aceleró el pulso.

—Gracias por venir, Anne. Hay algo que he estado queriendo mostrarte desde hace tiempo, algo que preparé especialmente para ti.

Se acercó a una mesa cubierta con una tela blanca y, con un gesto teatral, la retiró, revelando

un hermoso telescopio.

Anne se quedó sin aliento al ver el artefacto.

—Finn, es... es hermoso… —le había salido una voz chillona y aguda que no era propia de ella.

—Quería regalarte algo especial, algo que te recuerde lo valiosa que eres.

Anne sintió que sus ojos se llenaban de lágrimas. No solo por la belleza del regalo, sino también por el gesto, por el tiempo y la dedicación que Finn había puesto en él.

—Finn, no sé qué decir. Esto es... increíble… Gracias.

Finn se acercó un poco más, tomando la mano de Anne con suavidad.

—Quería que supieras cuánto te aprecio, Anne. Y antes de marcharme, necesitaba que vieras esto. Para que siempre recuerdes que tienes a alguien que te valora profundamente.

Anne apretó la mano de Finn, sintiendo una conexión más fuerte que nunca.

—Gracias, Finn. Esto significa mucho para mí. No te imaginas cuánto.

—Me alegra oír eso. —Finn sonrió, Anne lo tenía fascinado—. Quería que tengas un recuerdo mío que te hiciera sonreír, incluso cuando no esté cerca.

Anne miró el telescopio una vez más, sintiendo una cálida ternura en su corazón.

—¿Regresaras a Egipto? —indagó, apenada.

—No tengo nada que ofrecerte, Anne, no estoy en condiciones de darte la seguridad que necesitas, ni apoyarte para que realices tus sueños —respondió Finn.

—Me ofreces más de lo que nadie antes me ofreció, Finn, creo que si hablamos con mi padre…

—Joss no lo aceptaría, jamás obtendré su venia —la interrumpió Finn.

—Estoy segura de que podemos convencerlo, contamos con el apoyo de Resse —replicó Anne.

—¿Estás dispuesta a esperarme?

Anne agachó la cabeza. Finn se acercó y recostó su frente contra la suya. Ella levantó la vista hacia él, notando cada detalle de su rostro a la luz de la luna. Podía ver la determinación en sus ojos grises, la fuerza en su mandíbula apretada, su alborotada cabellera rubia, su piel, levemente bronceada, muy diferente a los pálidos hombres de Londres.

—Responde —insistió Finn.

—Claro que sí, pero sabes cómo son las cosas, si yo no… —negó con suavidad con la cabeza —. No puedo hacerle eso a mis hermanas.

—Escapemos, Anne, ven conmigo —la invitó Finn.

—¿Cómo te atreves a sugerir tal cosa?

—Te estoy ofreciendo libertad, Anne.

—No puedo, mi padre está enfermo.

Finn levantó una mano para rozar su mejilla. El contacto fue tan ligero como una pluma, pero la hizo temblar.

—Sé que he cometido errores, que he sido un idiota en más de una ocasión.

Anne cerró los ojos, dejándose llevar por el momento. Podía sentir su aliento en su piel, el calor de su mano en su rostro. Sus palabras resonaban en su mente produciendo un mareo agradable.

—Finn, no puedo pedirte que te quedes, sé lo que es estar en medio de lo que esperan de ti y lo que realmente eres —dijo Anne, y abrió los ojos para mirarlo.

—Podemos —respondió él con una seguridad que casi la hizo creer—. Podemos hacerlo si lo intentamos juntos.

Estaban tan cerca ahora que Anne podía ver cada pestaña, cada línea de preocupación en su rostro. Su corazón latía con una intensidad que nunca había experimentado antes. Con lentitud levantó una mano y la colocó sobre la de él, la que aún descansaba en su mejilla, el íntimo calor que la poseyó hizo que sus piernas temblaran. Finn la sostuvo, colocando sus manos sobre sus caderas.

—Finn, yo también te amo —admitió en un susurro, casi como si temiera que las palabras se desvanecieran en el aire nocturno.

Finn la miró con una mezcla de asombro y alivio. La sostuvo con más fuerza y la acercó a él.

—Anne… —comenzó, pero ella puso un dedo en sus labios, silenciándolo.

—Shhh —dijo, con una pequeña sonrisa—. No hace falta decir más. Lo sé.

Durante un momento que pareció eterno, se miraron en silencio, sus frentes casi tocándose. El mundo exterior desapareció, dejando solo a dos almas que se habían encontrado en medio de la confusión y el caos. Finn se inclinó un poco más, tan cerca que sus labios casi se rozaron. Anne cerró los ojos, quería ser besada, necesitaba sentir a Finn. Pero en el último instante, ambos se detuvieron, sabiendo que aún no era el momento. Había demasiadas cosas sin resolver, demasiados obstáculos por superar.

—Prométeme una cosa —susurró Anne.

—Lo que quieras —respondió Finn, su tibio aliento se mezclaba con el de ella.

—Prométeme que no te rendirás.

Finn asintió, con los ojos brillando de determinación.

—Te lo prometo, Anne. No me rendiré.

Con esa promesa y con mucho esfuerzo se separaron, aunque ninguno de los dos quería alejarse.

Capítulo 18

La sala de té de la casa de Richard estaba decorada con un gusto exquisito, con tapices florales en las paredes y muebles de caoba pulida. El aroma de las flores frescas llenaba el aire, y una suave melodía de piano se escuchaba de fondo. La madre de Richard, Lady Percy, había organizado una tarde de té con sus amigas, todas conocidas por su tendencia a cotillear.

Finn se encontraba sentado en un cómodo sillón, sintiéndose un tanto fuera de lugar. A su lado, Richard trataba de disimular una sonrisa divertida. Alrededor de la mesa, un grupo de señoras conversaba animadamente, sus ojos brillaban con curiosidad.

—Finn, querido —dijo Lady Percy con una sonrisa, inclinándose hacia él—. Cuéntanos, ¿cómo te ha tratado la vida últimamente?

Antes de que Finn pudiera responder, una de las viudas, la Señora Doughty, intervino.

—Sí, Finn. Escuché que tu estancia en Egipto fue todo un éxito. ¿Encontraste alguna momia?

Finn se aclaró la garganta, tratando de no echarse a reír.

—No, señora Doughty. No encontré ninguna momia, pero sí descubrí algunos manuscritos antiguos bastante interesantes.

—¡Oh, manuscritos! —exclamó la Señora Carstairs, otra de las amigas de Lady Percy—. Siempre he pensado que esos antiguos egipcios tenían una forma tan peculiar de escribir. ¿Has aprendido a leer jeroglíficos, Finn?

Richard soltó una pequeña risa, intentando contenerse. Finn le lanzó una mirada de advertencia antes de responder.

—Sí, he aprendido un poco. Es fascinante ver cómo cada símbolo cuenta una historia.

Lady Blackwood, la más curiosa de todas, se inclinó hacia adelante.

—Pero, Finn, querido, dime una cosa. ¿Es cierto que en Egipto usan escarabajos como amuletos? Siempre me ha intrigado eso.

Finn no pudo evitar sonreír ante la pregunta.

—Sí, es cierto, milady. Los escarabajos son considerados símbolos de protección y renacimiento.

—¡Qué maravilla! —exclamó lady Doughty, llevándose una mano al pecho. —. Imagínese, Lady Percy, tener un amuleto de escarabajo. Tal vez nos protegería de las malas lenguas.

Richard no pudo contenerse más y soltó una carcajada.

—Estoy seguro de que ni siquiera un escarabajo egipcio podría protegernos de las lenguas en esta sala.

Las señoras estallaron en risas, y Lady Percy le dio un golpecito en el brazo a su hijo.

—Richard, compórtate. Finn, querido, ¿nos contarías alguna anécdota divertida de tus viajes?

Finn se rascó la barbilla, pensando por un momento.

—Bueno, hubo una vez en la que me encontré atrapado en una tormenta de arena. Estaba cubierto de arena hasta las cejas y no podía ver nada. Cuando finalmente encontré refugio, me di cuenta de que había estado caminando en círculos todo el tiempo.

Las señoras se rieron con ganas, y lady Carstairs añadió:

—Oh, Finn, se nota que no llevabas un buen sombrero. Estás un poco tostado.

—Sí —Finn asintió, riendo—, aunque siempre llevaba un sombrero, el sol del desierto es implacable, milady. Pero créanme, después de esa experiencia, no volví a salir sin una brújula y

un buen sombrero.

Mientras la conversación continuaba, Finn se sintió más relajado. Las viudas cotillas, aunque curiosas, resultaron ser una compañía bastante agradable. Richard le dio una palmadita en la espalda y susurró:

—Ves, no es tan malo después de todo.

Finn sonrió, disfrutando del momento. Por una tarde, al menos, los problemas y preocupaciones quedaron olvidados en medio de risas y charlas amenas. Después de una larga charla, Finn y Richard se excusaron y fueron a caminar por el jardín. Lady Percy se puso de pie para acompañarlos hasta la puerta.

—Finn, ha sido refrescante contar con tu compañía, tienes que contarnos más historias sobre momias y manuscritos —dijo con cariño.

Finn, conociendo a lady Percy, se agachó para recibir un abrazo, una demostración de cariño a la que no estaba acostumbrado. Finn miraba con una mezcla de admiración y añoranza la relación cercana y afectuosa que su amigo compartía con su madre. La calidez y el cariño evidente en cada interacción entre ellos destacaban un marcado contraste con la fría distancia que él había experimentado en su propia familia. Mientras Richard y su madre intercambiaban bromas y muestras de apoyo mutuo, Finn no podía evitar sentir un tierno anhelo por una conexión similar, una que parecía siempre esquiva en su propia vida. La relación que él había tenido con su padre había estado marcada por la estricta formalidad, donde el afecto a menudo se perdía en medio de las exigencias y presiones inherentes a su posición.

Comparado con la relación que Richard y lady Percy mantenían, la dinámica en la familia de Finn parecía ser un constante campo de batalla de expectativas y reproches. Su hermano Robert, con quien no compartía un vínculo particularmente cercano, y su padre, cuyo amor y apoyo parecían condicionados por los estándares sociales y las obligaciones familiares, creaban una atmósfera de tensión que a menudo lo dejaba sintiéndose aislado. La admiración de Finn por la relación entre Richard y su madre era un reflejo de su deseo de experimentar una conexión genuina y afectuosa, algo que había anhelado toda su vida, pero que siempre había sentido fuera de su alcance.

—El placer fue todo mío, milady, cuando quieran volveré a tomar el té con tan exquisitas damas —dijo Finn, aunque sonó enrevesado, lo decía con genuina sinceridad.

Richard y él salieron al jardín y pasearon en silencio. Finn estaba sumido en sus pensamientos, con el rostro sombrío.

Richard observó a su amigo con preocupación.

—¿Por qué estás tan callado? ¿Qué sucede?

Finn suspiró y tomó asiento en un banco.

—Es Anne —comenzó, en voz baja—. Le confesé mis sentimientos. Pero no puedo pedir su mano.

—¿Por qué no? —Richard frunció el ceño—. Siempre has sido un hombre decidido, Finn. —tomó asiento junto a su amigo—. ¿Qué te detiene?

Finn apretó los labios, luchando por encontrar las palabras.

—Un pequeño detalle, amigo, mi padre me ha desheredado. No tengo nada que ofrecerle. No puedo pedirle que se case conmigo para vivir en la incertidumbre.

Richard asintió con lentitud, entendiendo la gravedad de la situación.

—Pero, Finn, ¿realmente crees que Anne se preocupa por tu herencia? Si ella te ama, el dinero no debería importar.

—No es solo eso, Richard. —Finn sacudió la cabeza, y fijó su mirada en las rosas frente a él—

.Es su familia, su estatus. No puedo arrastrarla a una vida de dificultades. Ella merece más que eso.

—Finn —Richard chocó con suavidad su hombro contra el de Finn—, el amor verdadero es raro. No puedes dejar que el miedo te detenga. Has enfrentado peores cosas.

—No es tan simple. —Finn levantó la mirada, encontrando los ojos de su amigo—. Mi padre ha dejado claro que nunca me aceptará de nuevo si sigo este camino.

—¿Y qué importa lo que piense tu padre? —replicó Richard, con un destello de osadía en su voz—. ¿Vas a dejar que su decisión controle tu vida? Finn, tienes una oportunidad de ser feliz con Anne. No la desperdicies.

—Regreso a Egipto, Richard. —Finn dejó escapar un suspiro—. Necesito alejarme, encontrar una manera de lidiar con todo esto.

—No te vayas sin luchar por ella. —Richard puso una mano firme en el hombro de Finn—. Habla con Anne, dile lo que sientes. Puede que encuentres una solución juntos. No te rindas antes de intentarlo.

Finn cerró los ojos por un momento, sintiendo el peso de las palabras de su amigo.

—Mi padre quiere que me case, al parecer, no le importa con quién, iré a hablar con él.

Richard asintió con una sonrisa.

—Eso es lo que quería oír.

—Antes pasaré por la casa de los padres de Thomas —le informó.

—Me parece que es lo correcto, amigo, tienes que cerrar ciclos, para continuar con tu vida.

Finn sintió un rayo de esperanza asomarse en su corazón. Tal vez, solo tal vez, había una manera de superar todos los obstáculos y encontrar la felicidad junto a Anne.

***

Finn se encontraba frente a la imponente puerta de la mansión Livington, con el peso de la culpa aplastándole el pecho. Sabía que este encuentro era inevitable, pero no había dejado de temerle ni un solo día desde aquella fatídica noche. Tomó aire, levantó la mano y golpeó la puerta, con un nudo ardiente en el estómago.

La puerta se abrió, revelando al mayordomo de los Livington, que lo miró con gravedad.

—Milord —dijo, con una inclinación de cabeza—. Por favor, sígame.

Finn asintió, siguiéndolo a través de los pasillos adornados con retratos y recuerdos de la familia. Cada paso resonaba como un eco de recuerdos dolorosos. Llegaron al salón, donde el barón y la baronesa Livingston estaban sentados en un sofá, con expresiones sombrías y cansadas.

La baronesa levantó la vista primero, sus ojos estaban rojos y vidriosos, pero llenos de una intensidad contenida.

—Finn —dijo con una voz apenas audible—. ¿Qué haces aquí?

Finn sintió que su garganta se cerraba. Tragó saliva, intentando mantener la compostura.

—Barón, baronesa —comenzó, con la voz temblorosa—. He venido porque... necesito hablar con ustedes. Necesito... vuestro perdón.

Lord Livingston se levantó con lentitud, en su rostro severo se reflejaba el dolor.

—¿Perdón? —repitió, con la voz grave y cargada de emoción—. ¿Crees que eso puede traer de vuelta a nuestro hijo?

Finn bajó la cabeza, incapaz de sostener la mirada del hombre.

—Sé que nada de lo que diga puede cambiar lo que pasó. Sé que... que fue mi culpa. Yo reté a Thomas y a Richard a esa carrera. Nunca debí haberlo hecho. Me arrepiento cada día.

Lady Livington sollozó, cubriendo su rostro con las manos. El barón dio un paso hacia Finn,

con los ojos llenos de lágrimas de rabia y tristeza.

—Thomas era nuestro único hijo varón —dijo con la voz quebrada—. Era nuestra esperanza, nuestro orgullo. Y ahora está muerto, Finn. ¿Cómo crees que podemos vivir con eso?

Finn sintió que las lágrimas comenzaban a correr por sus propias mejillas.

—Lo sé, milord. Y si pudiera cambiar lugares con él, lo haría sin dudarlo. No hay un día que pase sin pensar en lo que hice, en cómo arruiné sus vidas. Vine aquí para decirles que… —inhaló antes de continuar— que lo siento desde lo más profundo de mi corazón. Y para pedirles, aunque sé que es mucho pedir, que algún día puedan encontrar en sus corazones indulgencia.

El silencio llenó el salón, pesado y opresivo. Lady Livingston levantó la cabeza, mirando a Finn con pena y dolor.

—Finn... —susurró—. No podemos prometerte que te perdonaremos, al menos no ahora. El dolor es demasiado grande. Pero apreciamos que vinieras. Que hayas tenido el valor de enfrentarnos y reconocer tu culpa. Thomas te quería como a un hermano. Y aunque esto no sana nuestras heridas, es un primer paso.

El Barón asintió con pesar.

—Apreciamos que hayas venido. Pero necesitas entender que nuestra herida es profunda. Quizás algún día, con el tiempo, podamos encontrar la paz y quizás el perdón. Pero ahora... ahora solo necesitamos tiempo.

Finn sintió una ligera esperanza en sus palabras.

—Gracias. No esperaba el perdón inmediato, pero necesitaba que supieran cuánto lo lamento. Si hay algo que pueda hacer por ustedes, cualquier cosa...

El barón levantó una mano, deteniéndolo.

—Lo único que puedes hacer, es vivir una vida que honre la memoria de nuestro hijo. Haz algo bueno con tu vida. Que la muerte de Thomas no sea en vano.

Finn asintió, sintiendo el peso de la responsabilidad en esas palabras.

—Lo haré, milord. Lo prometo.

Con una última mirada de dolor compartido, Finn salió del salón, dejando atrás el eco de su arrepentimiento y la promesa de un futuro mejor.

Capítulo 19

Anne entró al estudio y fue invitada a tomar asiento frente a Joss y junto a su padre. La habitación se sumió en un incómodo silencio, salvo por el tintineo ocasional de las tazas de porcelana. Lady Fitzroy estaba parada junto a la ventana, mirando el jardín, con su habitual elegancia se giró, y habló a su hija.

—Anne, querida, he oído rumores sobre tu amigo, lord Newshire —comenzó en tono medido. Un leve rubor coloreó sus mejillas.

—¿Qué rumores, madre? —indagó en un susurro.

Joss frunció el ceño, se acomodó en el sillón tras su escritorio y cruzó los brazos sobre el pecho.

—Su padre lo ha desheredado, no puedo aprobar esa relación. No quiero que te veas arrastrada a un escándalo mayor —expuso con solemnidad.

Anne suspiró y miró a su hermano con estudiada calma.

—Joss, Finn no es el hombre que todos piensan. Es noble, me ha demostrado que me respeta y me valora. Sé que hay rumores, pero no todos son ciertos. —Anne sintió un nudo formarse en su estómago—. Él es más que su herencia. Tiene talento, determinación...

—El talento y la determinación no ponen comida en la mesa, ni mantienen el techo sobre nuestras cabezas —replicó Joss con firmeza—. Anne, necesitas considerar lo que es mejor para ti.

La joven miró a sus padres.

—Finn me ama, y yo a él. No creo que el dinero deba ser el único factor.

—En esta sociedad, el amor no es suficiente —concluyó Joss, con una mirada decidida—. Debes pensar en tu futuro, Anne. Además, él no ha mostrado interés en ti.

—Ponte por un segundo en mi lugar, Joss, ¿cómo te sentirías si te estuvieran obligando a renunciar al amor de tu vida?

Joss meneó la cabeza. El ceño fruncido expresaba su enfado. Se puso de pie, colocó las palmas de las manos sobre el escritorio y se inclinó hacia Anne, acercando su rostro al de ella.

—¿Qué crees que estoy haciendo? Me he sacrificado por esta familia, por ti, pequeña egocéntrica y desagradecida, tú eres la que debe ponerse por un segundo en mi lugar, en el de padre que se está enfermo, pero que intenta mostrarse fuerte para todos, ¿por qué crees que he regresado, Anne?

—Hijo, por favor… —intervino lord Fitzroy—, no trates así a tu hermana, necesito tener la tranquilidad de que los dejaré en armonía, no puedo soportar la idea de que me iré de este mundo viendo como la mi familia se cae a pedazos.

—Querido, solo estamos intercambiando pareceres, estoy segura de que podremos llegar a un acuerdo donde todos seamos felices. —Miró a su hijo con cariño—. Creo, Joss, que podemos dar una oportunidad al muchacho —sugirió lady Fitzroy—. Lo citaremos y hablaremos con él.

Anne sonrió, sus ojos brillaban con esperanza.

—Bien, supongo que debo darle una oportunidad —cedió Joss, aunque sin mucho entusiasmo.

—Gracias, Joss. Eso es todo lo que pido. Finn merece una oportunidad para demostrar quién es realmente —dijo Anne.

—No tienes idea de lo privilegiada que eres, Anne, tienes suerte de haber nacido en una familia que te puede ofrecer seguridad y lujos, no todas cuentan con eso. —Joss centró su mirada en ella—. No eches a perder tu vida.

—Lo sé —susurró Anne, y miró a su padre.

Lord Fitzroy estaba pálido, y aunque se esforzaba por ocultar su enfermedad, su debilidad era cada vez más evidente. Pasaba largas horas en cama, y su energía habitual parecía haberse desvanecido por completo. Anne observaba a su padre con creciente preocupación, notando cómo sus intentos de disimular el dolor y el cansancio se volvían cada vez más inútiles. La fragilidad en su voz y la lentitud de sus movimientos hablaban por sí solas, dejando claro que esto no era una simple gripe. La gravedad de la situación se reflejaba en cada rincón de la casa, envolviéndola en una atmósfera de inquietud y tristeza.

La madre de Anne, habitualmente una figura de fortaleza y serenidad, también mostraba signos de desgaste. Sus ojos, antes llenos de vitalidad, ahora estaban opacos y rodeados de ojeras. Pasaba muchas noches en vela, vigilando el sueño inquieto de su esposo, y durante el día, su semblante estaba marcado por la preocupación y el cansancio. Anne podía ver el dolor en cada uno de sus gestos, y aunque con desesperación deseaba saber qué le sucedía a su padre, no se atrevía a preguntar. El silencio entre ellos era pesado, cargado de un entendimiento tácito de que algo grave estaba ocurriendo, y cada momento parecía llevarlos más cerca de una verdad que ninguno quería enfrentar.

Joss suspiró, volviendo a sentarse.

—Muy bien. Veremos qué se puede hacer. Pero recuerda, Anne, esto no es solo sobre ti y Finn. Es sobre toda la familia, la nuestra y la de él —aclaró Joss.

Anne asintió de nuevo, pero la esperanza refulgía con fuerza en su interior.

—Lo entiendo —articuló, intentando controlar la alegría que sentía.

—Mi mayor deseo es verte feliz y realizada —dijo su padre—. Me siento tan orgulloso de ti, aunque no te lo diga muy a menudo, y estoy seguro de que tu madre también lo está.

***

Finn avanzaba con lentitud hacia la imponente residencia familiar, con la mente agitada por una mezcla de dudas y miedo. Cada paso que daba parecía aumentar la tensión en su pecho, mientras los recuerdos de su último encuentro se arremolinaban en su mente, intensificando su inquietud. Sabía que lo que estaba a punto de hacer requería toda su valentía, pero el peso de la incertidumbre era casi insoportable. Mientras subía los escalones de la entrada principal, las puertas macizas y la fachada señorial parecían más intimidantes que nunca. Sus pensamientos iban y venían, cuestionando si estaba tomando la decisión correcta, si sería capaz de enfrentar la inevitable oposición de su padre, y si tenía el valor suficiente para defender su amor por Anne. Finn respiró hondo, intentando calmar su corazón que latía con fuerza descontrolada.

Al cruzar el umbral, los ecos de sus pasos resonaban en los pasillos, recordándole cada conversación tensa y cada mirada severa que había soportado en esa casa. Se detuvo frente al umbral del estudio de su padre, donde tantas veces había recibido reprimendas y consejos no solicitados. Alzó la mano para tocar la puerta, pero se quedó inmóvil por un momento, temblando ligeramente. En ese instante, recordó la calidez de la sonrisa de Anne, la pasión en su mirada, y la certeza de su propio amor por ella. Reunió todo el coraje que tenía, golpeó con suavidad la puerta y entró. Estaba decidido a luchar por su futuro.

El mayordomo le informó que su padre estaba en el estudio. Finn caminó con seguridad y entró sin ser anunciado, se quedó de pie, con las manos cruzadas a la espalda, mirando a su

padre, sentado en su gran sillón tras su escritorio. El aire se volvió tan espeso que se podía cortar con un cuchillo.

—Padre, debo hablar con usted sobre un asunto de gran importancia —comenzó Finn, con la voz firme, pero cargada de emoción.

Lord Newshire levantó la vista de los documentos que estaba firmando, con el ceño fruncido observó a su hijo.

—¿De qué se trata, Finn?

Finn respiró hondo, reuniendo valor. En ese momento entraron Robert y su esposa, que lo miraron con sorpresa.

—Deseo pedir la mano de la hija mayor de lord Fitzroy en matrimonio.

La vizcondesa intercambió una mirada rápida con su esposo antes de hablar.

—Finn, ¿estás seguro de esto? Esa muchacha es… bueno, ha habido rumores.

—Exactamente —intervino el Conde, con voz grave—. Está en su quinta temporada y no ha logrado asegurar un matrimonio. Eso, en sí mismo, es motivo de preocupación. Además, es una transgresora. Nos hemos enterado de un incidente con Lord Radcliffe. Se comportó de manera inapropiada.

Finn sintió un nudo en el estómago.

—Esa no es la verdad, padre. Anne es una mujer extraordinaria, inteligente y valiente. Estoy seguro de que la versión de lord Radcliffe está sesgada.

—¿Y qué hay de su reputación, Finn? —preguntó Margaret, con un tono de preocupación—. Si te casas con ella, podrías arruinar tu futuro. Nuestra familia no puede permitirse un escándalo.

Finn se adelantó, con la mirada decidida.

—Imaginate, el hambre y las ganas de comer se van a juntar, de los dos no se hace uno, pero por favor —soltó el conde con desprecio.

—Lo que dicen los demás no me importa. Conozco a Anne mejor que esos rumores infundados. Ella es la mujer con la que quiero pasar mi vida —ratificó Finn.

El Conde se levantó con lentitud del sillón, su expresión era severa y desafiante.

—Sigues siendo un insensato. Pensé que venías a disculparte. Sin embargo, traes esta loca propuesta que es inadmisible para nosotros, ¿qué tienes en la cabeza? Parece que la arena del desierto se te coló por los oídos y te llegó al cerebro. Piensa en nuestra posición, en tu futuro. No puedes arriesgar todo por un capricho. Estás desheredo, Finn, como sea, no podrás casarte con esa mujer, no puedo permitir que tomes una decisión que podría destruirnos a todos.

Finn recordó las largas tardes de su niñez, cuando lord Newshire lo instruía en los estudios y las disciplinas que debía dominar. Su hermano mayor, Robert, siempre sobresalía, siendo el ejemplo perfecto de lo que su padre esperaba. Finn, por otro lado, se encontraba luchando por mantener el ritmo, sintiendo la constante presión de los ojos críticos sobre él. Cada error, por pequeño que fuera, era magnificado, y las palabras duras resonaban en su mente mucho después de que los reproches cesaban.

Durante su adolescencia, las cosas no mejoraron. Robert se convirtió en el modelo de virtud y responsabilidad, mientras que Finn se revelaba contra las expectativas cada vez más pesadas que se le imponían. Las constantes comparaciones eran como heridas abiertas que escocían. Su padre lo veía con desdén, considerándolo una decepción, un contraste doloroso con el brillante futuro de Robert. Finn buscaba consuelo en la lectura o en el servicio doméstico. Estas experiencias moldearon su carácter, creando en él un deseo de demostrar su valía, aunque fuera a través de la rebelión y el escapismo.

—Esto no es un capricho, padre. Es amor y estoy dispuesto a enfrentar cualquier obstáculo por

ella.

La vizcondesa se acercó a Finn, tratando de suavizar la situación.

—Querido, sabemos que eres apasionado, pero las decisiones deben tomarse con la cabeza, no con el corazón. Piensa en lo que estás diciendo.

Finn se apartó ligeramente, su resolución era inquebrantable.

—Lo he pensado. Y sé que es la mujer adecuada para mí. Solo pido vuestra bendición.

El Conde miró a su hijo, su expresión estaba endurecida por la desaprobación.

—No puedo darte mi bendición, Finn. Si insistes en seguir adelante con esto, lo harás sin nuestro apoyo.

Finn sintió un dolor punzante en su pecho, pero su determinación no flaqueó.

—Entonces lo haré solo —sentenció.

Finn se dirigió a la puerta del salón, su corazón palpitaba con furia tras la tensa conversación. Justo cuando alcanzaba el umbral, Robert que hasta ese entonces se mantuvo en silencio lo frenó, con una expresión seria, reflejo de la situación que pesaba sobre la familia.

—Finn, espera un momento —dijo Robert, levantando una mano para detenerlo.

Finn se detuvo, frunciendo el ceño.

—¿Qué sucede, Robert?

Robert respiró hondo y miró a su padre antes de volver su atención a Finn.

—Hay algo que debes saber, algo que te ayudará a entender por qué estamos tan desesperados.

Margaret y el conde intercambiaron una mirada inquieta, pero no intervinieron. Robert continuó, con voz baja y tensa.

—Margaret y yo... —caminó hasta quedar frente a Finn— no podemos tener hijos. Han pasado más de tres años desde que nos casamos y no ha habido resultados.

Finn parpadeó, sorprendido.

—¿Qué estás diciendo?

Robert apretó los labios, sus ojos reflejaban el peso de su confesión.

—Hemos consultado con médicos, pero nada ha funcionado. Sin un heredero, el título y las propiedades de nuestra familia corren el riesgo de extinguirse. Es por eso que insistimos en que te cases. Eres la última esperanza de la familia.

Finn sintió un nudo en el estómago. De repente, la presión que sentía se volvió aún más intensa. Miró a su padre y su cuñada, cuyas caras reflejaban una mezcla de preocupación y enfado.

—Así que todo esto es por la sucesión —murmuró Finn, con un ligero temblor en la voz—. No se trata solo de nuestra posición social, sino de la supervivencia del título.

El Conde asintió.

—Sí, Finn. No es solo nuestra reputación, es el legado de generaciones. No podemos permitirnos perderlo todo.

Finn se pasó una mano por el cabello, tratando de asimilar la revelación.

—Amo a Anne, y no puedo imaginarme casándome con otra persona, ni siquiera por el bien de la familia.

Robert dio un paso adelante, su expresión era compasiva.

—Lo entiendo, hermano. Pero tienes que ver la situación desde nuestra perspectiva. Necesitamos asegurar el futuro de la familia. Si realmente amas a Anne, tal vez puedas encontrar una manera de combinar ambos deseos.

Finn suspiró, sintiéndose atrapado.

—Acaso estás sugiriendo que haga a Anne mi querida, eso no va a suceder, Robert. —Miró a

su padre—. Jamás le haría eso.

La vizcondesa se acercó a Finn, sus ojos estaban llenos de lágrimas.

—Solo queremos lo mejor para ti, Finn. Si en realidad estás enamorado de esa mujer, entonces confiaremos en ti. Pero también debemos asegurarnos de que nuestra familia tenga un futuro.

Finn miró a su cuñada, con compasión.

—Lo entiendo, Margaret, pero ahora necesito pensar.

Con esas palabras, salió del salón, dejando a su familia en un silencio reflexivo. La revelación de Robert había cambiado todo, añadiendo una nueva capa de complejidad a su dilema. Pero una cosa era segura: no podía renunciar a Anne, sin importar lo que estuviera en juego. Se dirigió a la puerta de salida, pero antes de alcanzarla, apareció Robert y le pidió que hablaran.

Caminaron hasta el salón principal, Robert pidió al mayordomo que no los molestaran y cerró la puerta. Tomaron asiento frente a la chimenea. El silencio entre ellos era molesto, cargado de recuerdos y tensiones no resueltas. Finn miraba las llamas danzantes, perdido en sus pensamientos, cuando Robert rompió el silencio.

—Nunca fue fácil para mí, Finn —dijo Robert, con voz baja y reflexiva—. Papá siempre tenía expectativas tan altas, y cada paso que daba sentía el peso de su juicio. No era solo que quería que hiciera las cosas bien, sino que tenía que ser perfecto, siempre.

Finn lo miró, sorprendido por la confesión. Nunca había visto a su hermano mayor tan vulnerable. Robert continuó, con sus ojos fijos en las llamas.

—Cuando nos dimos cuenta de que Margaret no se quedaba en cinta, las cosas se pusieron aún peor. Las reuniones con padre, aunque eran pocas, se volvieron tensas e incómodas. Cada conversación giraba en torno a nuestra incapacidad para tener un heredero. Era como si todo lo que había logrado no valiera nada comparado con esa falla.

Finn asintió, entendiendo por primera vez el peso que su hermano había llevado solo. Robert se volvió hacia él, su expresión era grave.

—Siempre sentí que la distancia entre nosotros era causada por padre. Él creó este abismo, este sentido de competencia. Y, lamentablemente, mamá no estuvo ahí para manejar la situación. Pero Finn, debes saber que, a pesar de todo, te quiero. Deseo verte feliz. Al menos tú tienes la oportunidad de tener una unión basada en el amor. —Robert hizo una pausa, buscando los de Finn—. Margaret y yo nos apreciamos, pero no hay ese amor, esa pasión que veo en ti cuando hablas de Anne.

Finn se quedó en silencio, conmovido por las palabras de su hermano. Se sentía aliviado, pero al mismo tiempo triste al darse cuenta de cuánto habían perdido ambos debido a las expectativas y la rivalidad impuesta por su padre. Por primera vez, veía a Robert no como un competidor, sino como alguien que también había sufrido bajo el mismo yugo. La revelación fortaleció su determinación de luchar por el amor que sentía por Anne.

Capítulo 20

Anne se encontraba en el jardín, disfrutando de un raro momento de tranquilidad, cuando Betsy llegó corriendo desde la casa, su vestido ondeaba tras ella.

—¡Anne! —gritó, con la voz entrecortada por la emoción—. ¡Anne, tienes que ver esto!

Anne se levantó de su banco de piedra, con la curiosidad despertada por la excitación de su hermana. Betsy llevaba un periódico en la mano, uno de esos que su padre solía leer cada mañana con el desayuno.

—¿Qué sucede, Betsy? —preguntó Anne, tratando de mantener la calma mientras su corazón empezaba a latir más rápido.

Betsy le tendió el periódico, con manos temblorosas de alegría.

—Mira la primera plana, Anne. ¡Es sobre ti!

Anne tomó el periódico con cautela y lo desplegó. Ahí, en la primera página del *The Morning Post*, había un artículo destacado con un título que la dejó sin aliento: "*Nuevo Cometa Descubierto por una Dama de Londres*".

Sus ojos recorrieron con rapidez el artículo que describía su descubrimiento y destacaba la importancia del hallazgo para la comunidad astronómica. El periodista había incluido detalles sobre cómo Anne había observado y registrado el cometa, mencionando incluso una carta de Caroline Herschel que había respaldado su trabajo.

—No puedo creerlo... —murmuró Anne, con los ojos llenos de lágrimas de emoción y alivio.

Betsy la abrazó con fuerza, riendo y llorando al mismo tiempo.

—¡Eres famosa, Anne! Todo Londres hablará de ti.

En ese momento, Reese y Joss aparecieron en el jardín, atraídos por los gritos de alegría. Al ver el periódico, Joss dejó escapar un silbido de admiración.

—Bien hecho, Anne. Esto es impresionante —dijo Reese, con una sonrisa de orgullo en su rostro.

Joss, que últimamente había sido más reservado en sus elogios, asintió con aprobación.

—Parece que no solo nos has dejado boquiabiertos a nosotros, sino a toda la sociedad londinense.

Anne sintió una oleada de gratitud hacia sus hermanos. Sabía que este reconocimiento era un paso importante no solo para su carrera, sino también para las mujeres en la ciencia.

—Gracias. Esto significa mucho para mí.

Mientras los cuatro se quedaban en el jardín, compartiendo el momento, Anne no pudo evitar pensar en Finn. Había estado tan involucrado en sus propios problemas familiares y sociales que quizás aún no había visto la noticia. Una parte de ella esperaba que, al leer el periódico, Finn pudiera ver más allá de los rumores y malentendidos y reconocer su verdadera pasión y capacidad.

Hoppe, que apareció de repente, interrumpió sus pensamientos con una sonrisa traviesa.

—¿Crees que Finn ya habrá leído el periódico?

Anne se encogió de hombros, tratando de disimular su nerviosismo.

—No lo sé. Supongo que lo descubriré pronto.

A medida que el día avanzaba, Anne recibió visitas de vecinos y conocidos que venían a felicitarla. La casa Fitzroy se llenó de risas y conversaciones animadas, todas centradas en el increíble logro de Anne. La noticia había traído consigo una avalancha de atención, pero también un sentido renovado de ánimo y audacia. En medio de la algarabía del festejo, Hope, se acercó a

su hermana y le entregó, por lo bajo, una nota. El corazón de Anne dio un vuelco, sabía de quién era. Cuando todo estuvo tranquilo y las visitas se marcharon subió a su habitación para volver a leer el artículo. Un golpeteo la distrajo, Joss entró y le sonrió con cariño.

—Anne, esta noche iremos a la ópera, tenemos que festejar tu logro —le informó Joss—. Ponte linda y no acepto excusas.

***

El Teatro Real de Covent Garden estaba lleno de vida aquella noche. La multitud se congregaba en la entrada, las damas con sus elaborados vestidos de seda y los caballeros con sus levitas impecables. En uno de los palcos privados, Anne, Joss, y Resse Fitzroy se acomodaron para disfrutar de una esperada ópera.

—Anne, parece que esta noche tendremos una velada encantadora —dijo Resse con una sonrisa, observando la opulenta decoración del teatro.

—Sí, estoy deseando ver la actuación —respondió Anne, ajustándose los guantes.

Joss, sin embargo, parecía inquieto. Después de unos momentos de conversación trivial, se levantó abruptamente.

—Lamentablemente, debo ausentarme por un momento. Asuntos urgentes requieren mi atención. Volveré tan pronto como pueda —dijo Joss, lanzando una mirada de disculpa a sus hermanas.

Anne y Resse intercambiaron una mirada de curiosidad, pero no dijeron nada mientras Joss se deslizaba fuera del palco. La ópera comenzaba, y las luces se atenuaban, sumergiendo al público en una expectación silenciosa.

A mitad del primer acto, Anne notó a un par de personas entrar con discreción en el palco. Caroline y William Herschel. La aparición inesperada hizo que su corazón latiera más rápido.

—Buenas noches, Anne, Resse —saludó William con una leve inclinación, sus ojos brillaban bajo la tenue luz—. Espero que no les importe que nos unamos a ustedes.

—Por supuesto que no —dijo Resse, sonriendo—. Es un placer tenerlos aquí.

Caroline, con su elegancia natural, se sentó junto a Anne y le dedicó una sonrisa cálida.

—Anne, querida, creo que no nos conocemos en persona, pero he oído cosas maravillosas sobre tu reciente descubrimiento astronómico —dijo Caroline, bajando la voz como si compartiera un secreto.

Anne sintió un calor en sus mejillas, sorprendida por la revelación.

—Gracias —murmuró, mirándola con ojos llenos de preguntas.

Caroline se inclinó ligeramente hacia ella, con expresión serena y sincera, dijo:

—No solo ha descubierto un nuevo cometa, sino que ha demostrado que el espíritu y la tenacidad de una mujer pueden alcanzar las estrellas, a pesar de las barreras que la sociedad impone —dijo con suavidad.

William Herschel intervino, asintiendo con aprobación.

—Así es. Estamos muy impresionados por tu trabajo. Un gran caballero se aseguró de que recibiéramos la noticia. Eres una verdadera pionera en el campo de la astronomía.

Anne se sintió abrumada por una mezcla de emociones: gratitud, admiración. Mientras la ópera continuaba, los cuatro compartieron una conversación amena sobre astronomía y otros temas, aunque el corazón de Anne estaba centrado en descubrir quién fue aquel caballero tan generoso.

La velada se convirtió en una experiencia inolvidable, no solo por la magnífica actuación en el escenario, sino por el vínculo que se fortalecía entre ella y Caroline, y el reconocimiento de su trabajo por parte de figuras tan prominentes.

Antes de despedirse, Caroline se acercó a ella.

—Anne, querida, fue Finn quien nos habló de tu cometa —dijo Caroline, bajando la voz como si compartiera un secreto.

Anne sintió un calor en sus mejillas, sorprendida por la revelación.

—¿Finn? —murmuró, mirándolo con ojos llenos de preguntas y gratitud—. No sabía…

—Te espera hoy, me dijo que tú sabrías dónde encontrarlo —le informó Caroline antes de despedirse de Reese y marcharse del brazo de su hermano William.

***

En la quietud de la madrugada, Anne se dirigió al jardín, donde Finn le había pedido que se encontraran. El rocío de la mañana perlaba las hojas y el aire tenía un frescor revitalizante. Al llegar a la pérgola, ahí estaba él esperándola, su silueta recortada contra el primer destello del amanecer.

—Anne, yo…

—Te agradezco lo que has hecho por mí. Caroline Herschel me lo contó —lo interrumpió alzando una mano.

—Espero que no te lo tomes como una intromisión. Si puedo hacer algo para que cumplas tu sueño lo haré. Solo quiero que los demás te vean como yo te veo.

—Deberías guardar un poco de esa fe que tienes en mí para ti mismo. —Él negó con la cabeza y bajó la mirada—. Escúchame bien. Sé que te atormentas por la muerte de Thomas, fue un accidente. No lo obligaste a montar ese caballo. ¿Lo entiendes?

El tono de Anne era de comprensión.

—Ya no te tortures —continuó ella, acercándose para enfrentarlo—. La muerte de tu amigo te dolerá siempre, a todos los que lo conocieron. No lo olvidarás. Pero regodearse en el dolor y en la culpa no volverá el tiempo atrás. Nada lo hará. No puedes cambiarte por él y nadie te ha pedido que lo hagas.

—No lo entiendes, Anne. Si yo no hubiera retado…

Anne acunó su cara entre sus manos.

—Tú eres el que no lo entiende. Crees que no te mereces ser feliz porque tú estás vivo y él no. Pero tu infelicidad afecta a todos lo que te amamos. A tu familia, a mí…

Finn sintió una calidez inexplicable cuando oyó que lo amaba. La imitó y apoyó sus manos en sus mejillas, deslizando los pulgares por ellas para borrar el rastro de las lágrimas.

—Yo solo quiero que seas feliz. No sé si conmigo lo serás. Cuando te despiertes a mi lado y pienses que…

—Cuando me despierte a tu lado pensaré que eres el hombre al que amo. Un hombre leal. Que me apoya y acompaña. Te equivocaste, como todos en algún momento, pero necesito que sigas adelante, por ti, por nosotros... Eso es lo que quiero ver cuando me despierte. ¿Crees que Thomas te habría perdonado? ¿Tú lo habrías perdonado si hubiese sido al revés?

Finn asintió. Ellos siempre se perdonaban como los mejores amigos, como hermanos.

—Anne, desde el momento en que te conocí, supe que eras especial. Pero ha sido en estos últimos días, trabajando a tu lado, viendo tu pasión, tu fuerza y tu bondad, que me he dado cuenta de cuánto significas para mí.

Anne lo miró, sus ojos brillaban con lágrimas de emoción.

—Finn...

Finn envalentonado por las palabras de Anne, se arrodilló con lentitud, sacando un anillo de su bolsillo. La joya, sencilla y elegante, reflejaba la luz de las estrellas.

—Anne, en este vasto universo de estrellas y constelaciones, eres mi polaris, mi brújula en la

oscuridad. No hay cometa ni galaxia que brille con más intensidad que mi amor por ti. Eres mi descubrimiento más preciado, mi milagro. Y prometo, con cada latido de mi corazón, adorarte hasta el fin de los tiempos. ¿Me darías el honor de ser mi esposa?

Anne sintió que las palabras le fallaban, sus sentimientos se arremolinaban en su pecho. Las lágrimas cayeron por sus mejillas mientras asentía con fervor.

—Sí, Finn. Sí, acepto. Te amo.

Finn se levantó, la abrazó con fuerza y unió sus labios en un beso lleno de promesas y redención.

***

Finn ajustó su chaqueta una vez más, respirando hondo mientras miraba la imponente fachada de la casa de los Fitzroy. Había recibido una misiva de parte de Joss, una invitación para tratar un tema de extrema urgencia. El jardín delantero estaba perfectamente cuidado, las rosas florecían en un despliegue de colores vibrantes. Reunió todo su valor, subió los escalones de mármol, y golpeó la puerta con firmeza.

El mayordomo lo recibió y lo condujo a la sala de estar, donde Anne, Joss y los condes Fitzroy ya estaban reunidos. Anne, que sabía del propósito de su visita, le sonrió con un gesto tranquilizador. Joss, sin embargo, lo observó con un semblante serio, mientras los padres de Anne mantenían una expresión reservada.

—Lord Newshire —saludó Joss con una inclinación de cabeza—, por favor, tome asiento.

Finn se sentó en el sillón ofrecido, consciente de la tensión en la habitación. Respiró hondo, dispuesto a decir lo que había venido a decir.

—Lord y Lady Fitzroy —comenzó Finn, con voz firme—. Estoy aquí para pedir la mano de Anne en matrimonio. La amo profundamente y deseo pasar el resto de mi vida a su lado.

Joss frunció el ceño, evaluando cada palabra de Finn.

—Mi hermana es una mujer extraordinaria, y tú... —hizo una pausa, buscando las palabras—. He oído rumores sobre los problemas con tu familia. ¿Cómo piensas mantener a mi hermana y ofrecerle la estabilidad que merece?

Finn asintió, preparado para la pregunta.

—Entiendo su preocupación, milord. La relación con mi familia es complicada, pero eso no cambia mis sentimientos por su hermana, ni mi compromiso hacia ella. Tengo planes de establecerme, y construir una vida que le ofrezca seguridad y felicidad. Estoy dispuesto a trabajar arduamente para lograrlo.

El conde Fitzroy, quien había estado escuchando en silencio, intervino.

—Hemos visto cómo te has comportado estas últimas semanas. Has demostrado ser un hombre de carácter, pero nuestras reservas no son infundadas. Anne es nuestra joya, y su felicidad es nuestra prioridad.

Lady Fitzroy, siempre conciliadora, miró a Finn con un destello de amabilidad en sus ojos.

—Anne nos ha hablado mucho de ti. Sabemos cuánto significas para ella. Pero queremos estar seguros de que este compromiso será duradero y no una decisión impulsiva.

Anne, incapaz de mantenerse en silencio, se aclaró la garganta.

—Madre, padre, Joss, amo a Finn. Él me comprende y me apoya como nadie más lo ha hecho. Sé que nuestras circunstancias no son las ideales, pero estoy dispuesta a enfrentar cualquier desafío a su lado.

Finn tomó la mano de Anne y le regaló una mirada llena de ternura.

—Sé que tengo mucho que demostrar, pero les prometo que haré todo lo posible para asegurar

la felicidad de Anne. No he tomado esta decisión a la ligera.

Joss intercambió una mirada con sus padres, quienes asintieron. Finalmente, se volvió hacia Finn.

—Muy bien. Confiaré en tu palabra y en tu amor por mi hermana. Pero te advierto, no toleraré nada que ponga en peligro su bienestar.

Finn se levantó, con una sensación de alivio, pero más que nada de gratitud.

—Prometo que nunca les fallaré —aseguró con voz firme.

La tensión en la habitación comenzó a disiparse. Lady Fitzroy se acercó a Finn, y le ofreció una sonrisa cálida.

—Bienvenido a la familia, Finn.

Anne, con lágrimas de felicidad en sus ojos, abrazó a Finn, sabiendo que habían superado uno de los mayores obstáculos en su camino hacia la felicidad.

Capítulo 21

Joss, Anne y Finn llegaron a la residencia de los Newshire, su presencia fue anunciada por el sonido de los cascos de los caballos y el crujido de las ruedas del carruaje sobre la grava del camino. Anne, con el corazón acelerado, se aferraba al brazo de Finn, buscando en su mirada el coraje para enfrentar el desafío que les esperaba.

Al entrar en el amplio vestíbulo, fueron recibidos por lady Newshire y Robert, quienes les dieron la bienvenida con sonrisas cálidas.

—Es un placer tenerlos aquí —dijo lady Newshire, e hizo una ligera inclinación de cabeza en señal de respeto.

—Gracias, milady —respondió Joss, devolviendo la cortesía.

El grupo fue conducido a la lujosa sala de estar, donde el conde los esperaba. Cuando entraron los miró con expresión severa y ceñuda. Finn sintió una punzada de nerviosismo, pero se mantuvo firme junto a Anne.

—Padre, Robert —comenzó Finn, rompiendo el silencio tenso—. Hemos venido hoy con una petición. Anne y yo deseamos anunciar nuestro compromiso y nos gustaría invitarles a la fiesta que se celebrará en la casa Fitzroy.

El conde se levantó de su silla, con la mirada fija en Finn.

—¿Compromiso? —dijo con tono incrédulo—. ¿Después de todo lo que ha sucedido, esperas que apoye esta unión? Finn, has traído suficiente deshonra a nuestra familia con tu comportamiento. ¿Y ahora pretendes casarte sin nuestro consentimiento?

Finn respiró hondo, dispuesto a responder, pero su cuñada intervino, con voz calmada, pero firme.

—Creo que deberíamos considerar lo que Finn y Anne desean. El amor que comparten es evidente. No podemos negarles la felicidad que han encontrado el uno en el otro.

Robert se adelantó, apoyando lo que su esposa expresó, y dedicó a su hermano una mirada tranquilizadora.

—Padre, he visto el cambio en Finn. Está listo para asumir sus responsabilidades. Anne es una mujer maravillosa, y juntos pueden construir una vida feliz. Es tiempo de dejar atrás el pasado y mirar hacia el futuro.

Lord Newshire observó a Finn con una mezcla de dolor y resignación. Cada vez que posaba sus ojos en su hijo, veía el espíritu rebelde de su amada esposa reflejado en él: esa misma chispa indomable que lo había cautivado tantos años atrás. A lo largo de los años, había intentado reprimir lo que percibía como un desafío en Finn, pero ahora, se daba cuenta de algo que lo llenaba de una amarga culpa. Sin quererlo, había castigado a Finn por la muerte de su madre, sin reconocer que su hijo también había sufrido por esa pérdida, que nunca había conocido el calor y la ternura de un amor maternal que él mismo había atesorado.

El recuerdo de las batallas que él y su esposa habían librado para estar juntos le pesaba en el corazón, recordándole que el amor verdadero no era algo que pudiera ser dictado o controlado. Aunque su orgullo le impedía mostrar entusiasmo o derramar cualquier tipo de demostración de cariño, decidió ceder ante el compromiso de Finn y Anne. Sabía que debía darles la oportunidad de encontrar su propio camino, aunque fuese con la misma rebeldía y pasión que él había conocido en su juventud. Así, aunque su rostro permaneció impasible y distante, dentro de él

algo cedió, permitiendo que ese amor joven floreciera, tal vez en honor al que él había perdido. Lord Newshire observó a su hijo, sus palabras hicieron mella en su resistencia. Finalmente, sus ojos se posaron en Anne, quien le devolvió la mirada con valentía y dignidad.

—Parece que estoy en minoría en este asunto —dijo Lord Newshire con un suspiro—. Pero si esta es la decisión de todos, entonces aceptaré su unión. Finn, volverás a ser incluido en el testamento, pero espero que te comportes con la responsabilidad que esta posición requiere.

Finn sintió una oleada de alivio y gratitud. Se volvió hacia Anne, cuyos ojos brillaban de emoción.

—Gracias, padre. No les defraudaré —dijo Finn.

Margaret se acercó a Anne y la tomó de las manos.

—Bienvenida a la familia, querida —dijo con una sonrisa cálida—. Estamos encantados de tenerte con nosotros.

Anne sonrió, sintiendo alegría y alivio al mismo tiempo. La visita a los Newshire había sido un éxito, y ahora podían mirar hacia el futuro con esperanza y amor. La fiesta de compromiso sería el comienzo de una nueva etapa en sus vidas, una etapa llena de promesas y sueños compartidos.

***

La noche de la fiesta de compromiso de Anne y Finn fue un evento que la alta sociedad de Londres esperaba con ansias. Los rumores sobre su relación habían sido el tema de conversación durante los últimos días, y finalmente, la confirmación de su compromiso había generado una mezcla de sorpresa y entusiasmo entre sus conocidos.

El salón de la familia Fitzroy estaba adornado con elegancia. Guirnaldas de flores frescas colgaban del techo y se entrelazaban con cintas doradas que reflejaban la luz de los candelabros de cristal. Las mesas estaban cubiertas con manteles de encaje y decoradas con centros de mesa que imitaban constelaciones, un toque personal que Anne había insistido en incluir.

Anne, ataviada con un vestido de seda azul celeste, se encontraba en una esquina del salón, conversando con Betsy. La tensión de la preparación y los nervios del evento parecían haberse desvanecido, reemplazados por una calma que solo podría surgir de la certeza de su decisión.

Finn, por su parte, se destacaba entre la multitud con su porte elegante. Su mirada buscaba constantemente a Anne, y cada vez que sus ojos se encontraban, un cálido entendimiento pasaba entre ellos. Finn se dirigió hacia Anne y Betsy, deteniéndose para saludar a varios invitados en el camino.

Cuando llegó junto a las damas, le ofreció su brazo a su prometida.

—Milady, ¿me concedería este baile?

Anne sonrió y aceptó, mientras Betsy les lanzaba una mirada cómplice. Finn la condujo hacia el centro del salón, donde los músicos comenzaron a tocar una melodía suave y romántica. A medida que se movían al compás de la música, Finn susurró en el oído de Anne:

—Nunca he estado más seguro de nada en mi vida.

Anne lo miró con emoción.

—Y yo nunca me he sentido tan feliz.

A lo largo de la noche, los invitados no dejaron de comentar sobre la pareja. Los Fitzroy y los Newshire se movían entre la multitud, recibiendo felicitaciones y buenos deseos. Lady Fitzroy, se sentía radiante y orgullosa de la unión de su hija con un hombre que había demostrado su valía.

Sin embargo, no todo era perfecto. A un lado del salón, Lord Radcliffe observaba la escena con una expresión amarga. No había superado el rechazo de Anne y el ver cómo brillaba al lado

de Finn solo alimentaba su resentimiento.

Reese, notó la mirada oscura de Radcliffe y se acercó a Finn.

—Ten cuidado con Radcliffe —le advirtió en voz baja—. No parece estar tomando bien la noticia.

Finn asintió, agradeciendo el consejo.

—Lo tendré. Gracias, Resse.

Más tarde, cuando la música disminuyó y los invitados comenzaron a dispersarse hacia las mesas para la cena, Finn tomó la mano de Anne y la llevó a un rincón apartado del jardín. La luna llena iluminaba el lugar con un brillo suave. Sujetó sus manos entre las suyas y la miró de manera tan intensa que ella creyó que se derretiría allí mismo.

—Anne —comenzó Finn, mirándola con una seriedad que no había mostrado antes—. Esta noche, mientras bailábamos, supe que esto era lo que siempre había querido. No solo compartir una vida contigo, sino también crecer juntos.

Anne lo miró, con los ojos llenos de amor.

—Finn, sé que no será fácil, pero estoy dispuesta a enfrentar cualquier desafío a tu lado.

Finn sonrió y la abrazó.

—Por nuestro futuro, Anne. Que sea tan brillante y lleno de amor como esta noche.

—Por nuestro futuro —repitió Anne, y depositó un dulce beso en los labios de Finn.

Ahí bajo el cielo estrellado con la blanca luz de la luna reflejándose en sus rostros, supieron que, aunque el camino no sería sencillo, tenían la fuerza y el amor necesarios para enfrentarlo juntos. La fiesta de compromiso no sólo celebraba su unión, sino también el comienzo de una nueva vida compartida, llena de promesas y posibilidades.

Capítulo 22

El día de la boda Anne llegó con una belleza serena. La mañana estaba clara y luminosa, y el aire fresco llevaba consigo la promesa de un nuevo comienzo. La iglesia, situada en una pintoresca colina con vistas al río Támesis, estaba decorada con flores blancas y azules, que se habían elegido con cuidado.

Anne se encontraba en una habitación apartada de la iglesia, rodeada de sus hermanas Betsy y Hope, que la ayudaban a arreglarse. Su vestido de novia, una obra maestra de seda y encaje, realzaba su figura esbelta. Su cabello castaño, recogido en un elegante moño, estaba adornado con pequeñas flores blancas. Anne respiró profundamente, intentando calmar los nervios que la embargaban.

—Estás preciosa, Anne —dijo Betsy con una sonrisa cálida—. Finn no podrá apartar la mirada de ti.

Anne sonrió, sus manos presentaban un ligero temblor mientras se ajustaba el velo.

—Espero que así sea —respondió, emocionada.

En el otro extremo de la iglesia, Finn ajustaba su chaqueta con la ayuda de Richard, su mejor amigo.

—Nunca pensé que llegaría este día —comentó Richard, dándole una palmada en la espalda —. Pero me alegra ver que has encontrado a la mujer perfecta para ti.

Finn sonrió, con nerviosismo.

—Anne es todo lo que siempre quise y más —dijo, mientras ajustaba su cravat de seda—. Hoy empieza nuestra vida juntos, y no podría estar más feliz.

La ceremonia comenzó con la suave melodía del órgano, llenando la iglesia con una atmósfera de reverencia y alegría. Anne caminó por el pasillo, Hope y Betsy, como sus damas de honor, la seguían de cerca, llevando ramilletes de flores en las manos.

Lord Fitzroy se encontraba sentado en la primera fila, junto a su esposa, con el rostro pálido y cansado, pero con porte erguido y digno. La enfermedad había hecho mella en él, reduciendo su vitalidad a un tenue susurro, y sus manos, que una vez habían sostenido con firmeza las riendas de su vida, ahora temblaban ligeramente. Sin embargo, en ese momento de profunda importancia, había logrado reunir la fuerza necesaria para mantenerse erguido, y su mirada estaba fija en su hija. Aunque el peso de su malestar era visible, el orgullo en sus ojos brillaba con una intensidad que contrarrestaba su debilitado estado.

A pesar de la fatiga que lo envolvía, Lord Fitzroy se esforzaba por proyectar una imagen de fortaleza y apoyo, consciente de la magnitud del momento para Anne. Cada vez que ella lo miraba, él respondía con una sonrisa de aliento, intentando transmitirle la seguridad y el amor que siempre le había ofrecido. Aunque sus movimientos eran lentos y su voz era apenas un susurro, el respeto y la devoción que sentía por su hija se reflejaban en su postura y en el brillo de sus ojos. La ceremonia se desenvolvía con una solemnidad que él sentía en cada fibra de su ser, y mientras observaba a Anne en el umbral de una nueva etapa en su vida, su corazón se llenaba de orgullo, una última expresión de amor paternal en medio de su creciente debilidad.

El sacerdote realizó la lectura de los anuncios matrimoniales, que habían sido proclamados durante las tres semanas anteriores. Siguiendo el ritual, preguntó si alguien conocía alguna razón por la cual la pareja no debía unirse en matrimonio. Los votos fueron intercambiados con una sinceridad que conmovió a todos los presentes.

—...prometo amarte y cuidarte por el resto de mis días —concluyó Anne.

Se tomaron de las manos mientras el sacerdote los declaraba marido y mujer. Sellaron su unión con un casto beso. La iglesia estalló en aplausos y vítores. Los recién casados caminaron por el pasillo, rodeados de pétalos de flores que caían sobre ellos, simbolizando el amor y la esperanza que los acompañarían en su nueva vida juntos.

La fiesta de matrimonio se celebró en la mansión de los Fitzroy, cuyos jardines habían sido transformados en un paraíso floral. Las mesas estaban decoradas con centros de mesa que representaban constelaciones, un tributo a la pasión de Anne por la astronomía.

Durante la comida, los discursos fueron emotivos y llenos de humor. Reese y Joss hablaron de la infancia de Anne, de su determinación y de cómo Finn había cambiado su vida para mejor. Richard hizo reír a todos con anécdotas sobre Finn, pero también habló del hombre en el que se había convertido, un hombre digno del amor de Anne.

El baile comenzó con Anne y Finn deslizándose por la pista al ritmo de una melodía romántica. Mientras bailaban, Finn susurró en el oído de Anne:

—No puedo esperar a empezar nuestra vida juntos.

—Ni yo —respondió Anne, apretando su mano.

La fiesta continuó con música, risas y celebraciones. Finn y Anne se movían entre sus invitados, agradeciendo las felicitaciones y compartiendo momentos especiales con familiares y amigos. Sin embargo, la verdadera sorpresa llegó al anochecer cuando Finn anunció que tenían una última danza reservada.

Guió a Anne al centro de la pista, e hizo una señal a los músicos, quienes comenzaron a tocar una melodía suave y mágica. Anne miró a Finn con asombro y gratitud.

—Quería darte una noche bajo las estrellas —dijo Finn, tomando su mano—. Para recordar siempre que nuestro amor es tan vasto y eterno como el cielo.

Después de la fiesta, partieron, en un pequeño carruaje, hacia su luna de miel en la costa sur de Inglaterra. Se instalaron en la acogedora cabaña de los Newshire junto al mar, para disfrutar de la tranquilidad y la belleza de la naturaleza.

Llegaron al anochecer. Finn guió a Anne hasta la habitación principal y la dejó sola para que se cambie y se asee. Él hizo lo propio. Media hora después entró al cuarto en busca de una camisa. Anne no pudo evitar admirar el torso perfecto de su marido y el vello rubio que se rizaba en medio de su pecho y descendía hasta la cinturilla de sus pantalones. Suspiró y se acercó a él, y con las puntas de los dedos recorrió aquel dorado camino hasta llegar al botón del pantalón. Finn masculló algunas palabras que ella deliberadamente ignoró para continuar con su labor.

El deseo aumentaba y en un acto reflejo él enterró los dedos en la melena castaña de Anne para acercarla hasta su rostro. El gesto la pilló por sorpresa y se vio casi tumbada sobre el pecho de Finn. Sintió el cosquilleo del vello en la palma de su mano, algo demasiado íntimo que la hizo sonrojarse hasta la raíz del pelo.

—Eres hermosa —murmuró Finn con voz grave, pero suave.

Anne cerró los ojos, y él se acercó más dejando un suave y dulce beso en sus labios. Apenas fue un roce, pero se sintió como si hubiese durado una eternidad, elevando la temperatura y produciendo un agradable mareo, ella disfrutó el hormigoneo en sus labios y la sensación de su piel quemando en la yemas de sus dedos.

—¿Finn?... —la pregunta murió en labios al sentir la cálida mano de él sobre sus muslos.

—Santo Dios, Anne, esto es mejor de lo que me imaginaba —dijo Finn cambiando de posición con habilidad y cuidado, dejándola sobre la cama y acomodándose entre sus piernas. Depositó un beso en su cuello y luego fue bajando hasta el borde del encaje del camisón que dejaba ver parte la cremosa piel de sus senos.

—Levanta los brazos —murmuró Finn, con la mirada fija en los perplejos y vidriosos ojos de Anne.

Ella obedeció conteniendo la respiración. Él se arrodilló entre sus piernas y le regaló una sonrisa enigmática, bajó las manos hasta las rodillas de Anne y las fue subiendo con adoración arrastrando la prenda en el proceso hasta que la despojó del camisón. Admiró la desnudes de la figura femenina cual obra de arte. Anne intentó taparse, sus mejillas arreboladas evidenciaban su falta de experiencia, pero él se lo impidió, sosteniendo sus brazos por las muñecas con una mano.

Con ligeros besos, como gotas de una mansa lluvia primaveral, Finn veneró la tersa piel de Anne. Se detuvo un instante y se perdió en su dulce mirada. Tembló ligeramente cuando una ráfaga de satisfacción lo agitó. Ese fugaz estremecimiento no fue a causa de la lascivia, más bien era por el intenso anhelo de aferrarse a ella como una segunda piel. Ella cerró los ojos cuando él deslizó los dedos de su mano libre hasta rozar su húmedo placer y se acomodó en su tibia entrada. Anne se removió y abrió los ojos, mirándolo a la luz de las velas y le sonrió con pereza al tiempo que le acariciaba la espalda.

Finn se balanceó hacia arriba con suavidad, uniendo sus cuerpos, con el gozo vibrando en su interior. Exhalaron al unísono un gemido, mientras sus cuerpos se movían en una danza acompasada y lenta que se fue intensificando gradualmente. Sus labios se unieron con ansia antes del estallido del placer que, por un instante los paralizó, observándose perdidos el uno en el otro.

Él se acomodó junto a ella, se colocó de lado, apoyando la mejilla en la almohada que olía a su perfume, la observó cautivado. Ella lo miró y se perdió en sus ojos grises, casi plateados, a causa de la luz de la luna que entraba por la ventana y atravesaba las blancas cortinas.

Finn cogió una de sus manos entre las suyas y besó su palma. Anne lo miró, absorta, con los ojos vidriosos. Él la admiró, reconociendo, para su sorpresa, que la amaba con locura, que le gustaría estar así hasta el fin de los tiempos.

—Finn… —susurró ella con la voz pastosa, mientras se acomoda en sus brazos.

—Dime —respondió él, ajustando el abrazo para estar más unidos aún.

—Me ha encantado —respondió Anne—, pero estoy cansada, aunque me gustaría repetirlo, si tú puedes, claro.

—¡Qué si puedo! —exclamó Finn, reprimiendo una carcajada—. Para tí, siempre podré, mi amor.

***

Durante las mañanas, caminaban por la playa, recogiendo conchas y hablando de sus sueños y planes para el futuro. Pasaban las tardes explorando pequeños pueblos y disfrutando de cenas íntimas a la luz de las velas. Las noches, bajo el cielo estrellado, estaban llenas de susurros y promesas de amor eterno.

En una de esas noches, mientras estaban acurrucados en una manta sobre la arena, Anne miró a Finn con una sonrisa tranquila.

—Gracias por todo esto, Finn. Nunca pensé que podría ser tan feliz.

Finn la abrazó más fuerte, besando su frente.

—Este es solo el comienzo, Anne. Prometo que nuestra vida juntos estará llena de aventuras, amor y felicidad.

Y así, con el sonido de las olas rompiendo con suavidad en la orilla y las estrellas brillando sobre ellos, Anne y Finn comenzaron su viaje juntos, sabiendo que su amor sería siempre su guía y fortaleza. Sin embargo, debían regresar, les había llegado una misiva desde Londres, Joss les informaba que lord Fitzroy empeoró, por lo que solicitaban la presencia de ambos en la brevedad

posible.

Capítulo 23

La habitación de Lord Fitzroy estaba en penumbra, iluminada solo por las débiles llamas de las velas repartidas alrededor del lecho. El aire se cargaba con un silencio solemne, roto apenas por los susurros del personal que atendía a su amo. El débil respirar de Lord Fitzroy marcaba el compás del tiempo que parecía estirarse en esa noche infinita.

Anne, con lágrimas desbordando de sus ojos, sostenía la mano de su padre. Su calor se desvanecía poco a poco, como si la vida misma se escapara con cada exhalación. Al otro lado de la cama, Lady Fitzroy estaba postrada, susurrando palabras de amor y agradecimiento. El dolor de la inminente pérdida de su compañero de décadas y el recuerdo de una vida compartida, se reflejaba en su demacrado rostro.

Finn, de pie detrás de Anne, apoyaba una mano en su hombro, transmitiéndole fuerza y consuelo en ese momento de angustia. Sus propios ojos estaban vidriosos, conmovido por la despedida de un hombre a quien había llegado a respetar profundamente.

Joss estaba al pie de la cama, intentando mantener la compostura, aunque el dolor y la tristeza asomaban en su semblante. Resse, junto a su madre, se inclinaba hacia su padre, deseando poder hacer algo para aliviar su sufrimiento. Hope, la más joven, estaba abrazada a Betsy, ambas llorando en silencio, incapaces de aceptar que su querido padre estaba a punto de partir.

Lord Fitzroy abrió los ojos por un momento, su mirada débil recorrió el rostro de cada uno de sus hijos, deteniéndose en su amada esposa. Con un esfuerzo tremendo, esbozó una débil sonrisa y apretó ligeramente la mano de Anne.

—Siempre... estaré con vosotros... —murmuró con voz apenas audible, entrecortada por la fragilidad.

Lady Fitzroy besó su mano, incapaz de articular palabra. Anne inclinó la cabeza y apoyó la frente en el dorso de la mano de su padre, mientras las lágrimas rodaban por sus mejillas.

—Te amamos, papá —logró decir Joss, con la voz quebrada.

Un último suspiro, profundo y liberador, escapó de los labios de Lord Fitzroy. El cuarto quedó sumido en un silencio absoluto. Lady Fitzroy, con manos temblorosas, cerró los ojos de su esposo con delicadeza.

—Descansa en paz, mi amor —susurró entre sollozos.

La familia Fitzroy se unió en un abrazo colectivo, encontrando consuelo en su unión y en el recuerdo de un hombre que había sido un pilar de fortaleza y amor en sus vidas. Finn apretó más fuerte el hombro de Anne, jurándose a sí mismo que haría todo lo posible por mantener viva la memoria de Lord Fitzroy y honrar su legado.

***

El cielo sobre Londres estaba gris y sombrío, como si la ciudad misma compartiera el duelo de la familia. La noticia de la muerte de Lord Fitzroy sacudió a todos. Su funeral reunió a amigos, familiares y conocidos de toda la región.

La mansión estaba envuelta en un silencio solemne. El gran salón, normalmente lleno de vida y risas, estaba ahora decorado con crespones negros y flores blancas, un tributo silencioso al hombre que había sido un pilar de la familia.

Anne, vestida con un elegante vestido negro de luto, estaba de pie junto a Finn. Sus manos se entrelazaban en un gesto de apoyo mutuo. Anne no podía evitar recordar los momentos compartidos con su padre, sus enseñanzas y su amor incondicional. Aunque sus últimos años habían sido marcados por la enfermedad, su pérdida dejaba un vacío imposible de llenar.

Joss, ahora el nuevo conde, estaba en el centro de la sala, recibiendo las condolencias de los invitados. Su rostro, serio y descompuesto, mostraba la carga de la responsabilidad que ahora recaía sobre sus hombros. Reese estaba a su lado, su mirada reflejaba tanto dolor como determinación.

—¿Cómo estás, querida? —preguntó Finn, con voz suave y llena de preocupación.

Anne le dedicó una sonrisa triste.

—Me duele, Finn. Pero tenerte a mi lado hace todo un poco más llevadero.

Finn apretó su mano con ternura.

—Siempre estaré aquí para ti. Juntos superaremos esto.

La ceremonia comenzó en la iglesia local, donde el sacerdote habló sobre la vida y legado de Lord Fitzroy. Sus palabras resonaron en el espacio sagrado, evocando recuerdos de su bondad, su justicia y su dedicación a la familia y la comunidad. Los asistentes escuchaban con respeto, muchos con lágrimas en los ojos.

Robert, el hermano de Finn, había llegado con su esposa, para apoyar a la familia. Margaret, a pesar de su naturaleza reservada, mostraba una empatía sincera hacia Anne, ofreciéndole un abrazo cálido y palabras de consuelo.

El ataúd adornado con flores, fue llevado al cementerio por los hijos de Lord Fitzroy y Finn, quien, a pesar de no ser de sangre, había sido aceptado como parte integral de la familia. La procesión avanzó a pasos lentos que resonaban en los corazones de quienes seguían detrás.

En el cementerio, las palabras finales del sacerdote se mezclaron con el sonido del viento entre los árboles. Joss fue el primero en arrojar un puñado de tierra sobre el ataúd, seguido por Reese y luego Anne, Betsy, Hope y lady Fitzroy. Cada uno de ellos murmuró una despedida personal y una oración silenciosa.

Finn se alejó, serpenteando entre las tumbas hasta llegar, casi por inercia a la de Thomas. Se quitó el sombrero y alargó la mano para acariciar su nombre grabado en la piedra. Sus ojos se nublaron por las lágrimas. Se secó los ojos con el puño y tomó aire con fuerza intentando serenarse. Debería permitirse llorar, allí nadie lo juzgaría, pero temía que si dejaba escapar una sola lágrima se rompería por dentro y tenía que esforzarse por mantener la compostura, Anne lo necesitaba.

—Querido amigo… —susurró—. Aun sigues doliendo. Perdoname, te extraño, eras mi hermano, mi confidente… ¿lo sabes?

El viento le contestó desordenando su cabello, le recordó el gesto que solía hacer a Thomas, cuando le pasaba la mano por la cabeza de manera juguetona y que tanto enojaba a su amigo, que siempre intentaba verse pulcro y presentable. Esbozó una triste sonrisa ante aquel recuerdo.

—Ahora comprendo que cuando el amor verdadero te atrapa, es imposible resistirse. Mírame, completamente perdido en este sentimiento. La amo, yo, que me había jurado nunca dejarme llevar por el corazón. Sé que no la merezco, que mi pasado es una sombra pesada, pero aun así, deseo con todo mi ser hacerla feliz. —Finn se sentó sobre el pequeño muro de piedra que rodeaba la tumba, su corazón rebosaba de emociones encontradas.

El aire estaba impregnado del aroma de la tierra húmeda y el susurro de las hojas en los árboles cercanos creaba una melodía melancólica. Había tardado demasiado en visitar a Thomas, pero ahora que estaba allí, no quería marcharse. Tenía tantas cosas que decirle… Las lápidas,

cubiertas de musgo y enredaderas, parecían observar en silencio. El cielo, teñido de un gris plomizo, reflejaba la tristeza y la nostalgia que sentía en su interior.

—Es difícil decir adiós —dijo Anne, y tomó asiento junto él.

—Me arrepiento tanto… —La voz de Finn se quebró, no pudo controlar las lágrimas. El dolor en su pecho y la presión de su garganta lo dejaron sin respiración unos segundos—. No deseaba que eso pasara.

Abrazó a Anne, ella posó la mejilla en su pecho y se acurrucó buscando consuelo. Finn dejó que las lágrimas corrieran libres, sentía que Thomas estaba ahí, escuchando, observando con una sonrisa cómplice.

—Maldita sea, Thomas. Debería haber sido yo —murmuró entre dientes.

—Yo te amo, no podría vivir sin ti. —Anne se separó un poco para mirarlo a los ojos. Su mirada triste le recordó que acababan de sepultar a su padre—. Estoy aquí —murmuró entre sollozos, su vestido de luto contrastaba con la palidez de su rostro.

Estaba tan rota que Finn la abrazó con todas sus fuerzas. Tragó como pudo el nudo que se formó en su garganta y se quedó paralizado mientras ella le devolvía el gesto. Su menudo cuerpo temblaba por el llanto ahogado.

—Creo que deberíamos marcharnos de aquí inmediatamente. —Finn se incorporó, la sujetó de la mano y comenzó a tirar de ella con prisas.

***

Después de la ceremonia, los invitados regresaron a la casa para una recepción en honor a Lord Fitzroy. La atmósfera era de reflexión y camaradería, con historias compartidas sobre el hombre que había dejado una huella tan profunda en sus vidas.

Anne se apartó un momento, buscando un respiro en el jardín. Finn la siguió, hasta el lugar donde tantas veces habían compartido.

—Tu padre estaría orgulloso de la mujer en la que te has convertido —dijo Finn, rodeándola con sus brazos—. Y estoy seguro de que seguirá cuidando de ti, de nosotros, desde donde esté.

Anne apoyó su cabeza en el hombro de Finn, permitiéndose un momento de vulnerabilidad.

—Gracias, Finn. No sé qué haría sin ti.

—Y yo sin ti, Anne —dijo Finn, besando con suavidad su frente.

La tarde avanzaba y, aunque el dolor de la pérdida seguía presente, la familia Fitzroy encontró consuelo en la unión y el amor que los mantenía juntos. La presencia de Finn, firme y constante, era un recordatorio de que, a pesar de la tristeza, el futuro aún tenía promesas de esperanza y felicidad.

Mientras la mansión Fitzroy se llenaba nuevamente de vida y risas, aunque atenuadas por el duelo, Anne y Finn sabían que, juntos, podrían enfrentar cualquier desafío. Su amor, más fuerte que nunca, les daría la fuerza para superar incluso los momentos más oscuros.

Epílogo

Habían transcurrido dieciocho meses desde el día en que unieron sus vidas en matrimonio, y desde entonces, la existencia había sido un torbellino de dicha y transformaciones. Finn no había desistido en su empeño de ver a su esposa alcanzar sus sueños; se aseguraba de que siempre hubiera algún renombrado astrónomo en su mesa durante las veladas que organizaba. Con el paso del tiempo, los temores, los remordimientos y las culpas se habían desvanecido, dejando espacio únicamente para el inmenso amor que compartían, un amor tan vasto que no permitía la entrada de nada más.

Cada vez que Anne miraba a su esposo, veía en sus ojos el reflejo de un amor inquebrantable y un apoyo constante que la llenaban de fuerza. Los miedos y las dudas que alguna vez la atormentaron se habían desvanecido, reemplazados por una confianza renovada en sí misma. En su corazón, sentía una profunda paz y una alegría serena, sabiendo que juntos habían construido una vida feliz.

Ese día, la mansión Fitzroy lucía una decoración majestuosa, la música flotaba por el aire. Las risas y conversaciones llenaban el gran salón. Era una noche especial, la fiesta de debut de Betsy, y la familia había echado la casa por la ventana para asegurar que todo saliera a la perfección. Invitados de la alta sociedad, ataviados con sus mejores galas, se mezclaban, brindando y felicitando a Betsy, quien irradiaba juventud y belleza luciendo un vestido de seda blanco con finos bordados en hilos de oro.

Anne, con una mano sobre su creciente vientre, se movía con gracia entre los invitados, saludando y agradeciendo las felicitaciones. A su lado, Finn la observaba con una sonrisa llena de amor y orgullo.

Mientras Betsy bailaba en el centro del salón, con el rostro iluminado por la felicidad, Joss se acercó a Anne y Finn, con una copa de champán en la mano y una expresión pensativa en el rostro.

—¡Joss! —exclamó Anne, abrazándolo con calidez—. Qué noche tan maravillosa, ¿verdad?

Joss asintió, pero su mirada era seria. Finn lo notó y colocó una mano amistosa en su hombro.

—¿Todo bien, Joss? —preguntó Finn con suavidad.

Joss suspiró, mirando a su hermana y luego a Finn, en sus ojos se reflejaban la comprensión y el agotamiento.

—Creo que ahora los comprendo mejor. La presión de madre para encontrarme una pareja adecuada es... —resopló—... abrumadora.

Anne y Finn intercambiaron una mirada de complicidad. Anne tomó la mano de Joss con cariño.

—Sabíamos que tarde o temprano te darías cuenta —dijo Anne con una sonrisa comprensiva —. Madre tiene sus propias ideas sobre lo que es mejor para nosotros, y aunque sus intenciones son buenas, a veces puede ser demasiado pesada.

Joss asintió, y frunció el ceño.

—No es fácil. Me siento atrapado —confesó Joss—. Ahora entiendo mejor lo que ustedes dos enfrentaron.

Finn apretó el hombro de Joss con un gesto solidario.

—Lo importante es que encuentres a alguien que te haga feliz. No importa cuánta presión

sientas, no comprometas tu felicidad por cumplir con las expectativas de los demás.

Joss sonrió débilmente, agradecido por las palabras de su cuñado. Miró a Betsy, quien reía y giraba en la pista de baile, y luego a Anne y Finn.

—Gracias. Aprecio mucho lo que me dicen. Solo espero poder encontrar a alguien que me entienda.

Anne besó la mejilla de su hermano, sintiéndose más cercana a él que nunca.

—Lo harás, Joss. Estoy segura de ello. Y estaremos aquí para apoyarte.

En ese momento, una joven rubia con un elegante vestido de muselina marfil pasó cerca de ellos, y Joss no pudo evitar mirarla.

Finn, observando la interacción, le dio un codazo a Joss y sonrió.

—Parece que alguien ha captado tu atención.

—Tal vez —respondió Joss, con una sonrisa enigmática.

Anne y Finn intercambiaron una mirada cómplice.

La conversación fue interrumpida por la risa contagiosa de Betsy, quien corrió hacia ellos, arrastrando a Hope y Reese.

—¡Venid, madre quiere hacer un brindis! —exclamó Betsy con entusiasmo.

Joss sonrió, por un momento dejó de lado sus preocupaciones, y los siguió hacia el centro del salón, donde alzaron sus copas en honor a Betsy. La música volvió a llenar el aire, y en ese momento, a pesar de las presiones y expectativas, todo parecía estar en su lugar, envuelto en una cálida sensación de familia y amor compartido.

About The Author

Charlize Clarke

Nació el 07 de diciembre de 1977 en la ciudad de Encarnación-Paraguay. Licenciada en administración de empresas, asesora de tesis en ciencias económicas y administrativas, ama de casa, madre y escritora. Trabajó en el departamento de Extensión Universitaria de la Facultad de Ciencias Económicas y Administrativas de la Universidad Nacional Itapúa. Actualmente aparte de escribir, se desempeña como diagramadora y diseñadora de portadas de libros para las editoriales: El Lector, VLM Ediciones y Parnasus Editorial. En el año 2022 inauguró la librería "Enya Libros & Café" en su ciudad natal, con la intención de dar apoyo y visibilidad a autores nacionales. Forma parte de EPA (Escritoras Paraguayas Asociadas) y la SEP (Sociedad de Escritores del Paraguay). Empezó a compartir sus escritos en el año 2017 bajo el pseudónimo de Charlize Clarke en diversas plataformas de lectura y escritura. Desde el año 2019 autopublica en Amazon. Sus obras se enmarcan en el género romántico, fantasía histórica y romance contemporáneo, aunque es una ávida lectora que disfruta de leer otros géneros.

Sus libros; Pasión de fuego, Ardiente Deseo y Drake Ragon, de la saga Highlanders y Dragones, se encuentran a la venta en Amazon. Con la editorial digital Selecta, del grupo Pengüin Random House, tiene publicadas: Un Caballero Imperfecto y Hasta que me pidas. Incursionó en el romance de época con la novela Siempre hacia ti que forma parte de la serie Las flores de Devonhill, disponible tanto en Amazon como en formato físico gracias a la editorial paraguaya Arandurã.

También ha participado, con relatos y una carta, de las antologías de EPA (Escritoras Paraguayas Asociadas): Memorias y escritos de Verano - Poesía y Prosa, Memorias y escritos de Otoño/Invierno - Poesía y Prosa, 25 años Escribiendo Juntas – Poesía y Prosa.

Books By This Author

Drake Ragón

Madeleine Defeuvre es una dulce joven recién graduada en empresariales que acaba de salir de una tormentosa relación. Cuando está desesperada por encontrar un empleo para poder costear los gastos de su apartamento, recibe una misteriosa carta de Ragon Enterprises invitándola a pasar seis meses como pasante.Drake Ragon es el primogénito de un antiguo linaje de dragones cuyo fin es proteger a la raza humana. Él es sombrío y calculador, con secretos que si llegaran a desvelarse pondrían en peligro a toda la humanidad. Es el próximo en la línea para recibir el mando de la empresa y la familia. Pero la llegada de una joven pasante pone su mundo patas arriba, haciéndolo dudar hasta de su propia naturaleza.

Pasión de Fuego

Cuando Amelie, una joven novicia, decide dar cobijo una noche a un hombre herido, no sabe en lo que se está inmiscuyendo. El herido no es otro que el laird Declan McOwen, que la saca del convento y la lleva con él a su castillo. Allí, Amelie descubre que Declan no solo es un hombre que despierta en ella una pasión indescriptible, sino que, además, no es tan humano como aparenta.

Ardiente Deseo

Escocia, finales del siglo XVIII
La rebelión jacobita ha puesto un alto a los planes del laird Ragon de casar a su hija mayor, Enya. Con veinte años y un carácter rebelde, la joven ha aceptado que su destino es tomar los hábitos o resignarse a un matrimonio sin amor.
Bruce ha sido entrenado desde niño para cazar dragones, unas temibles criaturas que adoptan forma humana y se ocultan entre los clanes de las Highlands. Ahora tiene una última misión: acabar con la hija soltera del laird Ragon antes de que tenga descendencia.
Sin embargo, las cosas no son siempre tan simples, y el amor llega en el lugar y el momento menos esperado.
¿Puede un cazador enamorarse de su presa?

Siempre hacia ti

Inglaterra, 1817
Los planes de Agnes Harvey de participar en su primera temporada se ven truncados por la repentina muerte de su padre, el coronel Sir Charles Harvey. Sin familia y sin dinero, acepta convertirse en la dama de compañía de su vecina, la anciana lady Devonhill.

Martin Raymond Slade, Vizconde de Devonhill, regresa a Inglaterra con la noticia del deterioro

de la salud de abuelo, después de luchar en Waterloo y pasar dos años en París junto al ejército de ocupación. Con su nuevo título llega la responsabilidad de un condado menoscabado por la guerra, y también la necesidad de encontrar una esposa acorde a su estatus. Sin embargo, la única mujer que consigue llamar su atención es la humilde pero bella dama de compañía de su abuela.

Un amor prohibido

Marjorie Hamilton ha dedicado sus años casaderos a cuidar de su padre enfermo y su hermana menor, Josephine. Ahora, cerca de los treinta, soltera y sin dinero, no le queda otra que seguir a su hermana hasta Inglaterra, donde va a contraer matrimonio con un conde viudo.
Lord Jared Aberforth, conde de Bridgbury, se ha resistido durante años a volver a casarse tras la muerte de su mujer, pero ha decidido darle una segunda oportunidad al matrimonio. Josephine Hamilton es todo lo que debería desear: joven, educada, dulce y bella. Y, sin embargo, Jared no puede evitar que sus atenciones se desvíen a la hermana soltera de su prometida, la reservada Marjorie.
Ambos saben que el suyo es un amor imposible, que no deben ceder a los anhelos de sus corazones. ¿Cómo puedes amar a alguien cuando eso supone hacer daño a la persona más importante para ti?

Un amor del pasado

Lady Katherine Cecil tiene suficiente con lidiar con el díscolo sobrino de su esposo fallecido, que está dispuesto a demostrar por todos los medios que su matrimonio no es legítimo para poder quedarse con la fortuna que ahora pertenece a ella. O eso cree, hasta que un amor del pasado aparece dispuesto a alborotar aún más su ya agitada vida.

Henry Donovan amó intensamente a una mujer, pero la perdió. Envuelto en el escándalo de la infidelidad de su esposa, jura que nunca más volverá a entregar su corazón. Sin embargo, un encuentro fortuito con su primer amor hará que tenga que replantearse si de verdad es tan sencillo negarse a amar de nuevo.

¿Podrán superar los obstáculos del pasado para encontrar la felicidad juntos?

Mi dulce Tentación

Honey, hija de un acaudalado chocolatero, fue criada entre algodones. La repentina muerte de su padre la expone, a sus diecinueve años, a los buitres cazadores de fortunas y a su ambicioso primo, Charles. Con el secreto del éxito que su padre había mantenido celosamente guardado, debe tomar decisiones que afectarán toda su vida.

Edmon, heredero de un impúdico club de caballeros venido a menos, necesita conseguir dinero para hacer frente a las deudas de su padre. Desesperado, decide hacerse pasar por un noble caballero en busca de esposa.

Cuando Honey se cruza en el camino de Edmon, él sabe que está pisando terreno peligroso; sin embargo, surge entre ambos un desbocado deseo que pone en peligro los planes de ambos. ¿Qué

sucederá cuando los secretos sean revelados?

La niñera del Sr. NOvak

A un año de acabar sus estudios, la familia de Julie lo pierde todo. Temiendo quedarse en la calle, la chica acepta a la desesperada una oferta de trabajo sospechosamente generosa. Enzo Novak, el antiguo jefe de su padre, millonario y filántropo, busca una niñera para su hija después de enviudar repentinamente. Pero Julie lo conoce mejor, sabe que la fachada de perfección que proyecta no es más que un engaño para incautos. Lo peor que puede hacer es ceder ante sus encantos, así que jamás lo hará. ¿O sí?

Hasta que me pidas

Él la necesita más que al aire para respirar, ella necesita respirar...

Alice y Chris están conformes con su relación de sexo sin compromiso, pero los sentimientos reales empiezan a aflorar ante el inminente compromiso de él con otra mujer, complicándolo todo.

Posiblemente nunca será nada serio. Justamente en eso se basa lo que ambos comparten: en la libertad de no estar bajo presión y el secreto que tienen es más emocionante que una relación común.

Hasta ahora, Alice, no tuvo problema con eso, pero con la aparición de la hija del nuevo socio de Chris, empieza a dudar de todo lo que había vivido hasta el momento.

Alice y Chris lucharán contra las intrigas, los malentendidos, los celos, y una cosa que ambos desconocían o ignoraron a conciencia: el afecto más allá del sexo.

Un caballero imperfecto

¿Cómo reaccionarías si el hombre perfecto saliera de las páginas de tu libro preferido?

¿Sería tan perfecto?

Jane es una chica que vive sumergida en sus libros, una romántica empedernida que sueña con que el príncipe azul venga a su rescate montado en su Lamborghini Diablo. Aquel que, con solo mirarla, despierte en ella la pasión desenfrenada, como en los fantásticos libros que lee.

Pero ¿qué pasaría si su perfecto caballero saliera de las páginas de su libro favorito haciendo realidad sus sueños?

Es imposible ¿no?, aunque tal vez, para Jane, no. Sin embargo, una cosa es imaginarlo, y otra vivirlo...